

oiga

COLECCION HISTORICA

700 soles

**UNA
ENEMISTAD
QUE SELLO
LA SANGRE**

por JESUS REYES M.





HISTORIA DE UNA ENEMISTAD QUE SE SELLO CON SANGRE

por JESUS REYES M.

El Comandante Luis M. Sánchez Cerro llega a Palacio después de derrocar al presidente Augusto B. Leguía. Ha triunfado la Revolución de Arequipa de agosto de 1930 y el país espera restañar sus heridas tras once años de dictadura. Pero ha surgido un nuevo fenómeno político: el partido aprista cuyo líder, Víctor Raúl Haya de Torre, también quiere el poder.



Víctor Raúl Haya de la Torre, líder del naciente Partido Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), estaba en el extranjero, deportado por Leguía, cuando se produjo la Revolución de Arequipa. Joven, impetuoso, Haya regresó al Perú para disputarle el poder a Sánchez Cerro. La lucha fue sin cuartel.

El país entero fue ensangrentado con intentos contrarrevolucionarios y represiones inmisericordes. La enemistad de Haya de la Torre con Sánchez Cerro sólo terminó con el asesinato del caudillo piurano en abril de 1933, a manos de un fanático aprista.

Esta es la historia de esos tres trágicos años...





TRAS OCHO AÑOS de destierro, Haya de la Torre regresa al Perú el 12 de julio de 1931 y de inmediato emprende su campaña política como candidato presidencial del Apra. Las bases ideológicas de su partido son dadas a conocer en el histórico mitin de la Plaza de Acho (en la foto aparece a su lado, Luis Alberto Sánchez, que llegaría a ser miembro de la Constituyente).



SANCHEZ CERRO ha retornado días antes de Europa y también se presenta a la justa electoral como candidato de la Unión Revolucionaria. Su regreso dio lugar a grandes manifestaciones. El caudillo que derrocó a Leguía ganó las elecciones...

HISTORIA DE UNA ENEMISTAD QUE SE SELLO CON SANGRE

CAPITULO PRIMERO

DOS CAUDILLOS EN PUGNA POR EL PODER

DOS veces intentaron llegar al poder, la primera por la vía insurreccional, la segunda a través de las urnas. Uno solo fue el ganador en ambas oportunidades. Fue una competencia trágica que costó un magnicidio, en la cual se derramaron torrentes de sangre, siendo la más terrible de ellas la revolución de Trujillo cuyo cincuenta aniversario se cumplirá dentro de tres meses. El recuerdo de esta acción fratricida que por casi medio siglo condicionó la vida política del país, involucra también, obligatoriamente, el de sus dos protagonistas estelares: Luis M. Sánchez Cerro y Víctor Raúl Haya de la Torre.

Haya y Sánchez Cerro: Trujillo y Piura

El oncenio de Leguía los arrojó al exilio: a Haya de la Torre en 1923 porque la revuelta cívica del 23 de mayo de ese año que frustró la entronización del Corazón de Jesús y que encabezó Haya de la Torre, hirió profundamente el orgullo de Leguía; a Sánchez Cerro en 1924, por conspirador contumaz. El camino de ambos, aunque llevaba a un mismo objetivo, nunca fue paralelo y cuando se cruzaron estalló la chispa que desencadenó la hecatombe. Haya era un político nato y había comenzado a formar los cuadros de un partido nuevo, de inspiración marxista, que debía gobernar al país a la caída del dictador. Sánchez Cerro, un militar arrojado, un hombre de acción que ya en 1914 había forzado las puertas de Palacio, pistola en mano, ayudando al coronel Oscar R. Benavides a derrocar a Billinghurst y acababa de intervenir en un motín, en el Cusco, en pleno apogeo del gobierno de la "Patria Nueva". A los dos quiso Leguía mantenerlos lejos: al primero, perseguido sin tregua; al segundo, dándole misiones militares en Europa.

Víctor Raúl Haya de la Torre nació el 22 de febrero de 1895 en una aristocrática familia trujillana que tuvo cinco hijos. Luis M. Sánchez Cerro había nacido seis años antes, el 12 de agosto de 1889, quinto entre siete hijos de un hogar piurano de clase media de pasar holgado, cuyo solar estaba enclavado en la zona residencial de la ciudad. Haya de la Torre estudió en el Seminario San Carlos de Trujillo, regentado por sacerdotes franceses; Sánchez Cerro en el Colegio Nacional San Miguel de Piura. En las vacaciones escolares, mientras Haya de la Torre se solazaba en Huanchaco, el balneario de moda, y en las haciendas familiares, Sánchez Cerro, a quien por ese tiempo sus compañeros de aulas le llamaban ya "el dictador" por sus poses autoritarias, trabajaba en la notaría de su abuelo.

En 1906, en vísperas de cumplir los 17 años de edad, Sánchez Cerro abandonó su Piura natal y viajó a Lima para ingresar a la Escuela Militar de Chorrillos, de la que egresó el 2 de febrero de 1910, con brillantes notas y el grado de Subteniente de Infantería. En 1913, cuando acababa de cumplir los 18 años, Haya de la Torre ingresaba a la Universidad de Trujillo. Al año siguiente, mientras Haya de la Torre cursaba el segundo año de Letras, Sánchez Cerro intervenía en su primer alzamiento: el golpe del coronel Benavides contra Billinghurst cuando éste disolvió el parlamento; el teniente revoltoso en esta acción perdió el dedo índice de la mano derecha y como premio fue ascendido a Capitán y nombrado en 1915 agregado militar a la Legación peruana en los Estados Unidos. En carta que le dirige a su padre, escrita a bordo del "Pachitea" en el cual viaja a hacerse cargo de su puesto, Sánchez Cerro revela las verdaderas razones de este alzamiento: "A mí me mandan en comisión a EE.UU., pero yo creo que es

más por sacarme de acá hasta que pase este tormento político. Este estúpido gobierno a todos teme..." Tras derrocar a Billinghurst, el parlamento había nombrado a Benavides jefe de la Junta de Gobierno...

Haya de la Torre llega a Lima en 1917 —tenía 22 años—, el mismo año del triunfo de la Revolución Rusa. Luis Alberto Sánchez, en su libro "Apuntes para una biografía del Apra", dice: "Haya había sido lector asiduo, desde 1912 —año de la gran huelga de Chicama— de literatura anarcosindicalista, al par que de literatura puramente estética. En Lima, Haya de la Torre entabla amistad con José Carlos Mariátegui, ocho meses mayor que él. Ambos frecuentan el Grupo Colónida de Abraham Valdelomar y se nutren de las enseñanzas del feroz tribuno Manuel González Prada.

La misión de Sánchez Cerro en Estados Unidos dura apenas tres meses (febrero a mayo de 1915); la primera guerra mundial está en su apogeo y el Perú se debate en una profunda crisis económica. El puesto de Sánchez Cerro en Washington es suprimido y éste regresa al Perú incorporándose al Regimiento de Infantería de la Guarnición de Lima. En 1918 pide su traslado a la guarnición de Iquitos y al año siguiente aparece como Comisario del Pastaza, territorio que poco después regalaría Leguía a Colombia, protagonizando un incidente durante el cual obligó a retirarse a un destacamento ecuatoriano que había pretendido posesionarse de ese sector.

La forja política de Haya

Por esa misma época, en Lima, Haya de la Torre interviene activamente en las luchas populares y estudiantiles, por la jornada de ocho horas y la reforma universitaria; en 1920 preside

el Primer Congreso de Estudiantes del Perú, en el Cusco, en donde nacen las Universidades Populares González Prada. En 1922, mientras Haya de la Torre está de gira por Argentina, Uruguay y Chile, el mayor Sánchez Cerro, que se encontraba ocasionalmente en el Cusco, se suma a un movimiento castrense encabezado por el mayor Cirilo H. Ortega contra los abusos que el Prefecto accidental y Comandante General de la plaza, coronel Julio Mindreau, cometía con otros jefes y oficiales de la guarnición, a varios de los cuales había apresado. Hubo una balacera frente a la Prefectura y Sánchez Cerro resultó herido de un balazo que le perforó el brazo derecho. Esta no fue una sublevación contra Leguía pero el coronel Mindreau le dio ese cariz para amenguar su responsabilidad en los sucesos que costaron varias vidas. Sánchez Cerro y otros militares fueron a dar con sus huesos en el frígido penal de la isla Taquila, en pleno Lago Titicaca. Un movimiento de protesta, encabezado por el diario "La Nación" de Buenos Aires, contra la vida inhumana que pasaban los prisioneros de Taquila, penal que fue comparado con la Isla del Diablo de la Guayana francesa, obligó a Leguía a clausurarlo y a trasladar a los prisioneros a la Isla de San Lorenzo, liberándolos los primeros meses del año 1923.

La misma prisión que deja Sánchez Cerro recibiría a Haya de la Torre meses después: el 23 de mayo, el joven aristócrata trujillano encabeza un movimiento de obreros e intelectuales que frustra la entronización del Corazón de Jesús porque los áulicos de Leguía pretenden darle un cariz político: quieren identificar el fervor religioso de las masas con una adhesión incondicional al régimen que planea su reelección. La indignación de Leguía no tiene límites y ordena el apresamiento de Haya de la Torre. El 3 de octubre Haya es detenido y trasladado a la Isla San Lorenzo; seis días después parte al destierro del cual no volverá sino después de ocho años.

El primer golpe de Sánchez Cerro y su viaje al extranjero

Entretanto, Sánchez Cerro, pasado a la disponibilidad, vaga por Lima en busca de su rehabilitación y readmisión en el Ejército. Las gestiones se dilatan y Sánchez Cerro decide dedicarse al comercio. Pero el ministro de Guerra, don Alfredo Piedra, amigo suyo desde la revolución contra Billinghurst, lo llama nuevamente al servicio. El país vivía una época bastante agitada y no era conveniente tener suelto en plaza a un militar levantisco que, como comerciante, puede viajar por todo el país y reanudar lazos de amistad con viejos compañeros de armas. Sánchez Cerro no acepta el cargo que le ofrecen en el batallón de ferrocarrileros y Piedra lo nombra ayudante en su ministerio, un cargo sin mando de tropa, desde donde se le puede vigilar con cien ojos. Demasiado peligroso, Sánchez Cerro es enviado en 1924 a Europa, "en viaje de perfeccionamiento". Recorre España, Italia y Francia, país este último donde permanece hasta comienzos de 1929 en que retorna al Perú. Valentín Gazzani, que años más tarde será el agente civil de la revolución de Arequipa, cuenta que en 1924 conoció a Sánchez Cerro cuando era agregado militar en Italia: "En ese entonces, lo escuché decir que derrocaría a Leguía apenas regresara al país".

Haya funda el APRA,

Entretanto, Haya de la Torre, deportado a Panamá, pasa a Cuba y de allí a México, de donde parte a Rusia en compañía de un grupo de estudiantes norteamericanos que quieren estudiar de cerca ese nuevo fenómeno que se llama la Revolución Comunista. Haya permanece cinco meses en Rusia, interviene en el V Congreso Mundial de Juventudes, conversa con Trotski, presencia el V Congreso del Partido Comunista, viaja por el sur de ese inmenso conglomerado de naciones llamado Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, pero rechaza inscribirse en el partido comunista. Después de una breve estadía en Suiza viaja a Francia y enseña a Inglaterra para matricularse en la School of Economics de Londres. En 1926 publica en Inglaterra un artículo en el que define los cinco puntos principales del programa máximo de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), una organización internacional fundada por él en México dos años antes. Su ideario es: acción contra el imperialismo yanqui, por la unidad política y económica latinoamericana, por la internacionalización del Canal de Panamá, por la nacionalización de tierras e industrias y por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo.

Haya de la Torre se proclama vocero de la nueva generación revolucionaria antimperialista de América. Después de un corto viaje a Bélgica para intervenir en el Congreso Antimperialista Mundial de Bruselas, llega a Estados Unidos para dictar conferencias y regresa nuevamente a México en donde permanece entre noviembre de 1927 y abril de 1928, haciendo labor proletaria.

Por su parte, Sánchez Cerro conspira en Europa con los civilistas que también Leguía había mandado al exilio. En Lima, el gobierno mueve sus fichas para la segunda reelección de Leguía. Haya decide que ha llegado la hora de la insurrección. Según refiere Luis Alberto Sánchez, Haya formula el "Plan de México" en el que proclama la Revolución Libertadora del Perú el 22 de enero de 1928. El plan establece un órgano único que habrá de realizar los postulados del APRA y que se denominará Partido Nacionalista Libertador del Perú, organismo político-militar revolucionario que reconoce como fundador y jefe a Haya. El movimiento desconoce al gobierno de Leguía así como la Constitución y las leyes en todo lo que ataque a los intereses y derechos del pueblo peruano y favorezca a sus enemigos nacionales y extranjeros. El lema del movimiento será "Tierra y Libertad", el mismo que diera Emiliano Zapata a la Revolución Mexicana.

Haya organiza la revolución en México:

El Plan de México es la plataforma política del movimiento insurreccional que Haya ha decidido hacer estallar en el Perú. Pero le falta el complemento militar y éste lo estructura en El Salvador, a donde ha llegado después de breve estadía en Guatemala. En la capital salvadoreña se contacta con el capitán Felipe Iparraguirre, trujillano como él y amigo de la infancia, y con el chalaco Aníbal Secada. Con ellos ultima los detalles de la insurrección: el movimiento debe estallar en Talara con unos 2,500 trabajadores petroleros. Iparraguirre debe ir a México donde espera encontrar apoyo logístico.

Haya tiene que acortar su estadía en

El Salvador al enterarse de un plan para secuestrarlo, enviarlo a Nicaragua y comprometerlo en la lucha que lleva a cabo Sandino. El pelotón de fusilamiento sería su destino final. Víctor Raúl viaja a Costa Rica. Iparraguirre ya lo está esperando en México hacia donde parte Haya. El barco llega a la Zona del Canal y Haya es impedido de desembarcar para tomar en Puerto Limón, en la costa atlántica, otra nave que debe conducirlo a México. El brazo de Leguía es muy largo y sus espías han descubierto el Plan de México. Al día siguiente Haya es reembarcado en la nave alemana Phoenicia con destino a Bremen. Poco después, Iparraguirre, que ha viajado al Perú para comprometer militares en la insurrección, es capturado.

Son los últimos días de diciembre de 1928: Haya de la Torre ha perdido su primer intento de llegar al poder. Ahora le toca a Sánchez Cerro. Mientras Haya de la Torre desembarca aterido de frío en Bremen, Sánchez Cerro alista maletas para dejar París. Llega al Callao el 15 de enero de 1929, más o menos por la misma fecha en que hubiera arribado Haya a Talara para encender la mecha de la revolución.

Sánchez Cerro regresa a Lima para hacer su revolución

Luis Alberto Sánchez dice: "El leguismo estaba fragmentado al menos en dos pedazos: el que encabezaba Foción Mariátegui, pariente de Leguía y Presidente de la Cámara de Diputados, estaba en tratos con Sánchez Cerro, no se sabe si para derribar a Leguía —imitando al señor Enrique de la Piedra que conspiró en abril con el coronel Eulogio Castillo, jefe de la Escolta de Leguía—, o simplemente para equilibrar su poder político; el otro sector estaba encabezado por Celestino Manchego Muñoz, diputado por Huancavelica. Había un tercer sector, personificado por Roberto Leguía, hermano de don Augusto y Presidente del Senado".

Lo cierto es que desde que retorna al país Sánchez Cerro comienza a conspirar. Sus primeras reuniones las tiene en casa del mayor Enrique Vásquez Benavides, otro de los militares a quienes Leguía había mandado a Europa "en viaje de perfeccionamiento" y que acababa de retornar al igual que Sánchez Cerro. A Sánchez Cerro se le acorta el tiempo y anda escaso de dinero: vive en una pobreza franciscana a la espera de las gestiones que hace su paisano, el ministro Huamán de los Heros. Hay otros militares que también conspiran. La situación es propicia: el colapso de Wall Street ha cerrado el caño de los dólares que recibía Leguía, las grandes obras públicas están paralizadas y la desocupación se extiende por todo el país. Pero Leguía se prepara para asumir su segundo período constitucional —con una constitución amañada que le permite la segunda reelección— en medio del descontento del país y de muchos de sus propios partidarios para quienes las ubres de las vacas del oncenio se han secado.

El 24 de setiembre de 1929, las tropas que llegan al Jirón de la Unión para rendir homenaje a la Virgen de las Mercedes, patrona de las Armas, son detenidas a la altura del Palais Concert. Varios sargentos son sacados de filas y llevados a la Intendencia de Policía donde los espera el feroz Fernando Oliva. Al día siguiente se ordena la detención de numerosos oficiales.

Los primeros van a parar al Frontón, los segundos a San Lorenzo.

El último carnaval de Leguía

Leguía está sentado en un barril de pólvora pero sigue presidiendo todas las fiestas. El carnaval de febrero de 1930 será el último de su vida. En abril se descubre un arsenal de armas que, se dice, estaba almacenando con fines subversivos el ex-diputado leguista doctor Manuel Jesús Urbina. A los pocos días la policía anuncia que ha delatado una conjura para asesinar al presidente, que debía ejecutarse en la Basílica Metropolitana, el Viernes Santo. Las manifestaciones de adhesión a Leguía, con te deums y todo se suceden durante todo el mes de mayo. ¡Dios proteja al fundador de la Patria Nueva!

Entretanto, las gestiones ante el ministro Huamán de los Heros han rendido sus frutos: Sánchez Cerro ha sido nombrado Jefe del Batallón de Zapadores de Arequipa y ascendido a comandante. Durante meses, paciente-mente, ha ido tejiendo la red del complot que debe acabar con el oncenio de Leguía.

La revolución de Arequipa debía estallar el 30 de agosto. Valentín Gazzani refiere que la fecha fue fijada para ese día por el mayor Alejandro Barco, uno de los conjurados, quien era muy devoto de Santa Rosa de Lima. Pero, dice, tuvo que adelantarse porque desde el fallido complot de la Basílica Metropolitana la policía estaba muy activa capturando a todos los sospechosos. Según Gazzani, el 21 de agosto "un tal Canessa, prominente hombre del régimen, se presentó en la compañía Faucett, donde yo trabajaba para poder tener acceso a la correspondencia oficial, y sin sospechar mi vinculación con el movimiento anunció que el gobierno iba a alquilar un avión porque algo había en el ambiente (de Arequipa) y necesitaba averiguarlo". Según esa versión, Gazzani despachó un telegrama a Sánchez Cerro con las palabras "Va Faucett", lo que significaba que el movimiento debía iniciarse en el acto por que de lo contrario fracasaría. Elmer Faucett, aviador norteamericano propietario de la compañía de su nombre, que también participaba en el complot, inmediatamente partió a Arequipa en el avión más grande que tenía, dando antes órdenes a un mecánico para que inutilizara los demás aparatos, a fin de que el gobierno no pudiera disponer de ninguno.

Estalla la revolución en Arequipa

Hay otra versión sobre el adelanto de la revolución: el jueves 21 de agosto, el ministro de Guerra, general Salomón, envió un telegrama urgente, en clave, al comandante general de la Tercera División, general Leopoldo Arias, quien lo puso en manos de su ayudante y jefe de claves, capitán Manuel Campos, para que lo descifrara. En él se ordenaba al general Arias el apresamiento de los comandantes José M. Gamarra, segundo jefe del Regimiento de Infantería Nº 5, y Sánchez Cerro. El mayor Campos, que era amigo de Sánchez Cerro, engañó a su jefe diciéndole que de Lima preguntaban cómo estaba la situación política y qué ambiente había en la Tercera Región. Enseguida, se comunicó con Sánchez Cerro dándole cuenta del verdadero tenor del telegrama.

Al día siguiente, viernes 22 de agosto, a las siete de la mañana, salieron

de sus cuarteles de Arequipa el Séptimo de Infantería, el Quinto de Infantería y el Tercero de Zapadores, con dirección a La Apacheta. En un momento dado, cuando los jefes y soldados estaban congregados en el campo de maniobras, Sánchez Cerro, que montaba a caballo, les anunció que había comenzado la revolución contra Leguía. Según relata Carlos Miró Quesada Laos en su libro "Sánchez Cerro y su tiempo", fue una arenga encendida y emotiva, a mitad de la cual Sánchez Cerro descendió de su cabalgadura para poner mayor énfasis a sus palabras. Según Gazzani, éstas tuvieron otro tono, un acento y un estilo casi caballeresco: "Señores, les invito a sublevarnos contra Leguía". El efecto fue electrificante —dice Miró Quesada—; los oficiales sacaron sus espadas y se declararon de completo acuerdo. Los soldados, por su parte, se unieron con alborozo al movimiento y regresaron cantando a la ciudad. La población, enloquecida de entusiasmo, se lanzó a las calles y plazas, proclamando su ferviente adhesión a la revolución. Fue una de esas raras veces en que los militares y civiles han marchado unidos y hermanados en un propósito común.

Como toda revolución, la de Arequipa tuvo un manifiesto. Fue éste una brillante pieza escrita que decía a los peruanos lo que habían querido escuchar. Una condena a los once años de corrupción y de injusticias en que el leguismo había sumido al país y una esperanza de plenas libertades democráticas para la reconstrucción de la Nación. Hoy, todavía es un misterio la autoría del manifiesto. Unos dicen que el autor fue el doctor José Luis Bustamante y Rivero, otros afirman que lo escribió el mayor Barco. Carlos Miró Quesada sostiene que el autor fue el propio Sánchez Cerro. Gazzani dice por su parte que en el manifiesto intervinieron el señor Vinelli, más tarde ministro de Hacienda, el señor Valdivia, presidente de la Corte Superior de Arequipa, y Bustamante y Rivero, quien le hizo algunas correcciones y modificaciones.

El general Ponce quiere escamotearle el triunfo a Sánchez Cerro

Proclamado Jefe Político y Militar de la República, Sánchez Cerro espera el pronunciamiento de las demás guarniciones del Norte y del Sur. Entretanto, Leguía se apresta a defender su gobierno: cierra el puerto de Mollendo y prohíbe el aterrizaje de aviones en Arequipa. En la tarde del 24 la guarnición de Lima le exige su dimisión. Leguía, enfermo y abandonado, pide al general Fernando Sarmiento que forme un gabinete de emergencia. Pero esto no funciona. Entonces le da el encargo al general Manuel María Ponce. Ya el pueblo estaba en las calles viviendo a Sánchez Cerro y a la revolución de Arequipa. Multitudes jubilosas afluyeron a los locales de "La Prensa" y "El Comercio" para denostar al primero su apoyo incondicional a Leguía y para vivir al segundo que, durante largos años, se había distinguido por su oposición al leguismo.

Ante esta situación, el general Manuel María Ponce, apenas juró su gabinete, declaró, en nombre de los Institutos Armados, que éste se había constituido en Junta de Gobierno y exigió a Leguía su dimisión, la que se produjo en la madrugada del 25 de agosto. Leguía fue embarcado a bordo del crucero Almirante Grau en momentos en que las masas populares se desbor-

daban y comenzaban a saquear e incendiar las residencias de los leguistas más notables.

En Arequipa, Sánchez Cerro se mantenía a la espera del pronunciamiento de las guarniciones del Norte, Centro y Sur. Por un momento se sintió solo y dudó del éxito de la revolución. Gazzani cuenta: "Es necesario señalar que Sánchez Cerro vaciló y pensó huir". Pero el mismo día 25 comenzaron a llegar las adhesiones tan angustiosamente esperadas.

Un ultimátum y la llegada triunfal de Sánchez Cerro a Lima

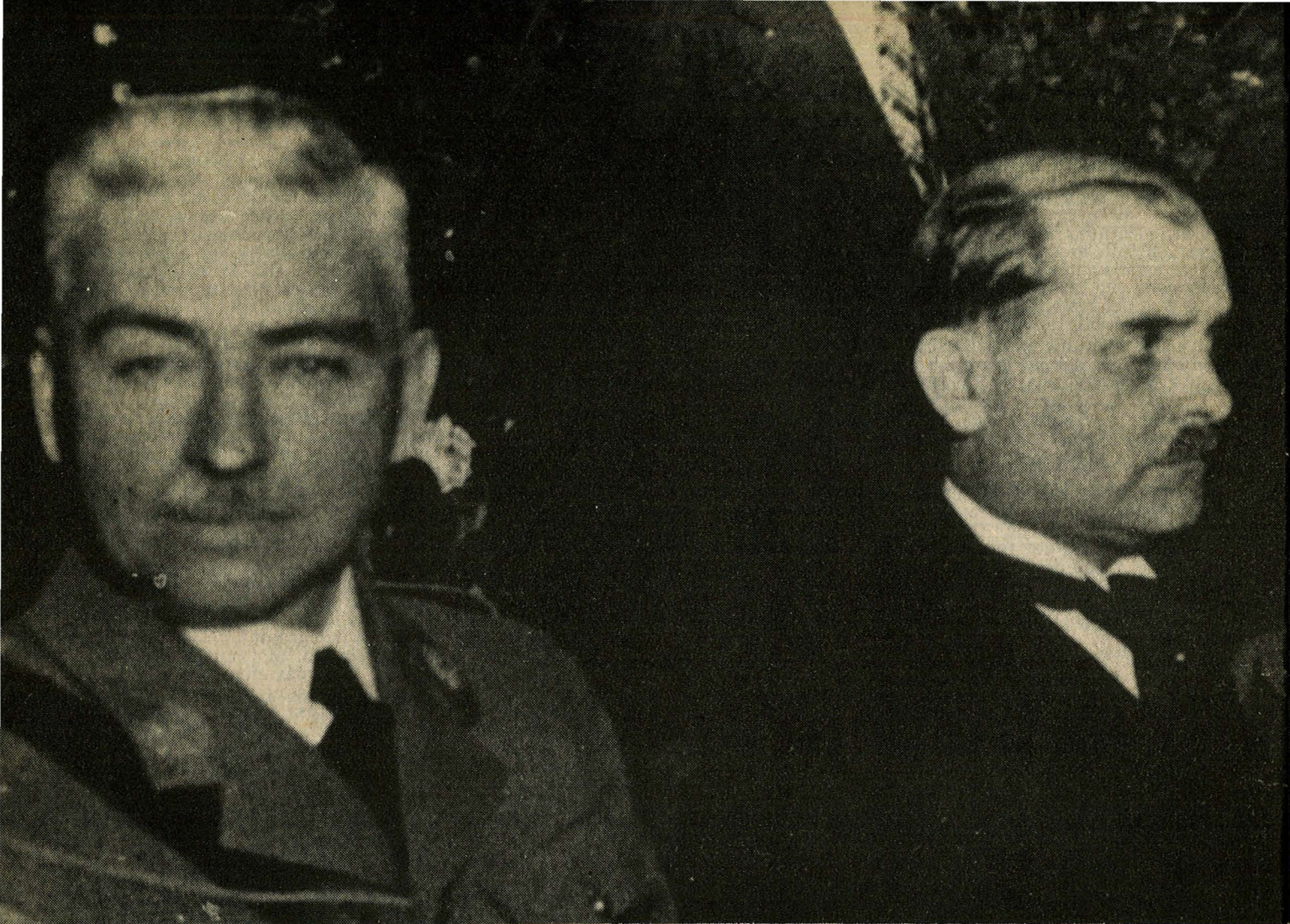
El 26, en Lima, el comandante Ricardo Guzmán Marquina, amigo de Sánchez Cerro, se puso en movimiento. Reunió a varios jefes con mando de tropa y acordó con ellos reconocer a Sánchez Cerro como jefe de la revolución. Una comisión integrada por el comandante Gustavo Jiménez fue a Arequipa para invitar a Sánchez Cerro a que viajara a Lima para asumir la jefatura suprema de la nación. En las primeras horas de la mañana del día 27, el general Ponce recibió en Palacio el siguiente telegrama: "General Ponce, Lima. Primero: Mis nobles, patrióticos ideales, hoy más que nunca interesarme afianzarlos eficazmente. Segundo: No me interesa conocer si tropa Primera, Segunda, Quinta División han reconocido incidental y flojamente esa Junta. Tercero: Hago caso omiso reconocimiento Cuerpo Diplomático esa Junta. Opinión nacional es la única tomo en consideración. Toda opinión extranjera asuntos internos mi patria rechazo de plano. Cuarto: Espero respuesta hasta una de la mañana. Caso no obtenerla hasta esa hora, no deseo continuar esta clase de ajeteos políticos criollos. Arequipa, 27 agosto 1930. Comandante Luis M. Sánchez Cerro".

El rumor de que Leguía había sido recibido con honores presidenciales a bordo del crucero Almirante Grau, con salvas de 21 cañonazos y enarboladura del gallardete presidencial, hizo temer un contragolpe leguista. "La marina se subleva" fue la voz que cundió por toda Lima. La Junta del general Ponce se desmoronó. Esa misma tarde, Sánchez Cerro llegaba a Lima, a bordo del avión que piloteaba el sonriente Elmer Faucett. Miles de personas vitorearon al comandante triunfador cuando descendía del aparato con el uniforme empolvado, feliz, y se confundía en un estrecho y emocionado abrazo con Valentín Gazzani, llevando en una mano un ramo de flores que una mujer del pueblo le había entregado.

Sánchez Cerro se marea en el poder

Sánchez Cerro le había ganado a Haya de la Torre la carrera a Palacio por puesta de mano. Pero Haya, desde Europa, observaba los acontecimientos y organizaba su siguiente jugada. El triunfo de Sánchez Cerro fue efímero, duraría apenas seis meses.

El primer error de Sánchez Cerro fue su ingratitud para con casi todos los que lo habían ayudado a hacer la revolución; de ellos, sólo el mayor Barco y el comandante Jiménez fueron llamados a integrar su Junta de Gobierno. Su segundo error fue dictar un estatuto en el que él asumía todas las atribuciones que la Constitución asignaba al presidente de la República, presidente de Poder Legislativo y presidente del Consejo de Ministros. El tercer error fue no haber controlado



EN EL BANQUETE inaugural de su gobierno, Sánchez Cerro pronunció una enérgica advertencia al Apra. Haya de la Torre, tras denunciar que las elecciones habían sido fraudulentas, se declaró en Trujillo Presidente Moral del Perú...

su temperamento agresivo: a muchos compañeros de armas que fueron a Palacio para felicitarlo por su triunfo los maltrató injustamente, reprochándoles el haber servido durante el oncenio leguista. Su cuarto error fue impedir el retorno de Haya de la Torre, quien se encontraba anclado en Europa. La ausencia de su jefe aglutinó a los exiliados apristas que habían retornado ya a Lima y fortaleció sus células secretas en base a las cuales, en setiembre, se fundó la sección peruana de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). El quinto error fue pelearse con Federico More y Ezequiel Balarezo Pinillos, escritores incendiarios que habían combatido mordazmente a Leguía y que nuevamente se veían perseguidos.

Sánchez Cerro no había sido el único que había complotado contra Leguía. Si nos atenemos a lo que dice Federico More, fueron varios los intentos pero todos fallaron porque querían confluír en un solo movimiento. Los fracasados comenzaron, cada uno por su lado, su labor de socavamiento de la Junta de Gobierno. Tres meses después de su entrada triunfal en Lima, se produjo la primera crisis ministerial a raíz de la suspensión de garantías constitucionales decretada por una revuelta provocada en Malpaso por el naciente partido comunista. Aquí Sánchez Cerro cometió su sexto error: apearse a los civilistas. En el gabinete que formó el 24 de noviembre, entraron dos exponentes del civilismo clásico: los comandantes Antonio Beingo-
lea y Manuel Rodríguez.

Desde Europa Haya mueve los hilos de la contra revolución

Esta fue el arma que utilizó Haya de la Torre para montar la contra revolución que iba a traer abajo a Sánchez Cerro. Apristas como Antenor Orrego y Alcides Spelucín entraron en contacto con militares jóvenes y se formaron asambleas cívico-militares en las que se deliberaba y censuraba la proclividad civilista de Sánchez Cerro. El comandante Gustavo Jiménez, desembarcado del gabinete, se sumó a los descontentos. El 22 de noviembre el diario "La Prensa" en cuya dirección el comandante Jiménez había colocado al mayor M.O. Velásquez, publicaba un cable que Haya de la Torre enviaba desde Berlín alertando al país contra el desviacionismo de la revolución de Arequipa, demandando prontas elecciones y ofreciendo al Apra como la única alternativa para la reconstrucción del país. Haya decía: "... Y después de la caída de Leguía, el Perú no puede esperar de los distintos grupos civilistas sino horas de represalia, de venganzas, de luchas fraccionarias que agravarán más nuestros problemas vitales". Y alertaba: "Ante esta perspectiva, el pueblo peruano que sostuvo a Leguía en 1919, creyendo que lealmente su gobierno rompería con la tradición Civilista, debe reaccionar. El gobierno que ha sucedido a Leguía va a tratar de ser utilizado por el Civilismo".

Dos días después, el propio director de "La Prensa" publicó en el diario una carta abierta a Sánchez Cerro, en-

rostrándole el abandono de las banderas de la Revolución de Arequipa para contraer "compromisos con un grupo de hombres a quienes la opinión pública les niega toda simpatía". El mayor Velásquez le recordaba a Sánchez Cerro que el Ejército y la Marina le habían prometido su apoyo para que se proclamara Presidente Provisorio a fin de cumplir "sin restricciones, todo el programa de la Revolución" y le decía "no tiene usted derecho a contraer pactos políticos con hombres y con grupos que ya han desempeñado su papel y cuyo retorno a la vida pública del Perú carece de razón de ser".

Sánchez Cerro disolvió las asambleas cívico-militares, clausuró "La Prensa" y comenzó a llenar nuevamente las cárceles de apristas y simpatizantes.

El civilismo pierde a Sánchez Cerro. Haya ha ganado otra vez

Los militares revolucionarios que habían acompañado a Sánchez Cerro se sintieron engañados. El 20 de febrero de 1931 estalló un golpe en el Callao, al frente del cual estuvo el general Pedro Pablo Martínez. La rebelión fue sofocada por tropas de la guarnición de Lima. Enseguida se levantaron las guarniciones de Arequipa, Puno y Cusco, en favor del coronel Aurelio García Godos, un militar que había sido desterrado por Leguía y que, apenas retornado al Perú a la caída de éste, volvió a ser desterrado por Sánchez Cerro que no vio con buenos ojos los recibimientos que le hicieron. En Arequipa se formó una Junta de Gobier-



EN LA MESA DE honor rodeaban a Sánchez Cerro el coronel Montagne, Luis Alberto Eguiguren, presidente del Congreso Constituyente; José Matías Manzanilla, el "Zorro" Jiménez, Luis Miró Quesada y el mayor Barco...

no que le dirigió un cable a García Godos, que en esos momentos se encontraba en París, pidiéndole que regresara al Perú para ponerse al frente de la Junta. Pero García Godos no tenía dinero para pagarse los pasajes. El Norte también se sublevó.

Sánchez Cerro organizó expediciones para combatir a los rebeldes del Sur y del Norte. La división que iba al Sur, al mando del comandante Gustavo Jiménez, fue obligada a regresar al Callao desde Pisco por los propios barcos de la Armada.

Ante esta situación, el primero de marzo el comandante Sánchez Cerro convocó a una reunión en Palacio a la que concurrieron representantes de diversas agrupaciones políticas y el Administrador Apostólico de la Arquidiócesis, monseñor Mariano Holguín, ante el cual renunció, trasladándose luego al Hotel Bolívar a la espera de los acontecimientos inmediatos.

La junta de Samanez Ocampo prepara el escenario del siguiente enfrentamiento entre Haya y Sánchez Cerro

Si el comandante Sánchez Cerro pensó que las masas que lo recibieron jubilosas el 27 de agosto cuando llegó triunfante de Arequipa, se iban a levantar para llevarlo en hombros a Palacio, se equivocó. Haya supo calcular bien su jugada: explotó bien la animadversión que el pueblo tenía a todo lo que oliera a civilismo y propició la caída del hombre que se le había adelantado a hacer la revolución.



SÁNCHEZ CERRO dice que le bastará la firmeza de su acción, secundada por el apego del pueblo y la lealtad de los Institutos Armados para tranquilizar al país...

Tras la renuncia de Sánchez Cerro se formó una Junta Transitoria presidida por el doctor Ricardo Elías, Presidente de la Corte Suprema, pero ésta fue rechazada por la Junta que se había formado en Arequipa que, a cambio de García Godos, tenía a David Samanez Ocampo, un montonero muy apreciado en el Sur. A las 3 de la mañana del día 5 de marzo, Elías entregó el gobierno a los notables reunidos en Palacio y éstos llamaron por telégrafo a Arequipa, donde se encontraba Samanez Ocampo. Pero quedaba por ver qué es lo que pensaba el comandante Jiménez.

Federico More, en su panfleto "Zoo-cracia y canibalismo" dice: "A las seis de la mañana y a bordo del buque almirante de la expedición punitiva, el señor comandante Jiménez recibió la visita de tres políticos, que le hicieron entender que en sus manos estaba entrar a Palacio. Y como el señor comandante Jiménez no deseaba otra cosa y se le explicó que Palacio estaba desguarnecido y el Perú sin gobierno, se resolvió a desembarcar en el Callao y a meterse en la Casa de los Virreyes. Así fue. A las seis de la tarde del seis de marzo, el señor Comandante Jiménez, jinete en brioso caballo y guerrero sin enemigos, llegó a Palacio. Mil setecientos hombres armados iban a su espalda. Tomó posesión del gobierno. Quiso proclamarse Presidente; pero las objeciones de la Marina y los consejos de los abogados de la Acción Republicana lo convencieron de que esto no era posible. Entonces, heroicamente, renunció a la presidencia y procedió a formar, de acuerdo con los Institutos Armados, el nuevo gobierno. Y así nació, casual y violentamente, la Junta de Gobierno presidida por don David Samanez Ocampo".

Nueve meses duraría en el poder la Junta de Samanez Ocampo. En ese lapso, el comandante Sánchez Cerro viajaría a Europa, donde aún permanecía Haya de la Torre; la Junta prepararía el Estatuto Electoral y realizaría las elecciones en las que volvieron a enfrentarse por la conquista del poder Sánchez Cerro y Haya de la Torre, ya enemigos declarados a muerte, como se verá más adelante. ■



Haya de la Torre impuso el saludo aprista de los pañuelos blancos. De Alemania trajo la fanfarria, los bosques de banderas y las marchas al estilo de Nuremberg...

HISTORIA DE UNA ENEMISTAD QUE SE SELLO CON SANGRE

CAPITULO SEGUNDO

HAYA SE PROCLAMA PRESIDENTE MORAL

EN marzo de 1925, por un cable procedente de Washington, el país se vino a enterar que tres años antes —el 24 de marzo de 1922— el gobierno de Leguía había firmado un tratado de límites mediante el cual el Perú le cedía a Colombia más de 120 mil kilómetros cuadrados de territorio comprendido entre los ríos Caquetá y Putumayo, incluyendo el trapecio de Leticia, a cambio de 100 mil dólares y una pequeña zona denominada Sucumbios, de 463 kilómetros cuadrados a la cual el Perú no podía tener acceso por estar encerrado entre los límites de Ecuador y Colombia establecidos por un tratado suscrito entre esos países en 1915. En ese inmenso territorio —cuya superficie era mayor que la de Panamá, Cuba, Bélgica, Dinamarca, Grecia, Holanda o Portugal— vivían alrededor de 20 mil peruanos; existían escuelas, guarniciones militares, misiones religiosas, empresas industriales, puertos fluviales, estaciones de comunicación, pueblos netamente peruanos, algunos de los cuales llevaban los nombres de Tacna, Arica y Tarapacá en recuerdo de las provincias por ese entonces cautivas de Chile. Era la región más próspera de Loreto, su verdadero granero y despensa.

El tratado Salomón-Lozano, una humillación peruana

El primer peruano en atacar ese monstruoso tratado que había sido negociado en secreto por el canciller peruano Alberto Salomón y el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario colombiano Fabio Lozano, fue el doctor Víctor Andrés Belaúnde, en un artículo que publicó en La Habana, en el que señalaba: "No cabe, en el orden diplomático y territorial, una catástrofe mayor para los intereses del Perú. Un tratado semejante entraña tales peligros para la región de Loreto y tales abdicaciones de nuestra parte, que sólo después de una guerra en que hubiéramos sido total y definitivamente

vencidos, sería imaginable". Después de reseñar todos los esfuerzos hechos por el Perú desde la época de Castilla por asegurar la pertenencia peruana sobre ese territorio de nuestra Amazonía, Belaúnde hacía un llamado a la conciencia nacional para acabar con "el cobarde silencio y el menguado conformismo de los hombres nuevos".

La noticia también galvanizó a los diputados regionales por Loreto que trataron por todos los medios impedir la ratificación del tratado Salomón-Lozano, pendiente en el parlamento nacional. Los habitantes de las diferentes provincias de Loreto enviaron numerosos memoriales de protesta al presidente Leguía. La respuesta de éste fue conminar al Prefecto de Iquitos para que le enviara una lista con los nombres de los que recababan firmas y les hiciera saber "que no se permitirá ningún acto que se traduzca en obstrucción al cumplimiento del tratado con Colombia". El tratado fue ratificado por el congreso peruano el 20 de diciembre de 1927. En agosto de 1930, Leguía entregó a Colombia todos los territorios peruanos del Putumayo-Amazonas, en una ceremonia que se realizó a bordo de la cañonera peruana "América". Colombia entregó 100 mil dólares "como pago por las obras realizadas en la localidad de Leticia" cuyos habitantes quedaron libres de aceptar la nacionalidad colombiana o mantener la peruana. Y aunque el acta mencionaba que los delegados de ambos países daban por recibido los territorios materia del tratado, Colombia nunca pudo entregar Sucumbios, porque éste era... ecuatoriano.

A la caída de Leguía, los diques del silencio se rompieron y hubo expresiones de condena al tratado Salomón-Lozano que la prensa, una adicta, otra cautiva, había mantenido oculto. Triunfante la Revolución de Arequipa, Sánchez Cerro se refirió a la iniquidad de ese tratado en el discurso que pronunció desde los balcones de Palacio de Gobierno, pero no se concretó ninguna

acción de reclamo porque a los seis meses de gobierno Sánchez Cerro tuvo que entregar el mando a la Junta de Samanez Ocampo.

El fantasma del tratado Salomón-Lozano

La mención del tratado Salomón-Lozano es pertinente en esta parte de la historia que estamos reseñando, no sólo para la comprensión de un incidente que relatamos a continuación, producido en París entre el comandante Sánchez Cerro y el ministro colombiano, general Vásquez Cobo, sino porque su rechazo por los habitantes de Loreto originó un conflicto bélico que pudo haberse resuelto a favor de una revisión del tratado, conservando al menos el trapecio de Leticia para nuestro país, pero que se resolvió a favor de Colombia al producirse el asesinato de Sánchez Cerro.

Consolidada la Junta de Gobierno y bajo presión del comandante Jiménez, que desempeñaba la cartera de Guerra, Samanez Ocampo le dio una misión a Sánchez Cerro en Europa. Era una manera de alejarlo para tratar de pacificar los cuarteles. Pero cuando el barco que lo llevaba a Europa arribó a La Habana, Sánchez Cerro envió un cablegrama a Palacio comunicando a la Junta que renunciaba a la misión para presentar su candidatura presidencial. No se sabe qué fue lo que respondió Samanez Ocampo, pero lo cierto es que Sánchez Cerro siguió viaje y llegó a París donde se convirtió en una de las atracciones de los salones: todos querían conocer al pequeño militar, de tez cobriza, que volvía al exilio dorado después de derrocar al poderoso gobierno de Leguía.

Ni bien llegó a París Sánchez Cerro concurrió a la Legación peruana, en ese entonces atendida por Francisco García Calderón y pidió que le visaran su pasaporte para retornar al Perú. El primero de mayo, recibió la siguiente respuesta: "Siento mucho comunicar a Ud. que, habiendo recibido

esta Legación en días pasados, orden del Ministerio de Relaciones Exteriores para que no se otorguen ni visen pasaportes para el Perú sin previa consulta, he tenido que pedir la autorización necesaria para visar el de Ud. habiendo recibido respuesta negativa. Dios Guarde a Ud. F. García Calderón". Sánchez Cerro montó en cólera porque consideraba que la Junta trataba de impedirle el acceso a la presidencia del país por la vía electoral después de haberlo apartado de la conducción de la Revolución de Arequipa por la vía subversiva.

Un duelo a muerte en París, que no se realizó

En ese estado de ánimo concurrió a una recepción en la que estaban presentes varios diplomáticos de misiones latinoamericanas y exiliados políticos, entre ellos el chileno Arturo Alessandri. En un momento dado, se hizo un grupo alrededor de Sánchez Cerro y el ministro colombiano Vásquez Cobo, en el que se comenzó a hablar sobre el gobierno de Leguía. Sánchez Cerro, con esa impetuosidad que lo caracterizaba, criticó abiertamente al régimen del oncenio tocando el caso del tratado Salomón-Lozano que había arrebatado al Perú inmensos territorios amazónicos. Vásquez Cobo se sintió aludido por estas frases de Sánchez Cerro y hubo un cambio fuerte de palabras. Sánchez Cerro lo retó a duelo.

Ventura García Calderón —hermano de Francisco, nuestro embajador en París— relata que Sánchez Cerro llegó a su casa indignado porque no había podido conseguir a nadie que aceptara apadrinarlo en el duelo. Después de escuchar sus quejas, García Calderón le dijo: "Es la única cosa que nunca puede rehusarse a un hombre de honor. Su padrino soy y a mucha honra". García Calderón se encargó de encontrar el otro padrino: el coronel Figueroa San Miguel. Ambos se contactaron con los padrinos que había nombrado Vásquez Cobo: Miguel Arroyo Diez y Ulpiano A. de Valenzuela.

García Calderón relata que, con plenos poderes de sus ahijados, los padrinos celebraron una reunión en la que él les advirtió que el duelo sería a muerte y les aconsejó que reflexionaran durante 24 horas antes de dar su respuesta. "Si comparten ustedes mi prudencia, me lo dirán mañana y si no nos ponemos de acuerdo, organizaremos un duelo a muerte. Nada menos. Se trata de dos jefes militares a quienes les corresponde la misión altísima de ser los depositarios del honor nacional". "Al día siguiente, dice García Calderón, ambos padrinos del adversario me encargaron que arreglara el incidente sugiriendo yo una fórmula honorable para ambos jefes, la que evitó el lance de honor". La fórmula consistió en la suscripción de un acta en la cual los cuatro padrinos declararon simultáneamente que no hubo en sus representados, en las frases que se cruzaron entre ellos, el más mínimo deseo de inferirse ofensa alguna sino, que por el contrario, ambos habían manifestado en diversas ocasiones estima recíproca por su valor personal y su hidalguía.

Sánchez Cerro y Vásquez Cobo nunca volverían a cruzar palabra. Pero dos años después de este incidente, ambos fueron protagonistas de un enfrentamiento armado a causa del tratado Salomón-Lozano. Esta vez no hubo padrinos y hablaron las armas: Sánchez

Cerro era presidente del Perú y Vásquez Cobo jefe de las operaciones que debía reducir a los peruanos que habían expulsado de Leticia a las autoridades colombianas. Sin embargo, como en París, esta vez tampoco habría duelo: el atentado de Santa Beatriz acabaría con uno de los contendores.

Las presiones de sus partidarios para el retorno de Sánchez Cerro crecían a la par que la resistencia a su venida por parte de cierto sector del ejército. El 16 de mayo, la instrucción secreta dada a las legaciones en el extranjero para que no le concedieran visa, se hizo pública a través de un comunicado que expidió la Junta, en el que se decía que "velando por la tranquilidad y la paz del país, ha ordenado la Junta a todas las legaciones y consulados no visar los pasaportes del nombrado". No se conoce de presiones que hiciera el Apra para el retorno de Haya de la Torre, quien se encontraba en Berlín observando el apogeo del nazismo.

En junio, ya se daba por seguro que los candidatos presidenciales serían Haya de la Torre y Sánchez Cerro. En esta situación, personajes como Rafael Belaúnde, Augusto Pérez Aranibar, Amadeo de Piérola y Juan Manuel Polar plantearon la necesidad de unificar los viejos partidos políticos en un movimiento de Concentración Nacional para encontrar a un candidato de transacción que terminara con la intranquilidad política que crecía en el país. Se convocó a una reunión en el General de Santo Domingo que concluyó sin llegar a ninguna solución, en medio de vivas al Apra y a Sánchez Cerro.

Sánchez Cerro: no aspiró a la dictadura sino a la presidencia constitucional

Entretanto, el movimiento alrededor de la figura de Sánchez Cerro crecía. El 7 de junio, con motivo del Día de la Jura de la Bandera, una multitud reunida frente al monumento a Bolognesi comenzó a vivir a Sánchez Cerro. La Junta convocó a una reunión de notables para sondear la posibilidad de que Sánchez Cerro pudiese ganar las elecciones. En esa reunión don José Carlos Bernaldes expuso una anécdota: en cierta ocasión, cuando don Nicolás de Piérola era candidato presidencial, el Partido Demócrata convocó a una manifestación que llenó varias cuadras, desde Juan Simón hasta la Alameda de los Delcaños; no obstante don Nicolás fue derrotado porque no tenía el apoyo del gobierno. De donde se dedujo que si Sánchez Cerro no era apoyado por la Junta, no tenía posibilidades de llegar a la presidencia. La Junta, entonces, levantó la prohibición que pesaba para su retorno el 26 de junio. Sin embargo, Sánchez Cerro ya había emprendido viaje al Perú y el día 9, desde Colón, en Panamá, dirigió un enérgico mensaje a la Junta de Samanez Ocampo protestando por su alejamiento forzado del país: "Quien derrocó a la dictadura sólo puede ser amenaza para los dictadores. No aspiro a la dictadura sino a la presidencia constitucional, confiado en la libre voluntad de mis conciudadanos, para con ellos iniciar la verdadera obra de resurgimiento nacional. Acataré patrióticamente esa voluntad aunque me fuera adversa; pero jamás reconoceré la constitucionalidad de un gobierno fraguado con escarnio de la libertad electoral y la conculcación de los derechos ciudadanos que he enseñado a defender y estoy pronto a su defensa. Insis-

to en ingresar al país para presentarme como candidato a la presidencia constitucional. No acepto sobre mi derecho otra voluntad que la del Perú".

Sánchez Cerro desembarca en el Callao

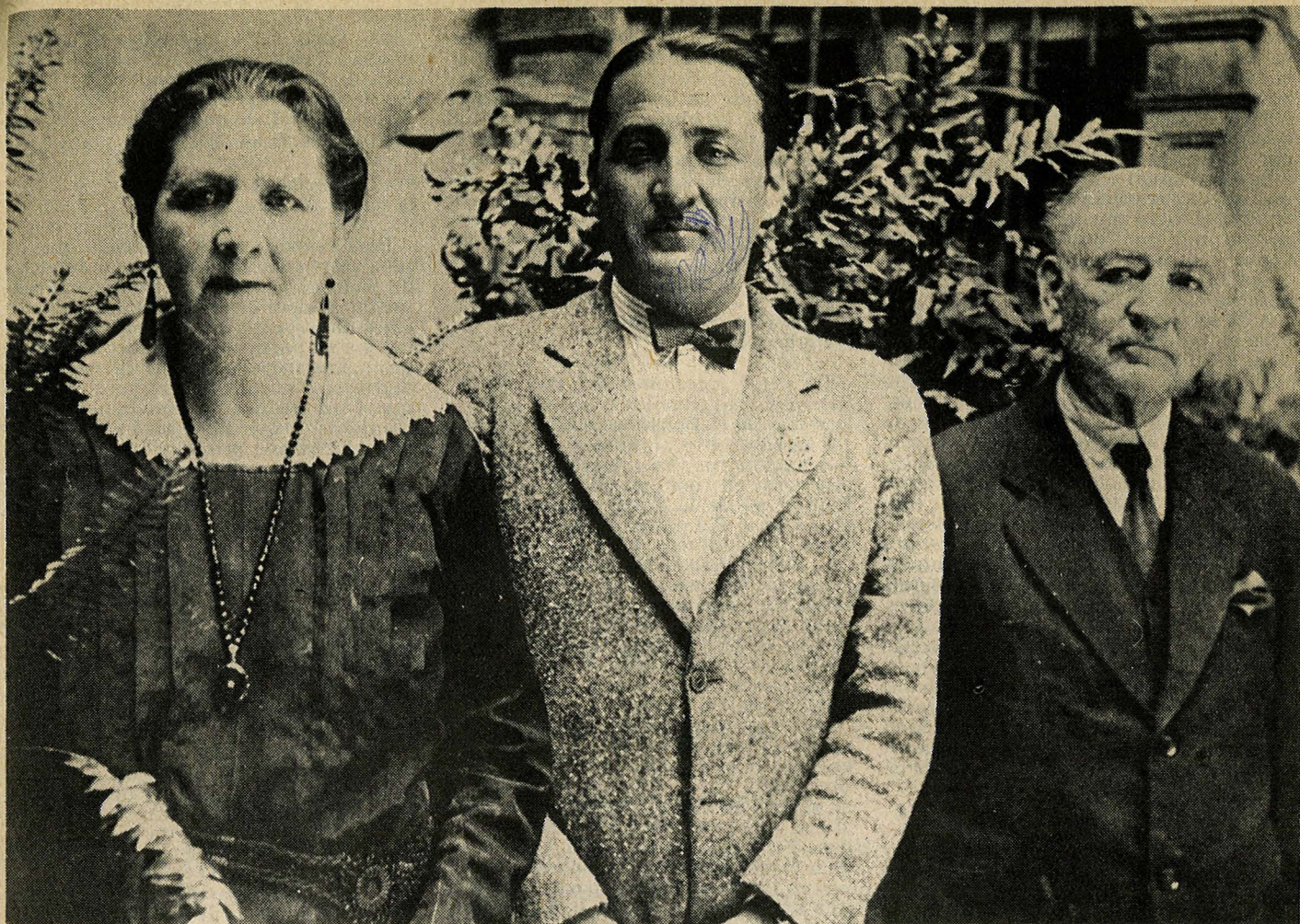
Sánchez Cerro arribó al Callao la tarde del 2 de julio, a bordo del buque italiano "Orazio", el mismo que pocos años después condujera a la primera selección peruana de fútbol a las Olimpiadas de Berlín, en 1936. Según relata Carlos Miró Quesada Laos, la llegada de Sánchez Cerro fue accidentada: "Los miles de personas que lo esperaban en los muelles para aclamarlo, tuvieron que sufrir la hostilidad de la policía. Parece que el gobierno impartió instrucciones para obstaculizar la recepción. La policía montada dio una carga con sus sables, oyéndose seguidamente disparos de armas de fuego. El desconcierto fue grande y las gentes huían para ponerse a salvo del ataque. Muchos cayeron al mar. Las autoridades se constituyeron a bordo del "Orazio", a decirle a Sánchez Cerro que no podía desembarcar hasta nuevo aviso. Durante la noche, piquetes de gendarmes vigilaban los muelles. Al día siguiente, 3 de julio, muy temprano, desembarcaba misteriosamente el viajero".

El Partido Aprista Peruano, entretanto, no había permanecido inactivo. Por los mismos días en que Sánchez Cerro residía en París, el 16 de mayo de 1931 inició la publicación de su órgano periodístico: "La Tribuna", bajo la dirección de Manuel Seoane y la subdirección de Luis Alberto Sánchez. El diario —según relata Luis Alberto Sánchez— aparecía a las 11.30 de la mañana y ello permitía a sus lectores conocer "la reacción aprista frente a los sucesos y opiniones de los demás periódicos. Tal costumbre permitía responderlo todo, al instante, pero había que pagar la oportunidad de la respuesta con la agresividad de la improvisación".

Cuando la Junta de Gobierno promulgó el Estatuto Electoral, los apristas fueron de los primeros en inscribirse como partido político, aunque, como lo confiesa LAS "hacia falta un ideario concreto, vinculado a la realidad peruana". No hay que olvidar que el Apra, fundada en México en 1924 por Haya de la Torre era, más que todo, un programa de aspiraciones a nivel continental, que podía ser suscrito por todos los partidos progresistas de América Latina, y es por eso que surgieron secciones apristas en varios países, principalmente en algunos de Centroamérica y en Venezuela. Por eso, lo que se fundó en el Perú en setiembre de 1930, fue la "Sección Peruana" del Apra (Alianza Popular Revolucionaria Americana). Entonces, los "apristas" peruanos, se abocaron a mediados del 31 a la realización de su primer congreso nacional, comenzando por congresos distritales, siguiendo por provinciales y departamentales hasta llegar al Congreso Nacional.

... Y Haya de la Torre en Talara

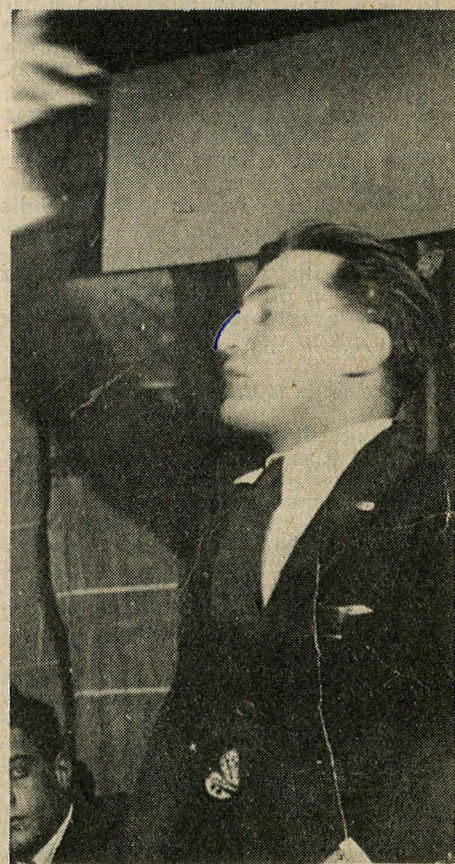
Víctor Raúl Haya de la Torre desembarcó en Talara el 12 de julio, nueve días después que hiciera lo mismo Sánchez Cerro en el Callao. El lugar escogido para retornar al país, tras ocho años de ostracismo era simbólico: en Talara debió comenzar en 1929 la revolución aprista contra Leguía, que pudo haber evitado la Revolución de Arequi-



VICTOR RAUL Y SUS padres en su casa solariega de Trujillo, cuando ya esta inmerso en la política y acababa de retornar al país después de su prolongado destierro...



HAYA DE LA TORRE estudió en el Seminario San Carlos, de Trujillo, y sus vacaciones escolares las disfrutaba en la playa de Huanchaco y en haciendas de familias acomodadas. Esta foto corresponde a un paseo con la familia Gonzales Orbegoso...



FOGOSO líder estudiantil, Víctor Raúl Haya de la Torre fundó las universidades populares González Prada...

pa que hizo en 1931 Sánchez Cerro. Haya cogió tierra del suelo talareño y se la llevó a los labios: el joven de 28 años que salió del país desterrado por Leguía, retornaba convertido en un hombre maduro de 36 años, con un partido político continental que ya estaba caminando en otros países en manos de jóvenes líderes políticos liberales. En el viejo muelle de Talara lo esperaba una multitud de apristas del lugar y otros venidos desde Trujillo, el suelo natal del cual había estado ausente catorce años.

A diferencia de Haya de la Torre, que ya tenía un partido político que respaldara su inscripción en el Jurado Electoral, Sánchez Cerro no tenía sino una masa amorfa afinada en las clases populares a las que atraía su figura de militar arrojado y pendenciero, al caudillo que había derrocado al tirano Leguía y los había redimido del abusivo servicio de conscripción vial. A esta masa se sumaba la burocracia instalada en los puestos del gobierno después del oncenio, campesinos y una inmensa legión de desocupados. En la cúpula se instalaron políticos conservadores, los civilistas, e intelectuales salidos de colegios y clubes católicos que veían con desprecio al partido de trabajadores manuales e intelectuales que había creado Haya de la Torre. Con todos ellos Sánchez Cerro creó su partido, la Unión Revolucionaria, en recuerdo de las jornadas del 22 de agosto del 31.

Los orígenes marxistas del Apra

Tanto Haya de la Torre como Sánchez Cerro habían asistido, durante su exilio europeo, al triunfo del comunismo marxista, del nazismo alemán y del fascismo italiano. Esto tendría enorme influencia en la concepción ideológica y en las actitudes externas de los partidos Aprista y Unión Revolucionaria. Haya, que había bebido en las fuentes del anarcosindicalismo y del marxismo, marcó la tónica originaria de su partido con un antimperialismo norteamericano que con el transcurrir de los años se convirtió en antimperialismo a secas. Los cinco puntos del programa máximo del Apra fundado en México tienen una indudable connotación marxista. Pero Haya quiso que el Apra fuera una respuesta latinoamericana al comunismo marxista de la Unión Soviética, libre de ataduras con la Tercera Internacional y de allí su pleito con los comunistas.

El fascismo de la Unión Revolucionaria

La Unión Revolucionaria era la antítesis del Apra, la defensa de la civilidad contra el comunismo encarnada en el fascismo italiano, cuya doctrina había llegado a nuestras costas a mediados de la década de los años 20. José Ignacio López Soria, en su libro "El pensamiento fascista", dice: "Al calor de las posiciones de Riva Agüero y de la prédica de religiosos italianos y españoles fue surgiendo un fascismo mesocrático que recogía las aspiraciones de los sectores medios urbanos y les daba una forma ideológica. El fascismo mesocrático arraigó en los claustros de la Universidad Católica, en las filas de los miembros de la Acción Católica y en los colegios regentados por religiosos. Este fascismo no es sólo un gesto, es también un intento de elaboración ideológica de la experiencia histórica peruana desde los intereses y aspiraciones de la "intelligentzia" y de las capas medias profesionalizadas.

Cuando se leen con atención sus textos —especialmente los de su máximo ideólogo Raúl Ferrero Rebagliatti—, se advierte que se trataba de una juventud ganosa de ideales, de una juventud que no cree ya en la capacidad de la vieja clase dominante para dar respuesta a las urgencias del momento y que no está dispuesta a dejarse ganar por el populismo y el socialismo. Ni capitalismo depredador de las riquezas nacionales y superexplotativo, ni socialismo ateo y aniquilador del individuo".

Los partidos tradicionales, fuera de juego

En estas elecciones del año 31, los partidos tradicionales como el Civil, el Demócrata, el Constitucional o el Liberal, cedían paso al Apra y a la Unión Revolucionaria. La pugna estaba ya centrada en dos candidatos: Víctor Raúl Haya de la Torre y Luis M. Sánchez Cerro. Sin embargo, se plantearon otras candidaturas, las de Arturo Osorio, Rafael Larco Herrera y José María de la Jara y Ureta. La de Larco Herrera no llegó a inscribirse en el Jurado. Sobre los otros dos, Federico More dice en su panfleto "Zoocracia y Canibalismo": "Al iniciarse la campaña electoral, se creó una cosa llamada Concentración Nacional, cuyo fin aparente era constituir un gran frente con un candidato único; pero cuyo fin real era que don Amadeo de Piérola fuese presidente de la República. Ignoro si el señor de Piérola pretendía serlo o si era sólo una expectativa de sus amigos. Lo cierto es que esa Concentración Nacional, llena de mañas y de dobleces, impidió que la parte democrática de la ciudadanía se uniese en torno a Osorio. Al fin, tres sombras políticas —el Partido Liberal, el Partido Demócrata y la Acción Republicana— formaron la Alianza Nacional. Y fue lanzado el nombre del señor doctor José María de la Jara, abogado, profesor y literato prominente y hombre de vida purísima. Pero el señor doctor José María de la Jara y Ureta, intelectual puro, carecía de todas las condiciones de empuje, de dinamismo, de brío que necesitaba un político puesto en función de gobernar. No inspiró confianza en las derechas y no convenció a los hombres de izquierda. Contribuyó, sí, de modo notable, a aumentar la desorientación y el desasosiego reinantes".

El reflejo de Nuremberg en la manifestación del 15 de agosto

La campaña electoral comenzó en el momento mismo en que los dos principales protagonistas arribaron al Perú: Haya por el norte, Sánchez Cerro por el sur. Los dos convergieron luego en Lima en sendas manifestaciones que tuvieron como escenario la Plaza San Martín. La de Haya tuvo lugar el 15 de agosto y la de Sánchez Cerro el 22, aniversario de la Revolución de Arequipa. Ambos llevaron igual cantidad de público.

Lima nunca había visto una manifestación como la del 15 de agosto: Haya de la Torre marchando hacia la Plaza San Martín en medio de un bosque de banderas de todos los países latinoamericanos; la gran bandera roja con un círculo dorado encerrando América Latina, que Haya creara para el Partido Nacionalista Libertador del Perú que debía realizar el "Plan de México" del año 29, abriendo el cortejo de manifestantes con el brazo en alto, cantando la letra de la "Marsellesa Aprista" escrita por Arturo Sabroso Mon-

toya. Todo, daba una vista impresionante y sería comparada con los desfiles de Nuremberg en honor a Hitler. En la Plaza San Martín, Haya de la Torre, enfundado en una casaca de cuero, pronunció su discurso.

"El Comercio" le declara la guerra al Apra

Días después, "El Comercio", que estaba comprometido con la candidatura de Sánchez Cerro, comentó la manifestación aprista en un feroz artículo declarándole la guerra a Haya de la Torre y a su partido afirmando: "... tiene a destruir el ideal de la nacionalidad y el concepto de patria, el partido que hace un desfile con banderas extranjeras, y que tiene su bandera propia y su himno propio, como si la canción nacional y el bicolor de la patria nada significaran ni fueran suficientemente hermosas y se hallaran tan adentro en el corazón de los peruanos, como para despertar los más nobles y viriles de sus entusiasmos".

"El Comercio" calificó al Apra de partido internacional: "Así que el origen y finalidad del Apra no está en el Perú, sino en países extranjeros, por eso adopta sus banderas en actitud de fervoroso rendimiento para esos países, pero de criminal renunciamento para el Perú".

En su discurso de la Plaza San Martín, Haya dijo: "Y venimos a realizar la verdadera democracia, que tiene un sentido económico. Para cumplir esta obra el aprismo será un ejército civil, será el partido del Estado". El diario de la familia Miró Quesada replicó: "Se explica que un partido que ha comenzado sustituyendo el Himno y la Bandera patrias, quiera también reemplazar el ejército de la Nación por uno propio, sólo así el Estado podría ser instrumento defensor de la doctrina aprista". Dentro de este Estado sólo podrían vivir los que fueran apristas, es decir los que observaran y obedecieran ciegamente las ideas y deseos del jefe y de los órganos ejecutivos del partido".

Haya: "¡El que pierda estas elecciones irá contra la pared!"

El discurso que pronunciara Sánchez Cerro en el mismo lugar, el 22 de agosto, fue una clara réplica al Apra. El caudillo de la Revolución de Arequipa reclamó la unión de todos los peruanos "que puedan ayudar a defender a la nación" contra un nuevo peligro nacional: el aprismo. "No vengo a desunir sino a unir a los peruanos. No he de combatir hombres sino tendencias. Ese es mi deber patriótico y quiero cumplirlo inexorablemente".

Se había abierto el abismo: de ahí en adelante sólo habría una alternativa: aprismo o antiaprismo. Luis Alberto Sánchez dice que Haya de la Torre enterado del discurso de Sánchez Cerro, exclamó: "¡el que pierda esta elección irá contra la pared!".

En la gran concentración aprista del 23 de agosto en la Plaza de Acho, Haya explicó a sus masas el significado continental del programa máximo del Apra ("El aprismo considera que el Perú no puede apartarse de los problemas de América ni ésta de los problemas del mundo") y para calmar las suspicacias del Ejército dijo que tanto el Ejército y la Armada, como la Guardia Civil "son instituciones democráticas que garantizan la existencia nacional" y añadió que el Apra no podía estar contra los institutos armados "constituidos

por elementos que provienen de las clases obreras, campesinas y medias". Haya trazó el ámbito en el que las Fuerzas Armadas deberían en el futuro cumplir su misión: en los cuarteles, al margen de la política. El efecto fue contrario porque el Ejército, a la caída de Leguía se convenció de que sólo su institución podía salvar al país de la anarquía.

La campaña prosiguió intensamente, hasta la víspera del 11 de octubre en que se realizaron las elecciones bajo el estatuto redactado por la Junta de Samanez Ocampo, que calcaba el estatuto electoral argentino y establecía por primera vez el voto secreto y obligatorio. Apristas y sanchezceristas se hicieron mutuas inculpaciones de agresión a sus huestes y en realidad, en las semanas que precedieron a los comicios hubo muertos y heridos por ambos bandos. Haya había votado en Trujillo, Sánchez Cerro en Lima.

Triunfa Sánchez Cerro y el Apra desconoce el resultado electoral

Cuando aún no se había terminado el cómputo de los votos, "La Tribuna" anunció jubilosamente que Haya de la Torre había ganado las elecciones, despertando el entusiasmo de sus masas. Los escrutinios recién terminaron el 25 de noviembre con el triunfo de Sánchez Cerro con 152,060 sobre 106,007 que obtuvo Haya de la Torre, Osores 19,653 y De la Jara 21,921. El Apra desconoció los resultados alegando que se había cometido fraude y demandó al Jurado de Elecciones que presidía el doctor Araujo Alvarez su anulación. El Jurado rechazó la demanda aprista: Sánchez Cerro tenía legalmente expedito el camino para permanecer en Palacio de Gobierno por cinco años.

¿Por qué perdió el Apra?

¿Por qué triunfó Sánchez Cerro? Federico More dice: "Triunfó porque los que deseábamos que no triunfara no supimos hacer un frente único y porque el Apra con sus quiméricas e inútiles declamaciones socialistas asustó a las gentes de derecha y las cohesionó en torno a un gendarme que era lo que, a su juicio, necesitaban para destruir, sin piedad, al grupo moscovita, que tal creían era la pueril Alianza Popular Revolucionaria Americana".

Historiadores como Jorge Basadre sostienen que la práctica aprista contribuyó a que los poderosos terratenientes que apoyaban a Osores se inclinaron a favor de Sánchez Cerro. Luis Alberto Sánchez, en su libro "Una larga guerra civil" dice: "El Partido Aprista Peruano se había visto obligado entre el 1º de marzo y el 11 de octubre de 1931 a una agobiadora y plural tarea: coordinar su plan de gobierno, reclutar adeptos y organizar la campaña electoral; llevar a cabo la campaña misma. Una sola de estas tareas habría requerido no menos de un año y un gasto considerable de dinero. El PAP carecía de fuentes económicas a la altura de tales exigencias, y lo que habría requerido años de preparativos lo tuvo que llevar a cabo en ocho meses, sin libertad completa y sin los medios materiales adecuados". ¿No explicaría esto también la derrota electoral del Apra?

Los apristas no aceptaron con resignación la derrota, y se echaron nuevamente a conspirar. Luis Alberto Sánchez dice que el 3 de diciembre se reunió el petit comité del PAP en el lo-

cal de "La Tribuna", donde el coronel César Enrique Pardo, en su calidad de Secretario de Defensa, anunció que había creído indispensable preparar las bases de un movimiento armado con el objeto de evitar los excesos previsibles con la toma del poder por Sánchez Cerro y la instalación de la Constituyente. Hubo acuerdo. El día 5 en la mañana, el petit comité recibió el informe de Pardo en el sentido de que esa misma noche estallaría un movimiento revolucionario, cuyos detalles expuso. LAS dice que no hubo acuerdo unánime para aprobar el plan expuesto.

El Apra organiza un golpe de Estado

Por su parte, el doctor Luis Antonio Eguiguren, que fuera presidente de la Asamblea Constituyente, dice en su libro "La selva política": "En dos ocasiones me llamé con urgencia el comandante (Sánchez Cerro) para decirme que los hombres del gobierno provocarían o aceptaban un golpe de Estado, con el fin de cerrarle su ascensión al poder y que él estaba dispuesto a adelantarlos, pues contaba con elementos que lo secundaban. Me expresó que todo estaba bien dispuesto, que tenía fuerza militar. Me pidió que le redactara un manifiesto, llegando a darme de su puño y letra los puntos más saltantes que debía contener esa pieza destinada a la Nación. Conserve el borrador".

Haya debía iniciar la revolución a bordo del Grau, pero...

El mayor Víctor Villanueva, dice ("El Apra en busca del poder"): "En Trujillo, después del fracaso electoral, militantes apristas, suboficiales del Grau y sargentos del cuerpo de artillería, urdieron un complot para llevar al poder a Haya de la Torre. Propusieron que éste se embarcara en el buque insignia de la Armada (que estaba anclado en el puerto de Salaverry), sería recibido con honores de Presidente y la consiguiente salva de 21 cañonazos. Este sería el aviso para que la tropa de artillería se sublevara. El Partido Aprista haría lo propio, armándose con los fusiles de una compañía de infantería que había sido enviada a Trujillo en la época de la Junta Militar de Sánchez Cerro para controlar a los artilleros, todos ellos oriundos de La Libertad y lógicamente de familias apristas. Las tropas de la guardia civil serían fácilmente dominadas, pensaban los conspiradores, pues tenían algunos elementos en sus filas. Condición indispensable para la realización del movimiento era que Haya se embarcara en el Grau para dirigir la revolución". Pero Haya no se embarcó.

La noche del cinco de diciembre hubo un apagón en Lima, que era la señal convenida para la insurrección aprista, pero sólo se produjeron algunas escaramuzas sin mayor importancia. En provincias el movimiento tuvo mayor envergadura: en Huacho capturaron la comisaría, un oficial de policía intentó el levantamiento en Chosica; igual cosa sucedió en Huánuco, Ayacucho y Huancavelica al mando de un oficial del ejército y otro de la policía, terminando ambos en la cárcel. En Cerro de Pasco, el capitán Molina y el dirigente aprista Pedro Muñiz se apoderaron de la ciudad, siendo necesario el envío de 500 soldados para recuperarla. Semejantes acciones se realizaron en Cajamarca.

Se dice que el complot aprista tenía por finalidad conformar una junta de

gobierno con el coronel García Godos a la cabeza, con la promesa de éste de realizar nuevas elecciones en las que el Apra resultaría ganadora. García Godos llegó a Trujillo al día siguiente de fracasar el movimiento en Lima, mientras que los coroneles Pardo y Bustamante viajaron a Chiclayo donde los esperaba Luis Heysen, quien afirmaba tener comprometida a la policía y a la guarnición militar de Lambayeque. No había tal cosa.

El curioso episodio del caldo de verduras

Víctor Villanueva narra en su libro "El Apra en busca del poder" que Haya urdió un nuevo plan para desencañar la revolución en Trujillo. Este consistía en adormecer con un narcótico a toda la tropa de la guarnición. Refiere que el sargento Luis Chanduví, militante aprista, se comprometió a realizar esta tarea. Incluso el médico Federico Chávez se encargó de buscar el narcótico más apropiado y lo encontró después de hacer experimentos con diversos tipos de comida en la cual debía echarse el narcótico. Villanueva acude al testimonio de Chanduví: "Me encontraba arrestado en el cuartel, pero conservaba mis enlaces con el exterior, pues salía de noche cuando mi batería entraba en guardia. Un día, cuando todo estuvo listo, pedí ir a la enfermería, luego me hice llevar a la cocina con el pretexto de tomar un café, mandé al cocinero, el 'Negro Machuca' a comprar cigarrillos, aprovechando su ausencia para sacar del capote el frasco con la droga y echarla a la paila del caldo".

Por segunda vez, Sánchez Cerro le gana a Haya, y éste se declara Presidente moral del Perú

Desgraciadamente para los complottados, el doctor Chávez no había experimentado con una comida hecha a base de verduras. Cuando Chanduví echó la droga en la paila se produjo una curiosa reacción química que ennegreció el caldo. Este tuvo que volcarse al suelo —como si hubiera sido un acto casual— para evitar que se descubriera el intento. Así fracasó este nuevo intento insurreccional del Apra.

El día 8 de diciembre, Haya pronunció su famoso discurso de Trujillo en el que se proclamó presidente moral del Perú. "Quienes han creído que la misión del aprismo era llegar a Palacio están equivocados. A Palacio llega cualquiera, porque el camino a Palacio se compra con oro o se conquista con fusiles. Pero la misión del aprismo era llegar a la conciencia del pueblo antes que llegar a Palacio. Y a la conciencia del pueblo no se llega ni con oro ni con fusiles. A la conciencia del pueblo se llega, como hemos llegado nosotros, con la luz de una doctrina, con el profundo amor de una causa de justicia, con el ejemplo glorioso del sacrificio". Y añadía: "Por eso, mientras los que conquistaron el mando con el oro o con el fusil, crean mandar desde Palacio, nosotros continuaremos gobernando desde el pueblo".

Estas terribles frases eran pronunciadas en Trujillo por Haya, el mismo día en que se instalaba en Lima el Congreso Constituyente y juramentaba Sánchez Cerro. La Junta de Gobierno de Samanez Ocampo no envió a ningún representante. Ninguno de los 22 constituyentes apristas elegidos asistieron al acto. La guerra a muerte estaba declarada. ■

HISTORIA DE UNA ENEMISTAD QUE SE SELLO CON SANGRE

CAPITULO TERCERO

EL PRIMER INTENTO DE ASESINATO

LUCIENDO sobre el pecho la banda presidencial que le acaba de ser impuesta por el presidente del Congreso Constituyente, el comandante Luis M. Sánchez Cerro recorre en carroza de gala las calles que unen en línea recta el Palacio Legislativo y la Casa de Pizarro. Desde techos y balcones le arrojan pétalos de flores mientras las tropas de la guarnición, en posición de firmes le rinden homenaje. El presidente responde los saludos de la muchedumbre con gesto adusto: los constituyentes apristas le han inferido un desaire con su ausencia en el acto más importante de su carrera política y David Samanez Ocampo, el presidente de la Junta de Gobierno, ni siquiera tuvo la cortesía de enterarlo del contenido de su discurso, a él, que había liberado al Perú de la tiranía leguista. Pero eso ya no importa: el comandante Sánchez Cerro es Presidente Constitucional del Perú. Ni las artimañas del Comandante Jiménez, ni las asonadas apristas de días atrás, han podido arrebatárle el triunfo. Pero en Palacio de Gobierno le espera otro desaire: las rejas están abiertas de par en par y quienes salen a recibirlo son los mayordomos de Palacio. No hay nadie de la Junta, ninguno de ellos ha tenido el coraje de enfrentársele. Sánchez Cerro cruza apresuradamente los salones vacíos de Palacio hasta llegar a uno donde lo esperan ya sus futuros ministros. Rápidamente se realiza la ceremonia de juramentación: Luis Miró Quesada, ministro de Relaciones Exteriores; José Manuel García Bedoya, ministro de Gobierno; Germán Arenas, ministro de Fomento y Primer Ministro; Eufrasio Alvarez, ministro de Justicia e Instrucción; José Cateriano, ministro de Hacienda; Manuel Encarnación Rodríguez, ministro de Guerra, y Alfredo Benavides Canseco, ministro de Marina.

¡Sólo el aprismo salvará al Perú!

Después de la ceremonia y los parabienes de estilo, los ministros se retiran, todos a excepción de José Manuel García Bedoya. Con él tiene que despachar muchas cosas: nombrar al Prefecto de Lima, a los prefectos departamentales, al Director de Gobierno. Al coronel Antonio Rodríguez lo nombra Jefe de su Casa Militar y al mayor Luis Solari Hurtado, su edecán.

Las luces de Palacio permanecieron encendidas hasta altas horas de la no-

che de ese día ocho de diciembre de 1931. En Trujillo, el bastión del Apra, Haya de la Torre ha lanzado ese mismo día su grito de guerra: después de reiterar sus acusaciones de "fraude electoral", se ha proclamado Presidente Moral del Perú y ha lanzado un reto: "Hoy comienza para los apristas un nuevo capítulo de la historia del partido; las páginas de gloria o de vergüenza las escribiremos nosotros con sangre o con lodo". Y un lema: ¡Sólo el aprismo salvará al Perú!

Sánchez Cerro también ha sido duro en el discurso inaugural de su gobierno y ha advertido al Apra que le bastará "la firmeza de su acción, secundada por el apoyo del pueblo y la lealtad de los institutos armados para que el país quede pronto absolutamente tranquilo" y que defenderá la democracia "de todo peligro que amenace su existencia, el orden social o la estabilidad de las instituciones nacionales, sin preocuparme del origen ni de la magnitud del peligro".

En las elecciones de octubre, que no sólo eran para elegir al presidente constitucional del Perú sino a los representantes de la Asamblea Constituyente que debe darle el marco legal a la democracia que surge tras once años de gobierno despótico de Leguía, los apris-

tas han ganado 27 bancas, los descentralistas 20 y cuatro los socialistas. La Unión Revolucionaria tiene una cómoda mayoría parlamentaria de 78 miembros pero hay once independientes que tienen más afinidad con los descentralistas, ese movimiento que en 1930 apoyara decididamente a la Revolución de Arequipa.

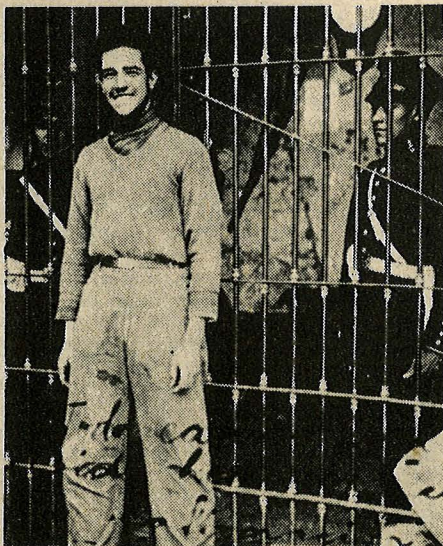
Eguiguren no acepta ser desembarcado

Sánchez Cerro presiente que la lucha frontal contra el Apra se va a dar en la Constituyente y para controlarla envió a su Secretario, el doctor Pedro Ugarteche y Tizón, para que parlamentara con Luis Antonio Eguiguren y le pidiera que le cediera el puesto a José Matías Manzanilla, viejo parlamentario de los años anteriores a 1919, varias veces presidente del Congreso, maestro de San Marcos y autor de varias leyes en favor de los trabajadores. Eguiguren, piurano como Sánchez Cerro, viejo amigo suyo, a quien él nombrara Alcalde de Lima cuando triunfó la Revolución de Arequipa, es un hombre de temperamento nervioso y exaltado y —como diría después el propio Ugarteche— su falta absoluta de experiencia parlamentaria podía ser utilizada por los apristas para desencadenar el caos en la Constituyente.

Pero Eguiguren no cede y le manda decir a Sánchez Cerro que consideraba que estableciendo el Estatuto Electoral que la presidencia de las Juntas Preparatorias correspondía al representante que había obtenido la más alta votación y que siendo él, como representante por Lima, quien la había obtenido, no ser elegido después presidente del Congreso podía ser interpretado como una falta de confianza de la Unión Revolucionaria en su persona y, por lo tanto, hacerlo objeto de una descortesía que no merecía, ya que nadie tenía motivos para dudar de su lealtad política. Después de escuchar estos argumentos Sánchez Cerro había dado orden a la UR para que votara por Eguiguren.

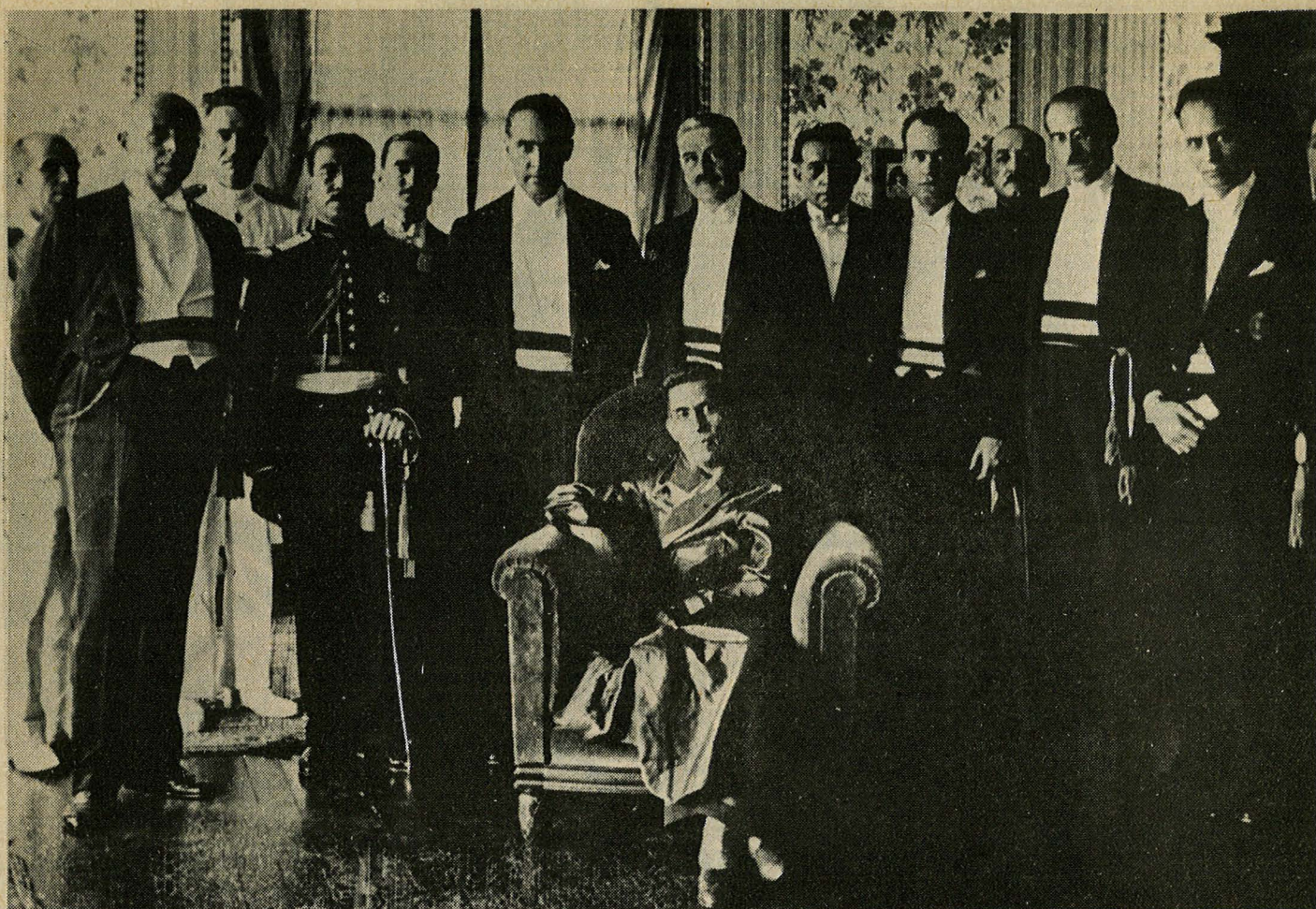
El Congreso Constituyente

Los apristas, por su parte, se miraban en el espejo de las más exaltadas figuras de las Cortes Constituyentes de España, a las que tomaban como ejemplo de lo que debían ser los legislado-



MELGAR atentó contra Sánchez Cerro en la Iglesia Matriz de Miraflores...





SANCHEZ CERRO convalece de sus heridas en Palacio, rodeado de sus ministros y otros altos funcionarios de su gobierno. La persecución contra los apristas arreció después del atentado de Miraflores que casi le cuesta la vida...



LOS APRISTAS COMPLICADOS en el intento de asesinato, comparecen ante la Corte Marcial. Juan Seoane y Melgar fueron condenados a muerte pero Sánchez Cerro les conmutó la pena. Al salir de la cárcel, Seoane se separó del partido aprista...

res peruanos encargados de dar al país una nueva Carta Magna, en sustitución de la que Leguía había hecho a su antojo en 1920.

Los debates del Congreso Constituyente se iniciaron el 11 de diciembre. En la bancada aprista destacaban Manuel Seoane, Luis Alberto Sánchez, Carlos Manuel Cox, Luis Heysen, Pedro Muñiz, Carlos Schowing, Manuel Arévalo, entre los descentralistas las figuras más destacadas eran Víctor Colina, Erasmo Roca, Emilio Romero. El socialismo tenía a Luciano Castillo, Hildebrando Castro Pozo, Alberto Arca Parró y Saturnino Vera Castillo. Entre los independientes los que más brillaban eran Víctor Andrés Belaúnde y Manuel Bustamante de la Fuente. La Unión Revolucionaria, era mayoría numérica y el peso de los debates correría a cargo de Alfredo Herrera, Sayán Álvarez, Clemente Revilla y Luis A. Flores, encarnizado enemigo personal de Haya de la Torre y jefe de los grupos de choque de la Unión Revolucionaria que más tarde vestirían las camisas negras del fascismo.

La lucha se plantea en dos niveles: en la calle y en el Congreso. Las fuerzas de choque de la UR se enfrentan con las apristas a lo largo de todo el país, con incendios de locales políticos, emboscadas, tumultuosas manifestaciones callejeras con cierrapuertas de los establecimientos comerciales. El Apra va ganando más fuerza y la extrae de los sectores populares que cada día se ven más afectados por la crisis: hay reducción de salarios, cierre de centros de trabajo. "La Tribuna" ataca despiadadamente la incapacidad del gobierno recién instalado para conjurar la crisis económica en que se debate el país.

La consigna aprista parece ser no dar resuello al gobierno, plantearle la lucha en todos los terrenos para presentarse como la única alternativa de poder. El Congreso debe redactar la nueva Constitución, en base a un anteproyecto redactado por una comisión especial que presidió el juriconsulto Manuel Vicente Villarán. Pero también debe legislar. Y el Apra, unas veces aliada con los descentralistas, otras con los socialistas y en no pocas ocasiones con ambos, crítica con saña las medidas que plantea el gobierno.

El país está en bancarota pero el Apra no da tregua al gobierno

La situación económica y social no tiene visos de componerse. Como diría el ministro de Hacienda Cateriano: "el nuevo gobierno ha encontrado desvalorizada nuestra moneda, suspendido el pago de la deuda pública, impagos en gran parte los haberes y pensiones, paralizadas las obras públicas, creciente desocupación, exhausto el Tesoro, disminuida la confianza y casi agotado el crédito". Los representantes apristas acrecientan las expectativas de las clases populares con proyectos de ley para impedir que los centros de trabajo reduzcan los jornales o boten a los trabajadores, incluyendo en esta medida a los trabajadores domésticos; creando una comisión para que busque la solución al desempleo; reduciendo impuestos y aumentando remuneraciones; congelando el precio de los transportes, etc.

En las sesiones de redacción de la Constitución también los representantes apristas libran una dura batalla con la mayoría gobiernista. Siguiendo el modelo de la Constitución española recientemente promulgada, ellos también

quieren definir al Perú como una República de Trabajadores Manuales e Intelectuales; plantean el voto para los jóvenes de 18 años y para todos los miembros de los Institutos Armados, siguiendo el ejemplo de la Unión Soviética; proponen el voto selectivo para la mujer y el voto indiscriminado para los analfabetos.

Carlos Miró Quesada Laos, ("Sánchez Cerro y su tiempo"), dice refiriéndose a la Célula Parlamentaria Aprista: "El otro hecho grave y trepidante es la efervescencia del Congreso donde los apristas que han sido elegidos en minoría, desean poner fuego al polvorín. Las sesiones son agitadas, candentes, agresivas, insoportables. Se pide el desafuero de los apristas. Hay palabras grandilocuentes y hechos que no confirman la grandilocuencia. Se parodia a los convencionales de Francia en grotesca caricatura de discursos jacobinos y girondinos. Se quiere remedar toscamente a la Revolución Francesa. Sólo falta que se recuerde a Mirabeau cuando dijo: "Hemos entrado aquí por la voluntad del pueblo y sólo saldremos por la fuerza de las bayonetas". Pero la voluntad del pueblo no ha sido aprista sino antiaprista y es justamente la minoría la que desconoce el veredicto de los peruanos".

Luis Alberto Sánchez ("Una larga guerra civil"), dice por su parte: "Los miembros de la CPA se vieron obligados, empero, a usar un tono de agresiva propaganda, conocedores como eran desde el 23 de diciembre, de la decisión gubernativa de eliminarlos del Congreso en una violenta campaña contra el Pap".

La Ley de Emergencia acaba con las libertades

Y no le faltaba razón: la noche del 24 de diciembre (estamos todavía en 1931) comandos urristas y fuerzas policiales allanan el local del partido aprista en Trujillo. Hay disparos y se producen algunas muertes de simpatizantes apristas. Se dice que hubo intención de asesinar a Haya de la Torre pero esa noche él no había ido al local porque había sido alertado por un amigo de que se iba a atacar contra su vida. Al día siguiente, hordas de manifestantes recorren las calles de Trujillo dando vivas al Apra, mueras a Sánchez Cerro y apedreando establecimientos comerciales. Los apristas dicen que ellos no participaron en el tumulto, que fueron urristas los que lo hicieron para luego echarle la culpa de la asonada al Apra.

Pero el ministro de Gobierno García Bedoya tiene ya redactado un proyecto de Ley de Emergencia y lo envía al Congreso el día 28 de diciembre. Eguiguren espera que pasen las fiestas de Año Nuevo y en la sesión del 4 de enero los constituyentes se enteran de su contenido. El oficio de remisión firmado por García Bedoya señala muy claramente sobre quien va a recaer todo el peso de esa ley: "Es ya de pública notoriedad, que en la madrugada del 25 del presente, la ciudad de Trujillo se vio conmovida por manifestaciones tumultuosas organizadas por gente armada y en las que, a los gritos subversivos de viva el Apra y muera el gobierno, se atacó a la fuerza pública, resistiéndose los sublevados a obedecer las órdenes dictadas por la primera autoridad del departamento. A consecuencia de estos sucesos, hay desgracias que lamentar".

El proyecto de Ley de Emergencia acaba con las libertades públicas. Con-

sidera como actos contrarios a la estabilidad de las instituciones y al bienestar social: "la incitación a resistir o a desobedecer las leyes o las disposiciones legítimas de la autoridad; la incitación a los Institutos Armados a rebelarse contra los poderes constituidos o a actos de indisciplina o antagonismo entre ellos; la difusión de noticias que puedan quebrantar el crédito del país o perturbar la paz o el orden públicos; la realización de actos de violencia contra personas, cosas o propiedades por motivos políticos o sociales o la incitación a cometerlos; las acciones o expresiones gravemente ofensivas a la respetabilidad de las instituciones del Estado o de los representantes del Poder Público; la posesión ilícita de armas de fuego o de sustancias explosivas; la incitación al desconocimiento del organismo constitucional de la República, cualquiera que sea el medio que se emplee; y la falta de celo y negligencia de los funcionarios públicos en el cumplimiento de sus deberes.

El ministro de Gobierno queda facultado para suspender las reuniones o manifestaciones públicas de carácter político o social, "cuando por las circunstancias de su convocatoria sea presumible que su celebración puedan perturbar la paz pública"; para clausurar los centros o asociaciones que se consideren incitan a la realización de actos enunciados líneas arriba; y para decretar la incautación de toda clase de armas o sustancias explosivas, "aun de la que se tenga lícitamente". Las penas son de multas, confinamiento o destierro.

Al olvido el manifiesto de Arequipa

La discusión de este proyecto de ley polarizó al Congreso en dos bandos: el de sus defensores, todos ellos de la Unión Revolucionaria y el de sus detractores: apristas, descentralistas, socialistas e independientes. ¿Cómo es que el gobierno del caudillo que había nacido a la vida pública con un manifiesto tan hermoso, pleno de ofrecimiento de amplias libertades, como lo fue el de la Revolución de Arequipa, enviaba al Congreso que debía plasmar en una nueva Carta esas libertades, un instrumento represivo de tal naturaleza? El gobierno no creía proceder mal: había que defender la democracia conquistada en Arequipa, las libertades arrancadas a la tiranía del oncenio, de las garras disociadoras de organizaciones minoritarias que querían destruir la República. Y basaba su defensa en precedentes foráneos, más concretamente en la Constitución de las Cortes Españolas cuyos autores eran tan admirados por los propios apristas. El 29 de octubre de 1931, las Cortes Constituyentes españolas habían aprobado una Ley de Defensa de La República, que luego habían incluido provisionalmente en la nueva Constitución Política promulgada el 9 de diciembre de ese mismo año.

Y el propio Luis Jiménez de Asúa, presidente de la Comisión de Constitución de esas Cortes, una de las figuras más notables del pensamiento jurídico español y conocido como uno de los mejores amigos del Apra había justificado esa Ley de Defensa de la República: "El excesivo parlamentarismo y sobre todo la extrema liberalidad política de la Carta Fundamental fue el motivo de que al promulgarse ésta (la Constitución), el 9 de diciembre de 1931, tuviese que ir adicionada con una disposición transitoria en que se declaraba vigente la Ley de Defensa de la República del 21 de octubre del mis-

mo año, lo que en parte dejó en suspenso algunas de las más liberales disposiciones del Código Político. Lo impusieron así los abusos de los antiliberales, que usaban de la libertad para destruirla".

Allá, en España, la Ley de Defensa de la República la usaban los liberales para defender a la Nación contra los excesos de los antiliberales. Aquí, la Ley de Emergencia sería usada por los antiliberales (la oligarquía sánchezcerroista) para defenderse de los liberales (las fuerzas antioligárquicas encabezadas por el Apra).

Comienza la represión

Haya de la Torre llegó a Lima el tres de enero, víspera de la exposición en el Congreso del proyecto de Ley de Emergencia. Había salido subrepticamente de Trujillo en el auto de un pariente suyo, el constituyente urrista Luis Gonzales Orbegoso. La lucha en las calles y en el Congreso ha adquirido sombríos caracteres. Ya no hay posibilidad de reconciliación y "El Comercio" plantea la polarización política en estos términos: "En el Perú hay dos fuerzas: una que aspira a la captura violenta del Estado para establecer una tiranía sectaria en la que toda libertad sería ahogada y todo derecho conculcado, y otra que defiende la organización social y política tradicionales en el mundo, y que no quiere la lucha de clases, ni la destrucción del capital... Y nos atrevemos a pensar que en las actuales circunstancias no caben cambios neutros, ni puntos muertos. O se está a favor del orden o se está a favor del desorden: éste es el dilema. O con el Apra y el comunismo, o contra el comunismo y el Apra".

Dos días después, el 9 de enero Clemente Revilla, vicepresidente del Congreso que estaba dirigiendo el debate en ausencia del presidente Luis Antonio Eguiguren —éste había abandonado sus funciones en señal de protesta por las imposiciones que le hacía el gobierno—, da por agotado el debate y por aprobada la Ley de Emergencia. Los apristas, socialista, descentralistas y algunos independientes han abandonado ya el hemiciclo.

El prefecto Chávez Cabello entra inmediatamente en funciones y comienzan a llenarse las cárceles con opositores al gobierno. Haya ha establecido ya los dispositivos para la clandestinidad aprista y ha comenzado a tender los hilos de la insurrección. Su primer contacto lo tiene con el comandante Gustavo Jiménez con quien acuerda reunirse el domingo 14 a las seis de la tarde. También ha sostenido entrevistas con un sector del descentralismo a través de Víctor Colina que después se haría aprista. Pero el prefecto Chávez Cabello es más rápido: el día 13 son apresados los constituyentes apristas Sabroso, Neuhaus y Vallejos. El domingo, tres horas antes de la fijada para su encuentro con Haya, es detenido el Comandante Jiménez.

Comienza el allanamiento de los locales apristas, la clausura de los diarios de oposición, comenzando por "La Tribuna". En la razzia caen los periodistas Federico More y Ezequiel Balarezo Pinillos (Gastón Roger). Haya logra escabullirse con las justas y se refugia en casa de la familia Plenge, en Miraflores, que tenía comunicación con el local de la legación mexicana. La madrugada del día 18, la policía penetra violentamente en el recinto del congreso y apresa a los representantes apristas Sánchez, Cox, Cáceres, Baluar-

te, Schowing, Pérez León, Acosta, Cuculiza, Godoy, Alva Díaz, Guillén y Avila y al descentralista Colina. Todos son enviados a la Intendencia donde Cuculiza defecciona: critica a sus compañeros y logra salir libre. Esta redada es dirigida personalmente por Luis A. Flores, flamante ministro de Gobierno que el día anterior ha sustituido a García Bedoya. (En una sorprendente maniobra, el día 16 el Apra logra la censura del Ministro de Hacienda José Cate-riano, provocando la caída del Gabinete. En el nuevo Gabinete sólo permanecen el Coronel Rodríguez, en el ministerio de Guerra y Alfredo Benavides Canseco en la Marina, Luis A. Flores entra como Primer Ministro y Ministro de Gobierno; Alberto Freundt en Relaciones Exteriores; Carlos Sayán Alvarez, en Justicia; Francisco Lanatta en Hacienda y Elías Lozada Benavente en Fomento).

Luis A. Flores: "hay que conjurar el peligro que amenaza a la propiedad, al honor nacional..."

Las protestas en el seno del Congreso se dejan sentir. Víctor Andrés Belaúnde expresa que el ingreso de tropas al recinto del Congreso constituye una vergüenza para el país. Defiende los fueros parlamentarios y sugiere la formación de un gabinete de unificación. El ministro Luis A. Flores, creyendo que no iba a encontrar a ningún aprista en el recinto, se presenta el 19 ante el Congreso. Pero se equivoca. Burlando el cordón policial llegan Pedro Muñiz, Alcides Spelucín, Héctor Morey Peña y Manuel Seoane. Flores defiende la represión: "Hay que conjurar el peligro que amenaza a la propiedad nacional y extranjera, al honor, a la vida, al orden social, a la estabilidad de las instituciones tutelares". Fascismo puro. Muñiz contrataca: "Un gobierno que tiene la mayoría nacional, que se siente respaldado por la opinión de los peruanos, no necesita, a los dos meses de su iniciación, para sostenerse en el poder, de esta Ley de Emergencia... Nosotros defendemos los intereses de las mayorías nacionales, y les damos luz y conocimiento de sus derechos y por eso estorbamos a las minorías oligárquicas, parasitarias y usurpadoras". A la salida, todos son apresados. El mismo día parten al exilio, siguiendo las huellas de otros 16 apristas y un descentralista deportados días atrás. Les seguiría poco después, por propia iniciativa y en gesto de solidaridad, Víctor Andrés Belaúnde, un hombre que siempre había combatido al Apra pero que no podía tolerar la afrenta que el Congreso Constituyente había soportado pasivamente.

El Apra gravemente herida

Ese mismo día, "El Comercio" diría: "Sabemos esperar ahora, depurado el Congreso Constituyente de los elementos perniciosos que pretendían hacer la revolución desde sus escaños, pueda recuperar el tiempo que la negligencia intolerante ha hecho perder" y señala las pautas según las cuales la Constituyente debe ajustar su accionar: "Si alguna acción corresponde hoy al Congreso ante el evidente avance del izquierdismo revolucionario, es robustecer la legislación preventiva, a fin de que sean eficazmente reprimidos los asaltantes tenebrosos y sanguinarios del poder".

El partido aprista ha sido gravemente herido: Haya de la Torre vive a salto de mata. Desde la clandestinidad el

"Cuco" Heysen colabora con él en la redacción de "La Tribuna", convertida en una hoja que se imprime en oscuras imprentas y luego es repartida de noche por jóvenes apristas, muchos de los cuales tienen parientes en las cárceles. La flor y nata de la dirigencia aprista está en el destierro. Los comunistas intentan capitalizar la reacción popular frente a la feroz represión del gobierno, pero su auditorio es escaso. Las hordas fascistas de Luis A. Flores se apoderan del país. En esta situación se llega al domingo seis de marzo de 1932, día en que el joven aprista José Arnaldo Melgar Márquez atenta contra la vida de Sánchez Cerro en el interior de la Iglesia Matriz de Miraflores.

Atentado contra Sánchez Cerro ¡Fue un joven aprista!

El mayor Luis Solari Hurtado, edecán de Sánchez Cerro narra cómo fue el atentado: "El Presidente salió de Palacio acompañado por el Jefe de la Casa Militar, coronel Antonio Rodríguez, y por el edecán de servicio que hace esta declaración. Llegamos a Miraflores a las 11.15 a.m., ingresando sin novedad en la Iglesia; delante del Presidente iba el coronel Rodríguez y detrás iba yo. Penetramos al templo por el portón derecho que da al parque. Dentro de la Iglesia caminamos en el mismo orden, hasta llegar a la altura de la puerta lateral. De pie, al lado izquierdo de las bancas de la derecha, se hallaba el asesino. En el momento que pasa el Presidente al lado de él, el criminal le dispara a boca de jarro y se interpuso el coronel Rodríguez, que se hallaba a su lado. El asesino continuó disparando, hiriendo al coronel Rodríguez y a otras personas que había en la Iglesia. Me abalancé sobre el asesino haciendo uso de mi revólver. Herido, huyó por la puerta lateral derecha, corriendo a través del jardín y tratando de escapar, franqueando la reja, lo detuvimos el comisario y yo. Cuando me acerqué al Presidente tenía su revólver en la mano, pero no tuvo tiempo de disparar".

Sánchez Cerro fue trasladado a la Clínica Delgado, seriamente herido, mientras Melgar era conducido a la Intendencia de Policía en donde se declaró único autor del atentado. Melgar confiesa su filiación aprista y "El Comercio" admite que el atentado es fruto de una iniciativa personal, aunque desliza la especie de que el objetivo es político porque por medio de la eliminación de Sánchez Cerro el aprismo puede llegar al poder. El atentado es repudiado por todos los sectores, inclusive en el seno de la Constituyente que, reunida en sesión extraordinaria al día siguiente, sanciona la ley 7491 por la cual revive el decreto ley 7060, dado durante la Junta de Gobierno de Samanez Ocampo, estableciendo la pena de muerte y las cortes marciales para juzgar delitos político-sociales. Desde el bando de la Unión Revolucionaria se culpa al Apra del atentado y las persecuciones arrecian.

LAS: "Aquí lo que hace falta es un hombre"

¿Hubo conspiración aprista para asesinar a Sánchez Cerro? Luis Alberto Sánchez, en su libro "Una larga guerra civil" (Mosca Azul Editores, 1979), narra los prolegómenos del atentado: "Había sido (Melgar) durante su adolescencia fogoso enemigo de la dictadura de Leguía. Muchas veces oyó decir entonces, refiriéndose a la necesidad de liquidar rápidamente aquel es-

tado de cosas: "Aquí lo que hace falta es un hombre". Pariente lejano de los Seoane Corrales, por el lado de Corrales, Melgar se convirtió en un fiel acompañante de Manuel Seoane Corrales. Formó espontáneamente parte de las fuerzas de choque del PAP en vísperas del regreso de Haya de la Torre a Lima, y el día de este arribo vigiló desde un automóvil, acompañando a Seoane, Sánchez y al comandante Julio C. Guerrero, los movimientos de los grupos sanchezceristas destacados infructuosamente para perturbar el mitin de recibimiento. Realizadas las elecciones fue invitado a tomar parte en la conspiración del 5 de diciembre, con el objeto de impedir el ascenso al poder de Sánchez Cerro. Cayó preso en Huánuco, donde, como él dice, "me tocó la suerte de comprobar que de 23 oficiales comprometidos, sólo 3 cumplieron su palabra". El asalto y mutilación del Congreso, y sobre todo la forma en que fue aprisionado Seoane el 20 de febrero, le impresionó profundamente; él había luchado esa tarde con la policía en la Plaza de la Inquisición, tratando de libertar a Seoane. En los 15 días siguientes tuvo la oportunidad de escuchar repetidamente la misma locución: "Aquí lo que hace falta es un hombre". Decidió serlo él y, pensando que el gran obstáculo para restablecer la democracia es Sánchez Cerro (tal como en el Ecuador de García Moreno, en 1875), creyó que la eliminación del dictador resolvería la situación. Melgar había perdido su revólver en Huánuco, pero le habían dicho que Manuel Seoane había dejado el suyo en Lima y por eso acudió donde Juan Seoane, hermano mayor de aquél y juez de Lima. Juan no tenía el arma ni tomó en serio el propósito del adolescente y lejano sobrino, quien anunciaba que "mataría al mocho". Ante la insistencia de Melgar, acabó Juan por solicitar su revólver a Fernando Rosay, dueño de una gran librería en la calle La Merced y desinteresado jefe de producción de "La Tribuna", clausurada desde el 15 de febrero. Serafin del Mar, poeta y marido de Magda Portal y editor del quincenario Apra intervino de alguna forma en aquellos tratos. El sábado 5 Rosay entregó a Juan una pistola alemana que le había sido dada en custodia por un amigo. Juan transfirió la pistola a Melgar en su oficina de Juez, diciendo: "Esto es para que juegues". Emilio Rosay había dicho al ver que su hermano entregaba la pistola a Juan: "Ya sé: se la llevan el sábado y la devuelven el lunes. Ya conozco la coquedad". Al parecer se refería a alguna otra conspiración fallida.

Víctor Villanueva: Haya solía decir "Este tipo debería desaparecer"

¿A quién escuchaba Melgar decir frecuentemente: "Aquí lo que hace falta es un hombre"? El mayor Víctor Villanueva, aprista desde los años aurores hasta la revolución del 3 de octubre de 1948 —en la que él participó y cuyo fracaso lo atribuye a una traición de la dirigencia del Apra— dice en su libro "El Apra en busca del poder" (Editorial Horizonte, 1975), refiriéndose a este atentado: "Fue un acto de factura nihilista, sin ninguna perspectiva política, sin otro propósito que la eliminación física del tirano. Fue un acto de desesperación ante la implacable represión. En vano se trató de implicar a Haya de la Torre en el atentado, o al partido, como responsable de su organización. El jefe del Apra nunca daba órdenes de esta naturaleza,

se limitaba a sugerirlas, en forma sutil a veces, cuando se encontraba en el círculo de los fanáticos que podían lanzarse a las acciones más peligrosas o descabelladas sólo para satisfacer los deseos de su jefe. "Este tipo debería desaparecer", era una de las expresiones favoritas de Haya cuando alguna persona le disgustaba o se oponía a sus proyectos. Lo decía quizás en sentido metafórico, sin el deseo específico de la eliminación física, pero sus secuaces, que no entendían mucho de sutilezas, tomaban esas palabras en su forma más cruda y directa. "Ese zamarro merece una tunda", decía a veces el jefe aprista cuando el sentenciado era menos peligroso. Los "muchachos" obedecían al pie de la letras aun cuando a veces se les pasaba la mano".

Las condenas a la pena de muerte de la Corte Marcial

La policía secreta al mando de Damián Mústiga actuó con una eficacia pasmosa. Pocas horas después del atentado y por las declaraciones de Melgar, fueron detenidos numerosos apristas, entre ellos Juan Seoane, a quien se le consideró como autor intelectual, Serafin del Mar, Bernardo García Oquendo, Carlos Craft y varios otros más. La Corte Marcial nombrada por el ministro de Guerra, coronel Manuel E. Rodríguez, que debía juzgarlos, estuvo presidida por el coronel Maximiliano Frías porque el originalmente nombrado, comandante de Policía Vega y Vega, renunció al encargo. El 13 de marzo, la Corte Marcial, basándose en la ley 7419, condenó a la pena de muerte a Melgar y Seoane, dictando penas de penitenciaría contra los demás acusados.

(Años después, el teniente coronel Federico Rojas Zevallos, miembro de esa Corte Marcial, en una carta que remitió a OIGA dijo que la Corte, debido a las fuertes presiones del Presidente Sánchez Cerro y de la Constituyente, se vio obligada a destruir una primera sentencia que sólo condenaba a los acusados a penitenciaría. Al procederse a una nueva votación, la Corte, con excepción de Rojas Zevallos, se pronunció por la pena de muerte. Rojas Zevallos, en ese entonces capitán, se vio en la necesidad de sostener por escrito su voto en contra y para ello se basó tanto en argumentos legales como de carácter moral y humano (Melgar era aún menor de edad). Según Rojas Zevallos, la Corte Marcial no podía llevar a efecto la ejecución de Melgar y de Seoane, porque las disposiciones del Código de Justicia Militar de esa época establecían la unanimidad de voto para la ejecución de los condenados a muerte).

Este episodio no trascendió al público en esa época, como tampoco otros incidentes que se conocerían recién muchos años después. Uno de ellos fue la intervención de los mayores Julio Barrionuevo y Abel Carlin, quienes actuaron como vocal y juez instructor. Se dice que ellos, ciñéndose estrictamente a principios jurídicos, llegaron a la conclusión de que habiéndose encontrado en los acusados claras huellas de haber sido torturados y en vista de que los Códigos de la época señalaban que las declaraciones arrancadas por la fuerza carecían de valor, el sumario estaba viciado.

Lo cierto es que la publicación de las condenas a la pena de muerte de Melgar y Seoane provocan una reacción tremenda aun en sectores próximos al gobierno por su ilegalidad. Se sostiene

que la ley 1497, promulgada por el Congreso Constituyente el 7 de marzo, que ratifica el decreto ley 7060 dictado por la Junta de Samanez Ocampo y que establece el estado de sitio, las cortes marciales y la pena de muerte, no pueden aplicarse para un caso ocurrido un día antes. Al no ser las leyes retroactivas, los acusados debían ser juzgados de acuerdo con la legislación vigente al momento de realizarse el atentado, o sea por tribunales civiles y sólo posibles de penas de penitenciaría.

El coraje del doctor Diómedes Arias Schreiber

En medio de las manifestaciones promovidas por la Unión Revolucionaria para que se ejecutara a Melgar y a Seoane y a las voces que en este mismo sentido se dejaban escuchar en el Congreso, provenientes de la mayoría parlamentaria urrista, se hizo escuchar el razonamiento sereno del doctor Diómedes Arias Schreiber, Decano del Colegio de Abogados de Lima que, con coraje, se enfrentó al desborde pasional de esos momentos. En Oficio dirigido al Presidente de la Constituyente, Arias Schreiber decía: "La indicada sentencia es errónea en cuanto atribuye a la ley 7491 virtualidad ratificatoria del decreto-ley 7060. Este decreto-ley había sido derogado desde el 26 de mayo de 1931, en fuerza del decreto-ley 7161. Lo que no existe no puede ser ratificado. La Ley Nº 7491 podrá haber reproducido las disposiciones del decreto-ley Nº 7060 para que rija desde el día de la promulgación de esa ley que fue el 7 de los corrientes. Pero la ley Nº 7491 no puede justificar que se aplique al decreto-ley 7060 no existente el día 6 de marzo de 1932, para la sanción del delito cometido ese día".

Después de este razonamiento jurídico, Arias Schreiber decía: "La sentencia dictada anoche infringe el artículo 20 de la Constitución según el cual las leyes no tienen fuerza ni efecto retroactivo y fulmina la garantía esencial de los derechos humanos y de la convivencia social contenida en el artículo 26 de la misma Constitución, que ordena que nadie podrá ser condenado sino conforme a las leyes preexistentes al hecho imputable y por los jueces que las leyes establezcan". Y terminaba con la siguiente invocación: "El Colegio de Abogados de Lima, fiel a la tradición secular del instituto, alza ante el Congreso Constituyente su voz convencida, en la que se mezclan la defensa del derecho y la invocación de la templanza que es la cualidad suprema de la justicia de los hombres".

La mano piadosa de Sor Eugenia

La enérgica requisitoria de Arias Schreiber doblegó la voluntad del gobierno. La noche del 16 de marzo, el Congreso Constituyente le dio una salida al conflicto: aprobó el proyecto de ley autorizando a Sánchez Cerro a conmutar la pena de muerte impuesta por la Corte Marcial a Melgar y a Seoane. Sánchez Cerro convalecía en la Clínica Delgado, bajo los cuidados de Sor Eugenia, una monja de la congregación de Hermanas de Santa Ana, la misma religiosa italiana que el 4 de febrero de 1914 había atendido en el Hospital Italiano al entonces teniente Luis M. Sánchez Cerro cuando le volaron el dedo índice de la mano derecha en la toma de Palacio de Gobierno para desalojar a Billinghurst. ■

HISTORIA DE UNA ENEMISTAD QUE SE SELLO CON SANGRE

CAPITULO CUARTO

APRESAN A HAYA Y FUSILAN A LOS OCHO MARINEROS

EL atentado del domingo 6 de marzo de 1932 contra el presidente Sánchez Cerro arrecia la persecución del líder aprista Haya de la Torre, quien permanece oculto en la residencia mirafloresina de la familia Plenge. El autor material del atentado, el joven aprista José Melgar Márquez, y el supuesto autor intelectual, el juez Juan Seoane, también aprista, han sido condenados a muerte por una corte marcial. Hasta la clínica Delgado, donde Sánchez Cerro, convaleciente, llegan las voces de protesta contra una sentencia a todas luces ilegal. El 17 de marzo, el Congreso Constituyente, ante las presiones de los grupos minoritarios de representantes descentralistas, socialistas e independientes, así como del Colegio de Abogados cuyo decano el doctor Diómedes Arias Schreiber ha formulado una requisitoria irrefutable, aprueba una ley autorizando al presidente a conmutar las sentencias. Pero el presidente tiene otro problema en sus manos: la cuestión de Leticia.

Leticia: una espina clavada en el corazón del Perú

Sánchez Cerro, al asumir la junta de gobierno tras el triunfo de la Revolución de Arequipa de agosto de 1930, había expresado su rechazo al tratado secreto Salomón-Lozano en virtud del cual el gobierno de Leguía había entregado a Colombia extensos territorios de nuestra Amazonia. Pero en sus seis meses de efímero gobierno la Junta no pudo hacer nada. Y Sánchez Cerro, exiliado en París por orden de la Junta siguiente que presidió Samanez Ocampo, había retado a duelo al general colombiano Vásquez Cobo por un cambio de palabras producido entre ambos en una recepción, precisamente a causa de ese tratado. Ahora, tenía en sus manos un memorial que le habían enviado los peruanos residentes en Leticia, exigiéndole que su gobierno constitucional pidiera a Colombia, por la vía diplomática, la revisión del tratado Salomón-Lozano. "Nos dirigimos a usted para pedir la revisión de aquel inícuo tratado por el que se nos vendió al extranjero y junto con nosotros el suelo en que hemos nacido y las cenizas de nuestros padres y cuanto tiene

el ser humano de más noble y más sagrado. Dieciséis meses de dominio sobre nuestro territorio han probado a Colombia la imposibilidad de ejercer dominio sobre él y creemos que, sin daño para esa nación, debemos recuperar lo que es nuestro por herencia, por historia y por situación geográfica. Necesitamos de manera imperiosa recuperar nuestra posesión en el Amazonas, y si las gestiones diplomáticas fracasaran, estamos dispuestos a todo sacrificio para conseguir que esta porción del suelo patrio, que es tan nuestra, vuelva a incorporarse a la soberanía nacional", dice el memorial de los pobladores de Leticia.

El Apra no muere... conspira

Pero, ¿cómo embarcarse en una gestión diplomática sin estar respaldado por la fuerza de las armas? El país está casi en bancarrota a causa de los derroches del ocnecio: hay cierre de negocios, disminución de los salarios y la clase trabajadora, despertada por la prédica aprista, protesta con huelgas cada vez más violentas. Y está el otro gran problema: el Apra, convertido en el enemigo comunista por la prédica de la Unión Revolucionaria y la ideología fascista que cada día va tomando más fuerza. Es cierto que los representantes apristas han sido barridos del Congreso Constituyente y casi todos están en el destierro. Las cárceles están llenas de apristas, sus locales clausurados, su periódico, "La Tribuna", convertido en una hoja clandestina y su jefe máximo perseguido. Pero el Apra no muere, conspira.

En la redada del 14 de febrero cayó también el comandante Gustavo Jiménez de quien el gobierno sospechaba estaba en conversaciones con el Apra. Jiménez marcha al destierro: se afina en Arica para estar lo más cerca posible de los acontecimientos que se suceden en el Perú. Hasta él llegan mensajeros apristas que lo incitan a encabezar el gran movimiento revolucionario que ha de liberar al país de la tiranía de Sánchez Cerro. Las instructivas parten desde el refugio mirafloresino de Haya de la Torre. El encargado de establecer contacto con Jiménez es Luis

Alberto Sánchez quien le escribe por intermedio de diversos emisarios.

Sánchez le hace llegar por intermedio de Arturo Sabroso, ex-dirigente obrero y ex-constituyente, también en el exilio, un plan revolucionario. Jiménez encabezará la revolución que debe estallar en varias regiones del país, con el apoyo de las masas apristas. Erigido en jefe de un gobierno revolucionario, lo primero que debe hacer Jiménez es declarar vacante la presidencia de la República y las representaciones que tiene la Unión Revolucionaria en el Congreso Constituyente. Jiménez duda y le responde a Sánchez: no está de acuerdo en la eliminación de los representantes de la UR en el Congreso Constituyente para asegurar la hegemonía aprista. "Precisa —le escribe a Luis Alberto Sánchez— rectificar esta parte del plan en el sentido de que produzca la revolución por el concurso combinado de todos los grupos políticos, todos ellos tendrán en la obra constructiva igual participación: subordinada únicamente y en relación directa con la eficacia de su acción que por ser pura y limpia —como usted lo preconiza— debe tener las características de la abnegación y el desprendimiento. Disolver el Congreso totalmente y dejar a los electores la facultad inalienable de designar una representación homogénea y capaz. De esta lucha leal y sólo de ella —con la mayor suma de garantías— deberá surgir el grupo político que rijan los destinos del país con la colaboración de los demás".

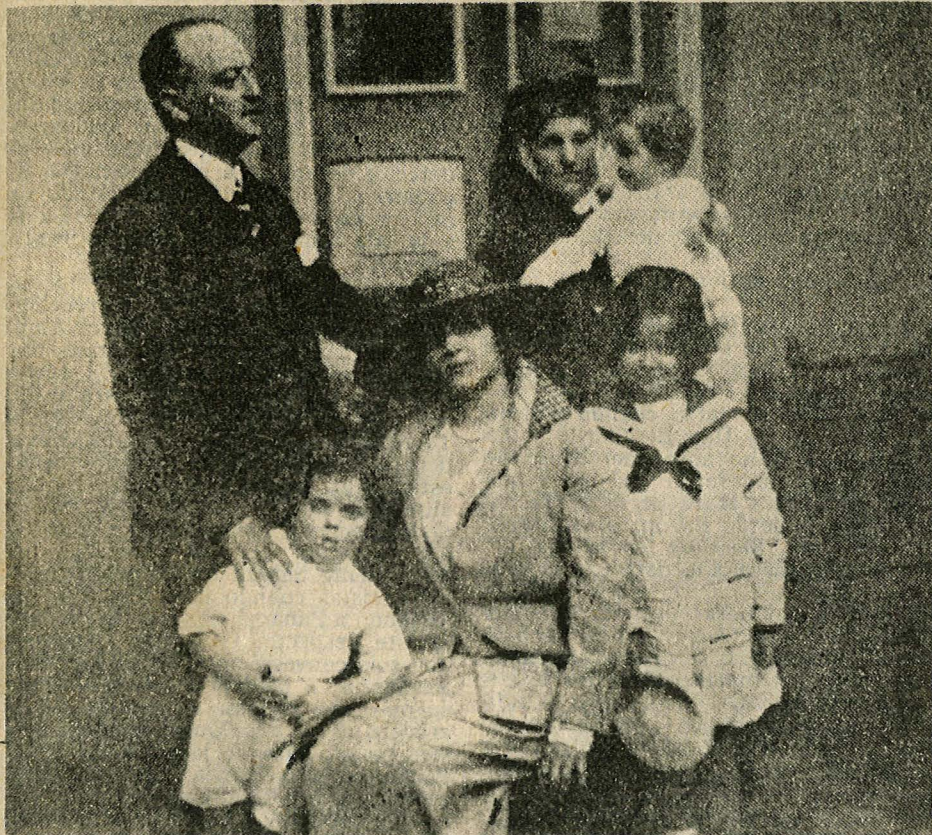
Las dudas del comandante Jiménez

El comandante Jiménez le pregunta a Luis Alberto Sánchez: ¿Cómo, con quiénes y con qué elementos vamos a iniciar la revolución y a conducirla a feliz término? ¿Debemos esperar, insistiendo en nuestra campaña de papel, una reacción de las Fuerzas Armadas o iniciar inmediatamente un movimiento civil armado? ¿Tendremos la suficiente fuerza persuasiva para lo primero? ¿Contamos con los suficientes elementos materiales que requiere lo segundo?

Jiménez también tiene sus dudas sobre la promesa aprista de aceptar como aliados a los demás grupos políti-



LOS TRIPULANTES DE LOS cruceros Grau y Bolognesi que se sublevaron en marzo de 1932, fueron juzgados por una corte marcial en la Isla San Lorenzo. Ocho de ellos fueron condenados a muerte y fusilados en la misma isla...



EL GENERAL Benavides seguía desde Europa los acontecimientos que se producían en el Perú y había pedido a Sánchez Cerro permiso para regresar (estaba en Londres como Ministro Plenipotenciario) en vista del agravamiento del conflicto con Colombia...



LUIS A. FLORES, ministro de Sánchez Cerro, dirigía con saña la persecución de los apristas y otros enemigos del régimen...

cos del país. El lema aprista lanzado por Haya de la Torre en su discurso del 8 de diciembre de 1931 en Trujillo ("Sólo el aprismo salvará al Perú") es un lastre en esta hora de negociaciones con un militar que rechaza los exclusivismos. Jiménez considera tal lema sectario y exclusivista y le pide a LAS que el Apra formule una explicación convincente para el país, sobre el real significado de tal lema: "Créame, esto les ha hecho mucho daño y les ha creado resistencias que hoy por reversión y casi inconscientemente está sirviendo a la dictadura", le escribe Jiménez a LAS.

Con todo, parece que el Apra logra convencer al comandante Jiménez para que encabece el movimiento revolucionario contra Sánchez Cerro: él tiene prestigio entre las fuerzas armadas, El Apra cuenta con las masas. El Apra conspira en los cuarteles y agita a los trabajadores. En marzo, los mineros de la Northern Mining se rebelan e intentan tomar Otuzco. A la voz de "ha llegado la hora de las reivindicaciones populares" cortan las comunicaciones

telegráficas y vuelan puentes para cortar las comunicaciones con Trujillo, con pretensiones de extender el movimiento hacia Santiago de Chuco y Huamachuco. Pero el ejército domina la rebelión a sangre y fuego.

La última conspiración del capitán Cervantes

En 1921, el capitán de Infantería Guillermo Cervantes se había levantado en Iquitos contra el gobierno de Leguía, según dice el mayor Víctor Villanueva ("El Apra en busca del poder") siguiendo instrucciones del coronel Oscar R. Benavides, quien se encontraba en Guayaquil. El levantamiento fue sofocado y Cervantes fue pasado al retiro y encarcelado en El Frontón, donde permaneció varios años recluso. Los militares que conspiraron con Sánchez Cerro le pidieron en varias oportunidades, después del triunfo de la Revolución de Arequipa, que lo rehabilitara y también en varias oportunidades éste prometió hacerlo, sin cumplir sus promesas.

En abril de 1932 Cervantes creyó que las condiciones estaban dadas para la insurrección. ¿Nuevamente por insinuaciones de Benavides? Sánchez Cerro estaba distanciado de Benavides desde el año 1914 en que lo ayudó a dar el golpe contra el presidente Billinghurst. Benavides asumió el poder y lo único que sacó el teniente Sánchez Cerro fue un dedo menos, su ascenso al grado de capitán y un viaje a Europa "en misión de servicio". Pero en 1931, en el breve tiempo que estuvo Sánchez Cerro en París, enviado nuevamente "en misión de servicio" por Samanez Ocampo, Ventura García Calderón los hizo amistar. Sánchez Cerro volvió al Perú para postular a la presidencia de la República y Benavides se quedó en Europa a la expectativa.

Se dice que Benavides no estaba conforme con la actuación de Sánchez Cerro en el gobierno, sobre todo por su actitud represiva que estaba llevando al país a la anarquía. Y decidió mover nuevamente al capitán Cervantes, por control remoto. Lo cierto es que Cervantes comenzó a conspirar, esta vez

con la complicidad del capitán de aviación Alfredo Mendivil. Se dice que el movimiento contaba con ramificaciones en el ejército, la marina y la policía, tanto en el personal subalterno como entre la oficialidad. Los contactos los había establecido Eduardo Rivera Schreiber, quien al año siguiente asumiría la subsecretaría nacional de defensa del Apra en reemplazo de Pedro Muñiz, ascendido a secretario nacional por renuncia del coronel César E. Paro, antiguo militante de ese partido.

"Cermendi", el santo y seña que no funcionó

Andrés Gallardo Echevarría, uno de los complotados, narraría años después en OIGA: "El 22 de abril Cervantes se reunió con los complotados en la granja de Rómulo Guidino. Entre ellos estábamos el capitán Francisco Molero, el teniente Pedro Mesones, don Oscar Grau Astete, yo y diez o quince personas más a quienes desconocía. Pese a la penumbra que reinó durante la reunión se notaba los rostros demacrados y tristes de los presentes. Ante este grupo Cervantes dirigió una breve arenga en la que exhortó a derrocar al gobierno, para evitar mayores males al país. Inmediatamente después comenzó a impartir órdenes. A mí con cuatro personas más nos ordenó que nos dirigiéramos a la comisaría del Rímac, situada en la calle Maraño, donde nos esperaba el sargento primero Juan del Valle. Según las instrucciones de Cervantes, Del Valle conocía ya nuestra misión; pero para llevarla a cabo debíamos esperar allí el rugido de los aviones que debían sobrevolar la ciudad. A los otros grupos les dio diferentes misiones. Nos dijo que el santo y seña era "Cermendi" (Cervantes-Mendivil) y que él se iba a Las Palmas, donde lo esperaban los pilotos comprometidos. Como estaba acordado, el sargento Del Valle nos recibió en la comisaría del Rímac, donde esperamos hasta las siete de la mañana el rugido de los motores, que no llegó a producirse. En vista de esto, me refugié en una casa de la calle Pedregal, en la que permanecí ocho días, al cabo de los cuales, el 30 de abril, fui apresado por agentes del gobierno que rodearon la casa y me condujeron a la Prefectura".

Gallardo Echevarría dice que Cervantes y otros de los conspiradores fueron detenidos y conducidos al Panóptico. Mes y medio después fueron trasladados a El Sexto. El 18 de septiembre, "El Comercio" publicó el aviso de defunción del capitán Cervantes. De El Frontón llevaron a Rómulo Guidino al hospital 2 de Mayo. A los pocos días, otro aviso de defunción en "El Comercio", daba cuenta del fallecimiento de Guidino, "un hombre que no hacía mucho lucía lleno de vida".

La captura de Haya de la Torre

A todo esto, Haya de la Torre era intensamente buscado por la brigada política de la Prefectura, a órdenes de Damián Mústiga, no obstante que corrían las voces de que el jefe del Apra había logrado huir al extranjero. La tenacidad de este perro de presa policial dio sus frutos la madrugada del seis de mayo. Por una delación Mústiga vino a enterarse que Haya de la Torre se ocultaba en el domicilio del ciudadano peruano-germano Carlos Plenge Washburn, representante de la Casa Gilde-meister y emparentado con Haya de la Torre.

En su libro "Una larga guerra civil", Luis Alberto Sánchez relata: "Haya se había dejado crecer la barba, habitaba en el segundo piso, bajaba al jardín sólo de noche, hablaba en alemán con su huésped y usaba el nombre de Herr Johan (el señor Juan). El jardinero de Plenge, perteneciente a un club sanchez-cerrista, denunció esta extraña presencia. Después de observar cuidadosamente el contorno, Mústiga decidió realizar el raid, cuidando de que el supuesto Haya de la Torre no buscara asilo en la Legación mexicana (colindante con la casa de Plenge) que se sabía guardaba por él singular deferencia, sobre todo el ministro, general Juan Cabral, quien había sido edecán del presidente Madero y conocía perfectamente el alcance de los odios castrenses cuando se trata de ganar o retener el poder obtenido a espaldas del pueblo. Haya, sorprendido en su sueño, fue conducido rápidamente a la Intendencia de Policía y de ahí, el mismo día seis, a la Penitenciaría. En vista de la creciente sublevación popular que trataba de llegar a Palacio de Gobierno, abriéndose paso a tiros por el Jirón de la Unión, se apresuró el traslado de Haya a la Penitenciaría".

La sublevación de los marineros

La captura de Haya de la Torre causó conmoción en el país, que seguía de cerca la implacable cacería desatada por la brigada política, sobre todo desde el primero de marzo, cuando el agente fiscal Juan de Dios Blondet lo había denunciado como autor del delito de rebelión, basándose en una carta que tres años antes Haya de la Torre había dirigido desde Europa al militante aprista César Mendoza, en la cual decía que era necesario derrocar al tirano (obviamente, se refería a Leguía).

Veinticuatro horas después que Haya de la Torre traspusiera el umbral de la Penitenciaría se produjo la sublevación de los marineros de los cruceros Bolognesi y Grau, surtos en la rada del Callao. Comandados por el contra-maestre Eleuterio Medrano, alrededor de 300 marineros se apoderaron de los barcos después de tomar prisioneros a sus jefes, y pretendieron hacer lo mismo con los submarinos. Luis Alberto Sánchez dice: "La sublevación, ingenuamente realizada, fracasó esa misma noche. Medrano, engañado por el jefe de uno de los submarinos, fue encerrado dentro de él, que se sumergió con el cabecilla dentro: la revolución había sido denunciada al estallar por el marinero Casapía, que se lanzó al mar y notificó a las autoridades del Callao. El intento de desembarcar a Medrano fue por eso bloqueado por las tropas del regimiento número 7, predilecto de Sánchez Cerro. La aviación cooperó a sofocar el motín".

Al día siguiente, el gobierno dio cuenta al país del motín de los marineros a través de un comunicado en el que se decía: "Anoche a las 11 p.m., estalló un motín a bordo de los cruceros Grau y Bolognesi. El movimiento es de carácter comunista y seguramente forma parte de un plan social revolucionario, preparado para ayer y que debía estallar en todo Sur América, plan del que estubo informado el gobierno, hace cinco días, por un aviso cablegráfico recibido de Europa. La tripulación de los cruceros, después de apresar a los oficiales, trató de desembarcar, siendo enérgicamente rechazada por las fuerzas de tierra, de ejército y policía, regresando los amotinados a sus respec-

tivos buques. El timonel del BAP Grau se arrojó al mar y nadando a la playa, dio la noticia del estallido del motín. El movimiento no compromete a ninguna de las unidades de la escuadra. La aviación controla los movimientos de las unidades amotinadas. El gobierno les ha intimado rendición y espera poner término al movimiento subversivo en las primeras horas de la mañana, estando dispuesto a proceder con la energía que el caso requiere. Las demás fuerzas, de aire, de mar y tierra, permanecen leales y el más completo orden domina en toda la república".

¿Fue otra conspiración aprista?

El comunicado, firmado por el ministro Luis A. Flores tendía a vincular al Apra con la rebelión de los marineros, porque el término "comunista" era usado para referirse a los apristas. Más de 300 marineros fueron sometidos a cortes marciales, con juicios sumarios y sin abogados defensores ni derecho de apelar a las sentencias. El gobierno ha implantado el Estado de Sitio y los sublevados son trasladados a la isla San Lorenzo para su juzgamiento.

Durante el juicio, las cortes marciales no pudieron probar que la rebelión hubiese sido organizada por el Apra, aunque más de uno de los procesados confesó su filiación aprista. El hecho de que la marinería se sublevara al día siguiente de la captura de Haya de la Torre había sido solamente una coincidencia. Las causas del levantamiento estaban en la paga escasa y la mala alimentación que recibía la marinería de la escuadra. Pero se sacó a colación los contactos que los cabecillas del movimiento habían tenido con dirigentes apristas cuando la escuadra había arribado a Panamá en viaje de crucero. A este respecto, LAS dice: "tuvimos una sola conversación con un grupo de marineros, a pedido de ellos, durante su paso por Panamá de regreso de su crucero de verano. Querían tener noticias no oficiales de la situación en el Perú y se ofrecieron a llevar cualquier encargo a los familiares de los exiliados. Yo solicité a Medrano y a Vidal, que facilitarían el ingreso de una alfombra que el señor Montes de Oca, comerciante mexicano, jefe de la agencia de vapores Pacific Steam Navigation Company en Panamá, enviaba a su hija que vivía en La Punta y se iba a casar en esos días. No hubo otro complot que el emanado de la amarga contemplación de la situación peruana frente a la de otros países democráticos. Los marineros estaban descontentos del mal trato y de los bajos salarios que recibían".

"No llevemos al cadalso a los que, por no pensar hoy como nosotros, proceden como nosotros procedimos ayer"

En el Congreso Constituyente la oposición emprendió una denodada campaña para salvar la vida de los marineros que estaban siendo procesados de acuerdo a la ley 7491 y al decreto ley 7060 que se habían utilizado dos meses antes para condenar a muerte a Melgar y a Seoane, quienes todavía estaban en capilla. Pero la lucha fue inútil. El 11 de mayo las cortes marciales dictaron sentencia: 17 fueron condenados a la pena de muerte, 14 a 15 años de prisión y 12 a 10 años, imponiéndose al resto castigos menores.

Sánchez Cerro, desde la clínica Delgado, conmutó la pena a seis marineros. Ese mismo día, los ocho restantes fueron fusilados en la misma isla San Lorenzo.

Con el fusilamiento de los ocho marineros el gobierno quiso hacer un escarmiento, formular una trágica advertencia a los militares levantiscos que por su cuenta o aliados al Apra, complotaban en los cuarteles. Pero esta medida no acalló las voces de protesta. En la Constituyente, el independiente Manuel J. Bustamante de la Fuente fustigó al gobierno con un enérgico discurso: "Todos hemos sido alguna vez revolucionarios en el Perú. Sería presidente el coronel Sánchez Cerro y seríamos nosotros representantes si no hubiese sido por la revolución de Arequipa? Indudablemente que no. Entonces, seamos lógicos y humanos y no llevemos al cadalso a los que, por no pensar hoy como nosotros, proceden como nosotros procedimos ayer. Además, es un error pretender acallar las protestas políticas y las nuevas orientaciones ideológicas con sangre. Esta sirve más bien para alimentarlas y revivirlas".

El día 15, dado ya de alta, Sánchez Cerro abandonó la clínica Delgado y se trasladó a Palacio de Gobierno para hacer frente a la protesta de la oposición que cada día crecía más. Las masas de la Unión Revolucionaria exigían "mayor firmeza" para aplastar de una vez por todas al aprismo y acallaban con sus gritos las voces que clamaban el cese de la represión. La mayoría de la Unión Revolucionaria se ve rebalsada por los argumentos de la oposición y responden con la agresión física para intimidar a sus contrarios. En uno de estos incidentes, el representante independiente Merino es atacado por una turba y se defiende disparando su revólver. Uno de sus atacantes cae herido y la policía lo detiene.

La caída de Luis A. Flores

La prisión del representante Merino fue otra bofetada del gobierno al Congreso Constituyente. El ministro Luis A. Flores ni siquiera se molestó en justificarla señalando que Merino había sido detenido en "flagrante delito" y que por lo tanto no se estaban violando los fueros parlamentarios. El presidente del Congreso, el doctor Luis Antonio Eguiguren rompió los fuegos en un discurso en el que reseñó toda una lista de agravios inferidos al Congreso, entre ellos las presiones que recibió él mismo para que se alejara de sus funciones y dejara en manos del vicepresidente Clemente Revilla la conducción del debate y la aprobación de la Ley de Emergencia a la que él se había opuesto. Eguiguren había reasumido la presidencia del Congreso Constituyente el 6 de marzo, cuando se produjo el atentado de Melgar contra Sánchez Cerro.

Por primera vez, algunos representantes de la Unión Revolucionaria reaccionaron y se pusieron en contra del gobierno. Una moción de censura al ministro Flores, presentada por socialistas e independientes, fue aprobada por 48 votos contra 31 en una sesión en la que los más recalcitrantes urristas estaban ausentes, confiados en su mayoría absoluta. Al día siguiente de la censura a Flores, la mayoría urrista, capitaneada por el propio Flores que también era representante, presentó una moción de censura contra Eguiguren y lo alejó definitivamente de la Constituyente. Eguiguren se autoexilió

en Chile y de paso por Arica sostuvo una larga entrevista con el comandante Jiménez.

La caída de Flores fue respondida por el gobierno con otra bofetada: Sánchez Cerro nombró ministro de Gobierno al Prefecto de Lima Julio Chávez Cabello y Director de Gobierno al comandante Guzmán Marquina, uno de los militares de la guarnición de Lima que en agosto del 31 habían viajado a Arequipa para solicitarle a Sánchez Cerro que viajara a Lima y asumiera la Junta de Gobierno tras el derrocamiento de Leguía.

Chávez Cabello había dirigido la captura de los representantes apristas al Congreso Constituyente, violando el mismo recinto del Congreso. Sus dudosos antecedentes se remontaban a muchos años más atrás, a 1917 cuando, siendo él Prefecto del Cusco —y García Bedoya ministro de Gobierno— fue asesinado en Paltaco Rafael Grau Astete, hijo del héroe de Angamos, ex parlamentario y en esos momentos candidato a una diputación por el Cusco. Cuando Sánchez Cerro asumió la presidencia el 8 de diciembre del 31, llamó a García Bedoya para que integrara su primer gabinete, confiándole la cartera de Gobierno. Y éste había llamado a su lado a Chávez Cabello.

El nombramiento de Chávez Cabello originó otro acalorado debate en el Congreso Constituyente, donde los descentralistas plantearon una moción de desconfianza al nuevo gabinete, la que fue derrotada. Ese mismo día, 25 de mayo, Sánchez Cerro, totalmente restablecido, conmutó la pena de muerte que pendía sobre Melgar y Juan Seoane por la de 25 años de internamiento. Ambos permanecerían en prisión hasta 1945, en que salieron indultados. Ninguno de los dos volvería a integrarse al Apra y se apartaron definitivamente de este partido.

Haya se defiende

Entretanto, Haya de la Torre, prisionero en el Panóptico, rendía su instructiva ante el juez Villagarcía. Su abogado defensor era Ismael Biélich. En estas diligencias, Haya negó que él personalmente o su partido, en forma colectiva, fuesen autores del atentado de Miraflores y del levantamiento de los marineros de la escuadra. "Después del 15 de febrero, yo, personalmente, no he tenido ninguna participación en la dirección del partido por haberme encontrado desde esa fecha, como todos sus dirigentes, perseguido. Sin embargo, puedo afirmar que es enteramente falso que tanto el atentado de Miraflores como la sublevación de la escuadra, ocurrida cuando ya yo me encontraba preso e incomunicado, sea obra del partido. De las declaraciones de las personas directamente comprometidas en ambos sucesos se desprende con claridad que tanto el partido como yo no hemos tenido participación alguna en ellos. La responsabilidad, según tengo entendido, ya ha sido deslindada. Un partido como el nuestro, sin dirección ni responsabilidad desde el momento en que ha sido violentamente perseguido, no puede responder por actos individuales o de grupo de quienes por haber sido sus miembros o simpatizantes se han lanzado a obrar por su propia cuenta. En cuanto a los atentados individuales, el partido Aprista no los admite en los principios ni en sus prácticas como lo demuestra su conocida oposición al duelo. En cuanto a actos subversivos como el de la sublevación

de la escuadra, nuestro partido tampoco los ha autorizado, no pudiendo responsabilizarse de ellos como cuerpo político, toda vez que, como he dicho, se encuentra perseguido y disperso desde el 15 de febrero último".

Las condiciones de Jiménez al Apra

Pero el Apra seguía conspirando, asediando al comandante Gustavo Jiménez para que encabezara la revolución contra Sánchez Cerro. El plan aprista seguía siendo el mismo: triunfante la revolución con el apoyo de las masas apristas, Jiménez sería el jefe de una Junta Militar transitoria y después de un breve interregno durante el cual se descabezaría a la Unión Revolucionaria, convocaría a elecciones generales que el Apra estaba segura de ganar. El enlace entre Jiménez y la cúpula aprista seguía siendo Luis Alberto Sánchez, quien el 29 de mayo recibió carta de Jiménez en la que, entre otras cosas, le puntualizaba:

"Como jefe de un grupo y como objeto de solicitudes de otros para prestar mi nombre y mi concurso, debo hablar claro y repetirlo aquí que en toda mi actuación, mi persona ha sido lo último que he considerado, aun frente a las uvas maduras.

"Precisa un plan de acción inmediata para derrocar a la dictadura. Inseparable de él, bases generales —bien nominadas así— de lo que se hará después. Bases que pueden ser la concurrencia de los puntos de vista de los grupos opositores o el programa integral de un partido. La realidad, el desarrollo de la revolución, se encargarán de depurarlas y de elegir los más adecuados y convenientes a la nacionalidad. Nada de salvarse quien pueda, ni de frases socorridas. Junta Militar no y sólo en el peor de los casos, como un mal ineludible.

"Conveniamos: el aprismo no es sectorio, ni divisor ni cerrado. Es totalizador y amplio; pero, repito, esto es preciso explicarlo, hacerlo entender al país y más que a nadie a los grupos e individuos que le resistieron, le fueron y le siguen siendo hostiles por su aparente exclusivismo.

"Algunas declaraciones en el proceso y algo de rencor público, sindicando a ustedes como inspiradores de la desgraciada sublevación de los tripulantes de los cruceros. Yo no acojo ni unas ni otras; pero creo indispensable, en bien de la causa nacional por la que luchamos, advertirles amistosamente no precipitar, de aquí en adelante, acciones aisladas que al fracasar fortalecen aunque sea artificiosamente la posición de la dictadura y retardan la acción decisiva. Sólo a base de lo que usted llama realismo y que yo sigo nombrando abnegación y desprendimiento efectivos, que impliquen verdadero sacrificio de todo, podrá culminar nuestro anhelo patriótico".

No se sabe si Luis Alberto Sánchez le dio garantías al comandante Jiménez de que el partido no iba a ejecutar "acciones aisladas" a la espera de que el plan revolucionario estuviese lo suficiente maduro para iniciar la acción. Al menos, no podía dárslas, porque mientras se intercambiaban estas cartas entre LAS, que estaba en Panamá y Jiménez, que se encontraba en Arica, en Trujillo las bases apristas ya estaban dándole los últimos toques a la revolución. El holocausto aprista se acercaba vertiginosamente y no había quien lo parara, como se verá en el siguiente capítulo. ■

HISTORIA DE UNA ENEMISTAD QUE SE SELLO CON SANGRE

CAPITULO QUINTO

EL HOLOCAUSTO DE TRUJILLO

EN este recuento histórico llegamos hoy a la llamada "revolución aprista de Trujillo", uno de los episodios más dramáticos, violentos y, a la vez, enigmáticos de la lucha del Apra contra el gobierno de Sánchez Cerro. Dramático porque fue el levantamiento de un puñado de hombres desesperados, apenas armados con machetes y algunos viejos revólveres y escopetas contra un gobierno que se sustentaba en la fuerza de los cañones; violento porque su represión hizo correr ríos de sangre; y enigmático porque hasta ahora, cincuenta años después de esa acción, permanecen en el misterio muchos hechos que ni siquiera el partido, a nombre del cual los cabecillas de ese levantamiento marcharon al sacrificio, ha querido develar. Lo que ocurrió en esa ciudad norteña entre el siete y el diez de julio de 1932, fue el "holocausto de Trujillo", el hito más sangriento en esta histórica y trágica enemistad entre Sánchez Cerro, el caudillo, y Haya de la Torre, el político, que estamos reseñando.

La prisión de Haya de la Torre ocurrida el 6 de mayo y el fallido levantamiento de la marinería de los cruceros Grau y Bolognesi al día siguiente —ocho de ellos serían fusilados tras un juicio sumario en la isla de San Lorenzo— impulsaron a los desterrados líderes apristas a acelerar los aprestos para desencadenar el movimiento subversivo que debía estallar en el norte y en el sur bajo la dirección del Comandante Gustavo Jiménez.

Desde su exilio en Arica, el "Zorro" Jiménez había entrado en contacto con camaradas de armas que cuando él era ministro de Guerra de la Junta de Gobierno de Samanez Ocampo le habían manifestado, unos en forma velada, otros abiertamente, su decisión de obligar a Sánchez Cerro a cumplir con los postulados de la Revolución de Arequipa, cuando asumiera constitucionalmente la presidencia de la República. Pero esos compañeros, ahora con mando de tropa en las guarniciones del norte y el sur del país, respondían con evasivas. Unos porque le debían su ascenso a Sánchez Cerro; otros porque consideraban que una cosa era secundar a Jiménez en un levantamiento netamente institucional y otra colaborar

en una revolución aliando al Ejército con el Apra, partido al cual la prédica gubernamental y de los diarios oficialistas, había identificado con el comunismo.

La dirigencia aprista, sin embargo, parecía ignorar estos reveses de Jiménez e insistía en sus preparativos insurreccionales, centrados más que nada en la captación de personal de tropa del ejército, la marina, la aviación y la policía, y alguno que otro jefe de esos cuerpos. La revolución debía estallar simultáneamente en el norte y en el sur, y a comienzos de julio ya se sabía que el movimiento insurreccional se produciría entre el 20 y el 27 de ese mes.

El Apra creía contar en el norte con una poderosa fuerza civil, reclutada entre los levantiscos braceros de las haciendas cañeras y algodonerías y entre los batalladores líderes anarco-sindicalistas que dirigían esas masas. Y no era así. El más importante de todos, Manuel Barreto, apodado "Búfalo" por su fuerza hercúlea y su arrojo, no confiaba en los militares. ¿Cómo marchar al lado de los uniformados con quienes se había enfrentado por años en los sangrientos conflictos campesinos en épocas no muy lejanas? ¿Cómo confiar en los masacradores de Chicama, Casa Grande, Chiquito, Cartavio, Laredo, Talara y otros tantos lugares?

Barreto, el jefe de la insurrección de Trujillo

Barreto no era el "hijo espúreo" ni el "marido cornudo" como lo pinta el autor de un libro que gustan citar algunos líderes del Apra. El mayor Víctor Villanueva traza una biografía más exacta de este hombre que se convirtió en el protagonista y mártir del holocausto de Trujillo:

"Manuel Barreto Risco nació en el Callao el 23 de diciembre de 1898, hijo legítimo de Manuel Barreto y María Risco (así consta en su partida de bautismo). De familia proletaria trabajó como mecánico, pasó su niñez en ese puerto donde los trabajadores llegaban a su más alto nivel en la lucha reivindicacionista, como la conquista de la jornada de 8 horas y otras campañas similares. Barreto, no obstante su juventud, maduró rápidamente en la lu-

cha, participó siempre en las huelgas famosas de esa época y en todos los movimientos obreros... Barreto se trasladó a Trujillo entre 1919 y 1920, contando con 21 ó 22 años de edad, pero diciendo tener solamente 19. Esta disminución de edad hace suponer que saliera de Lima con documentos falsificados, quizás para eludir el servicio militar contrario a su formación anarquista, tal vez sólo para borrar huellas de actividades que pudo tener en el paro de 1919. La misma fecha de salida de la capital se debe posiblemente, a la necesidad de escapar a la persecución policial que se desencadenó durante ese episodio. ¿Por qué a Trujillo? Tal vez por la intensa lucha social que allí se realizaba. Otra región con igual característica era Cerro de Pasco, pero Barreto era costeño, lo que pudo influir en su elección... Su viuda dice que Manuel nunca perteneció a partido político alguno antes de ingresar al Apra en 1931, pero que estaba dedicado íntegramente a la lucha social, participando siempre en las huelgas que se realizaban en la región. Se había identificado por completo con los braceros de las haciendas cañaveras cuyas condiciones de trabajo lo hacían sufrir...".

Calderón, Montoya, los lugartenientes...

Barreto salta a la notoriedad dentro de las masas apristas cuando el 4 de diciembre de 1931 intentó por primera vez la captura del cuartel O'Donovan para evitar la asunción al mando de Sánchez Cerro, consumada cuatro días después. Fallado el intento, Barreto no cesó en su propósito de consumir un movimiento popular en Trujillo que, contagiado a todo el país, traería por tierra a Sánchez Cerro. Y mientras los dirigentes apristas urgían al comandante Jiménez a la revolución, Barreto reclutaba gente, la adiestraba, hacía planes. Entre sus más cercanos colaboradores estaban Víctor Calderón, ex artillero, licenciado con los galones de sargento primero y Del fin Montoya, trabajador cañero de manos encañecidas que, a diferencia de Barreto y Calderón, que eran jóvenes, pasaba los 60 años de edad.



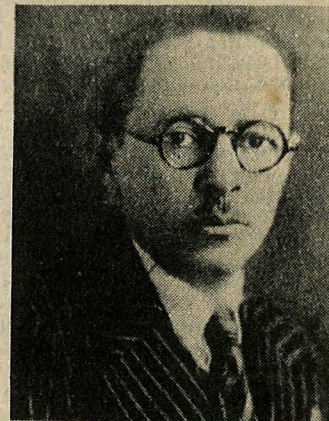
LA MASACRE DE OFICIALES, soldados y miembros de la Guardia Civil, prisioneros en la cárcel de Trujillo, abrió un profundo foso entre el Ejército y el Apra. Nunca se supo quién dio la orden. Los cabecillas de la revolución habían fugado...



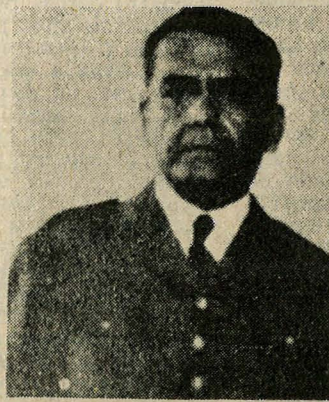
MANUEL "Búfalo" Barreto dirigió la insurrección aprista de Trujillo y murió en el asalto al cuartel O'Donovan...



"CUCHO" Haya de la Torre: prefecto a la fuerza...



SILVA SOLÍS: fue nombrado subprefecto de Trujillo...



CORONEL Ruiz Bravo no hizo nada por detener la matanza...



CAPITAN Rodríguez Manfur: jefe militar de la revuelta...

Barreto, Calderón y Montoya fueron los jefes del movimiento, los que se impusieron a la dirigencia aprista que confiaba más en el Comandante Jiménez que en sus propias fuerzas. Fueron también los primeros en morir en esta aventura sin futuro porque, a diferencia de los líderes que creían contar con el apoyo del comandante Julio Silva Cáceda, jefe del regimiento de artillería acantonado en el cuartel O'Donovan, estaban convencidos que solamente el arrojo de sus huestes podía hacer triunfar la revolución aprista.

Enigmas de la insurrección de Trujillo

No obstante las reiteradas versiones de la dirigencia aprista, no existe ningún documento que confirme las simpatías que el comandante Silva Cáceda sentía por el Apra, menos que hubiese intervenido en el fallido levantamiento del 4 de diciembre del 31, ni que hubiese sido comprometido en el complot de julio del 32 que debía dirigir el "Zorro" Jiménez. "El comandante Silva Cáceda está en conexión con los conspiradores de Arica" parecía ser un rumor hecho circular expresamente por la dirigencia aprista para atraer a personal de tropa y a alguno que otro oficial. El hecho de que Silva Cáceda no estuviera en el cuartel O'Donovan el día 7 en que fue atacado por Barreto no es sino un caso fortuito. Lo cierto es que Silva Cáceda fue encarcelado por los insurrectos con otros militares y murió masacrado con sus acompañantes. El prefecto "Cucho" Haya de la Torre se olvidó del "amigo del Apra" cuando huyó de Trujillo la madrugada del 10 de julio.

¿Hasta qué punto era verdad que el comandante Silva Cáceda estaba complicado con los afanes subversivos del Apra? Este es uno de los enigmas que la dirigencia aprista no ha querido o no ha podido esclarecer. Otro es cómo pudo el "Búfalo" Barreto imponerse al comando político del Apra y lanzarlo a la aventura subversiva para la cual no existían planes concretos. Y el nombramiento del capitán Leoncio Rodríguez Manfur, como jefe militar de la revolución, un oscuro militar del que no se ocupan mayormente los libros escritos posteriormente por ciertos líderes apristas y que, al parecer, estaba en connivencia con las fuerzas gubernamentales para hacer fracasar el movimiento. Otro de los grandes enigmas es el asesinato, en la cárcel, del comandante Silva Cáceda y otros oficiales y soldados, amén de varios civiles. ¿Quién ordenó esta bárbara ejecución que abrió un abismo entre el Apra y el Ejército?

Testimonio de un militar venezolano

Son varias las versiones que se han escrito sobre la insurrección de Trujillo, la mayoría de ellas apasionadas (Luis Alberto Sánchez, mayor Víctor Villanueva, Carlos Miró Quesada Laos, entre otros); está también la que registra Jorge Basadre en su Historia de la República. Nosotros hemos escogido una muy poco conocida: la del coronel del ejército venezolano Félix León Echague, quien vivía asilado en el Perú y en los días en que ocurrieron los sucesos de Trujillo, se encontraba en esa ciudad. León Echague escribió un libro titulado "Lo que vi de la Revolución de Trujillo", que fue editado en México en 1934. De ese relato hemos tomado las partes que aparecen a continuación, entrecomilladas:

"Era el mes de junio de 1932. A fines llegué a Trujillo y el primero de julio salí para Laredo, en busca de al-

gún negocio. Estuve cerca de tres días y quería ganar tiempo allí para salir pronto y llegar a Lima antes del 20 de ese mes, fecha en que se decía iba a producirse un levantamiento en Lambayeque y Cajamarca por el norte, y en Arequipa y Tacna, por el sur.

"El 4 debí recibir mi carga, pero no sé por qué inconvenientes el dueño del artículo no pudo cumplir y mi viaje se retrasó. Ante este hecho pensé salir a Trujillo el 7. Mientras tanto hice un viajecito a Pacasmayo, llevando carga para la Casa Grace y, de regreso, el seis, por la noche, me preparaba para recoger mi carga y partir al día siguiente muy temprano.

¡Ha estallado la revolución!

"Eran las dos de la mañana (del día siete). Detonaciones lejanas me hicieron poner de pie. Saltando de mi cama, me lancé al balcón para escuchar mejor... La sucesión de los disparos, que desde el balcón los escuchaba mejor, me dieron la seguridad de que la revolución había estallado... Del interior del hotel llegaban ruidos de pasos y de voces hasta mí. En el deseo de saber noticias, me adelanté al grupo que se había formado en el hall, en donde un señor de Huamachuco, unos viajeros limeños y otras gentes que no conocía, un jovencito trujillano y el administrador comentaban los sucesos que en ese instante se desarrollaban en un sector de la ciudad. Indagando sobre el particular, nerviosamente, me contestaron:

"—Ha estallado la revolución.

"Serían las seis y media de la mañana, cuando el muchacho trujillano, dándose cuenta de mi estado, resueltamente me dijo: Vamos a ver qué pasa señor. Yo lo acompaño...

"Avanzamos hacia el mercado. Ya Trujillo estaba en pie. Muchos carros se precipitaban a lo largo de las calles en distintas direcciones. Se notaba cierta ansiedad en la cara de las gentes. Había cesado el fuego. Unos corriendo entusiastamente, y otros con recelo, avanzaban hacia el lugar de los sucesos. Llegamos hasta la Plaza del Recreo. Allí nos detuvo el paso de un piquete de la Guardia Civil. Volvimos sobre nuestros pasos... Al llegar a la esquina de la cuadra en que está la Comisaría vemos que, violentamente, se detiene un auto en la puerta y bajan de él seis hombres del pueblo, perfectamente armados de fusiles. Resueltamente penetran al cuartel.

La rendición del Cuartel de la Policía

"Esos hombres eran los parlamentarios que venían a exigir la rendición del cuartel. Seguidamente, llegaron tres y cuatro carros más. Todos con revolucionarios que, precipitadamente, se bajaron y entraron al local. El comisario de Policía era un capitán Carbajal, si mal no recuerdo. Ante la situación había puesto a su tropa en pie de guerra, pero no estaba seguro del personal. Dentro de él existía mucha simpatía por el movimiento. Por consiguiente, una resistencia violenta se hacía peligrosa e incierta. Tres cuartos de hora estuvieron los parlamentarios dentro de la Comisaría. Exigían la rendición de todo el personal y la entrega de las armas. El capitán Carbajal se resistía diplomáticamente, y más bien ofrecía su concurso a los revolucionarios, pero con la condición de que lo dejaran al frente de su tropa. Los ajetreos seguían. En vista de

la incierta actitud de ese jefe, los parlamentarios se retiraron.

"En ese preciso instante una espesa ola de polvo se levanta lejos, más allá del parque Bolognesi, en la avenida que conduce al cuartel O'Donovan anunciando a la inquieta ciudad de Trujillo la entrada del grueso de revolucionarios.

"Delante, venían arrastrando un cañón Krupp. Enseguida, caídos por el peso de la derrota, acaso por el peso de la incompreensión de ese instante histórico que vivía el país, arrepentidos quizás, caminaban los jefes y oficiales del O'Donovan en condiciones de prisioneros. Más atrás otro cañón Krupp cerraba la marcha, que luego se abría con un oleaje de ciudadanos y una chiquillería entusiasta y febril.

"Pero al llegar a la cuadra donde está la Comisaría, los parlamentarios informan sobre el resultado de su misión. La marcha se interrumpe apenas. Deliberan los rebeldes y resuelven caer a sangre y fuego sobre el reducto policial... Sin voz de mando, ni cornetín de señal, abren fuego contra el cuartel de policía.

"Un poco más tarde, todo había terminado en esa cuadra. Nuevos parlamentarios se desprenden de la columna revolucionaria y resuelven la situación. La comisaría se rinde con un saldo en contra de seis soldados heridos y dos muertos. El capitán Carbajal y el resto de su tropa se plegaron a los revolucionarios.

"Consumado este triunfo, los rebeldes avanzan hacia la Prefectura, en donde están las autoridades políticas y en donde también se habían refugiado otros jefes y oficiales del Ejército, con 50 hombres de tropa en actitud defensiva.

La Prefectura iza bandera blanca

"Antes de llegar a la plaza, los revolucionarios se dividen en varios grupos, posiblemente con el fin de atacar dicho local por sus distintos flancos. Mientras tanto, otro grupo se dirige a la casa del señor Agustín Haya de la Torre, a la del señor Augusto Silva Solís y otros dirigentes del Partido Aprista, a solicitarles su colaboración en el movimiento libertario cuya primera etapa estaba cumplida.

"El señor Haya de la Torre y sus compañeros llegaron en varios automóviles a la Plaza de Armas. Fueron recibidos dentro de un severo ambiente revolucionario. Solicitada su colaboración, debían contestar a esa masa en forma categórica. Conferencian con los que hacían de jefes y, entonces, un grupo de rebeldes es destacado hacia la Prefectura con el objeto de pedir su rendición.

"Media hora después, en el asta del edificio del despacho prefectural es izada una bandera blanca y los parlamentarios regresaban, informando a la muchedumbre la rendición de ese reducto con todas las autoridades, oficiales y soldados, y con el encargo del Prefecto Pedro La Riva, que deseaba hablar con el señor Haya de la Torre y los dirigentes del movimiento.

"Cucho" Haya, recién rasurado, con terno azul, asume la Prefectura

"Seguido de esta multitud, Haya de la Torre ingresa a la Prefectura. Dentro, mientras éste conferencia con el Prefecto La Riva, los revolucionarios aclamabanlo como Prefecto y al señor Silva Solís como Subprefecto de la revolución.

"No obstante el estado de ánimo de los triunfadores ningún adversario capturado como prisionero fue tocado. Ni siquiera se oyó un destemplado mue- ra para alguno de ellos. Los prisione- ros traídos del O'Donovan y los que estaban dentro del local prefectural te- nían toda clase de garantías... Y los señores La Riva y Carranza (el Subpre- fecto) acompañados del secretario de la prefectura, abandonaron el local. La multitud les abrió paso...

"Serían las 10 de la mañana más o menos. Es desde aquí y dentro de es- ta hora cuando el ensordecedor grito popular invoca la presencia del se- ñor Haya de la Torre. "Cucho", como lo llaman familiarmente en Trujillo, salió a uno de los balcones de la Pre- fectura y desde allí habló al pueblo. Vestía terno azul y su semblante re- cién rasurado había asumido una seve- ridad en la que me pareció leer toda la tragedia de este pueblo descansan- do ahora sobre la inteligencia y el co- razón de este muchacho.

"Callados los aplausos, dijo que gus- toso había aceptado la responsabilidad de su cargo, porque sabía que el movi- miento estaba respaldado por la in- fluencia de un partido político doctri- nario y que hasta ese momento sólo había dado ejemplos de sacrificio y dignificación. Pidió respeto y discipli- na como la garantía máxima que los revolucionarios deberían dar a la ciu- dad. Recomendaba orden y exigía de cada aprista el cumplimiento de su deber.

"¿Dónde están los jefes de la revo- lución? Esta era la pregunta que me hacía sabiendo que el señor Haya ha- bía sido traído de su domicilio para llevarlo a la Prefectura. Acosado por esta curiosidad, me dirigí a un grupo de rebeldes preguntándoles por los je- fes del movimiento. Uno de ellos, mi- rándome fijamente a los ojos, como desconfiando, secamente me dijo:

"—¡Han muerto!

Como fue el asalto al Cuartel O'Donovan

"Desde las doce de la noche del 6 co- menzaron a reunirse los rebeldes en el sitio designado por Barreto. Serían unos 200 hombres. Ligados por un mis- mo vínculo espiritual, por un solo ideal político; había estudiantes, choferes, braceros de las haciendas, empleados, etc. Pero todos eran jóvenes. El único viejo o de mayor edad era Montoya. Los otros apenas asomaba, el que más, a los 35.

"Barreto instruyó sobre la forma co- mo debía llevarse a cabo el asalto. A cada uno señaló su puesto. Para ello contaban con algunos revólveres, tres carabinas, bombas de mano de fabri- cación casera (fueron confecciona- das por los mismos muchachos), ma- chetes, etc. Un material bélico nada favorable para capturar un cuartel en donde, aparte de haber un regimiento de artillería, estaba alojada también una compañía de infantería, debida- mente provista de toda clase de ma- terial de guerra. Pero lo que a los sol- dados les faltaba, les sobraba a ese gru- po de pueblo.

Mueren los jefes de la insurrección

"Dispuestos estratégicamente por Ba- rreto, Montoya y Calderón, las huestes apristas rodearon el cuartel O'Dono- van. A los pocos momentos comenzó el ataque, derribando centinelas y mo- vilizando la sorpresa a todos los ángu- los del local. Ninguno de mis narrado- res sabe cuánto tiempo duró ese tra-

queteo entre bala y bala. Los disparos se sucedían de uno y otro lado. Los fusiles aullaban entre las sombras de la noche y las bombas mecían el suelo con alarde de potencia máxima.

"De pronto cesó el fuego de parte de los defensores del O'Donovan. Los ata- cantes también apagaron la fogata de sus pistolas. Es en ese instante que Barreto cree que la defensa capitula. Se oyó un ¡viva al Apra! animador y entusiasta. Los jefes entonces ordena- ron avanzar hacia el cuartel. Búfalo, Calderón y Montoya dan el ejemplo. Marchan a la cabeza de sus grupos, cantando y dando vivas al partido aprista.

"Faltaba poco trecho para capturar el local, cuando una violenta descarga les corta el paso a los asaltantes. Ya la luz del nuevo día pintaba de ópalo el semblante trágico de los combatien- tes. Calderón ha caído y ha caído Mon- toya. Y Búfalo también ha caído con el brazo en alto y ordenando seguir adelante.

"El cuartel O'Donovan ha caído en manos de los insurgentes. Las prime- ras tropas que se rinden después de algunas bajas son los artilleros. Los infantes se sostenían todavía ubica- dos en un pabellón del local, pero an- te la pujanza de los asaltantes, se vie- ron precisados a huir, abandonando posesiones y armamentos y dejando dentro de su reducto de madera a mu- chos compañeros heridos y algunos muertos.

"La más difícil posesión militar que- daba, por lo tanto, en poder de los re- volucionarios. Allí mismo se hace el re- cuento de la gente. Faltan varios com- pañeros. Se procede a recoger a los heridos y a los muertos.

"Cucho" Haya, sólo bueno para Prefecto

"Había visto muerto, en el hospital, nada menos que al jefe de la revolu- ción. Este hombre preparó el plan de acción y trazó la conducta de seguir para defender la ciudad. Su plan ha- bía sido preparado con algunos clases de los cuerpos que estaban acantonados en Trujillo. Sus asistentes, sus ín- timos en la revolución, sus segundos, habían desaparecido y el barco revolu- cionario quedaba expuesto al vaivén del oleaje de la situación. Y me pre- guntaba ¿quién entre los insurgentes podrá tomar el puesto que había deja- do Barreto para seguir adelante la jor- nada? Yo conocía al señor Haya de la Torre. Perfectamente ubicado en su puesto de Prefecto, dando garantías y tomando precauciones en defensa del orden público. Pero el señor Haya no podía ser el jefe de esa revolución. Le faltaba carácter y le sobraba bonho- mía. Le faltaban conocimientos tácti- cos, audacia, pero le sobraba pasión aprista, sentido de legalidad.

"Sentía pena de ver que tanto he- roísmo fuera sacrificado. La desaparición de los tres jefes había creado un grave problema dentro del movimien- to, que necesitaba una urgente y rá- pida solución.

"No obstante las dificultades de or- den técnico precisado arriba, el señor Haya de la Torre, asesorado por un buen número de rebeldes, procuró lle- var adelante, acogiéndose a datos y re- ferencias que alguna idea tenía sobre el plan de Barreto, la acción de con- quista de nuevas posesiones.

"Por la tarde, los revolucionarios to- maron Salaverry, el puerto principal del departamento de La Libertad, y la hacienda Laredo, inmediata a Trujillo,

mientras que otros grupos intentaban la captura de la hacienda Casa Grande, el punto más importante del valle de Chicama para el ejecutivo revolucio- nario.

Los primeros reveses de los insurrectos

"Desgraciadamente, el destacamento de revolucionarios salido para este úl- timo sitio formado por elemento civil, sin ninguna malicia militar siquiera, guiado solamente por un gran entusias- mo, bien armado de fusiles embarca- ron, además, un cañón en uno de los carros de carga del ferrocarril que de- bería conducirlos hacia el valle. Así avanzaron hacia las cercanías de Casa Grande, hacienda que estaba ya defen- dida por un fuerte piquete de soldados, de policía y desde allí, desde el carro, hicieron disparar el cañón producién- dose la consiguiente reacción de cula- ta que lo impulsó al suelo, en donde quedó inutilizado para la acción deci- siva que debió haber propiciado la ac- titud de los atacantes.

"Mientras tanto, la policía contestó el disparo desde sus parapetos, provo- cando la consiguiente derrota de los re- volucionarios en este sector. Bien pu- do haber contribuido esto al fracaso del movimiento, porque si los rebeldes toman Casa Grande, el control de todo el valle quedaba en sus manos, refor- zando su masa aprista con elemento nuevo. Y, sobre todo, en posesión de un gran sector de abastecimiento y de guía para el tráfico revolucionario y el equilibrio que necesitaba la defensa de Trujillo.

"Mientras tanto, en Trujillo todo se- guía su curso normal. El aspecto de la ciudad no había sido alterado con otras incidencias. Por las calles y las plazas, numerosos revolucionarios, con el fusil terciado a la espalda, hacían resaltar su vestuario. El ejecutivo re- volucionario actuando dentro de la Pre- fectura, formó la Guardia Urbana a ba- se de la policía del Estado que había quedado a órdenes del nuevo estado de cosas. Por parejas compuestas de un guardia del Cuerpo de Seguridad y dos soldados de la policía aprista, hacían rondas en la ciudad.

El Capitán Rodríguez Manfur, nombrado jefe militar de la Revolución por la dirigencia aprista, convierte Trujillo en una ratonera

"Amanece Trujillo en su segundo día de revolución. Por el periódico "El Nor- te" de esa misma tarde, me enteré que la Prefectura revolucionaria había nom- brado al capitán Rodríguez Manfur, mi- litar del Ejército peruano, como Jefe de la Plaza y director de las tropas re- volucionarias... En la Prefectura me enteré que el capitán Rodríguez Ma- nfur estaba en esos momentos acompa- ñado de su estado mayor, compuesto por un grupo de revolucionarios, dic- tando las medidas convenientes para la defensa de la ciudad, en vista del posible ataque de las fuerzas del go- bierno. Horas después me enteré que el Jefe de la Plaza había ordenado la preparación de trincheras.

"Con mis acompañantes me dirigí ha- cia la trinchera más próxima, ubicada al finalizar la calle "Progreso", en el camino que va al balneario "Buenos Aires". Luego avanzamos hacia la que en "La Floresta" controlaba el camino que viene de Salaverry, y las de la Por- tada de la Sierra, en el barrio Chicaco, desde donde dominaban los caminos de Laredo y Casa Grande. Informándome después que hubo otras detrás del cuar- tel O'Donovan.

"Inspeccioné estas construcciones. Estudié su ubicación y me dí cuenta de la gravedad del caso. Todas estaban cerrando las calles, envolviendo en un anillo a la ciudad... Estas trincheras eran en mi concepto la amenaza más inminente que tenía la revolución. Los defensores de la ciudad quedaban anillados dentro de su propia defensa. No tenían comunicación exterior, ni vinculación inmediata con los distintos lugares en donde debían realizarse las operaciones.

"El Jefe de la Plaza, capitán Rodríguez Manfur, incurrió pues en un absurdo, al intentar defender la población estableciéndose dentro de ella misma.

La muerte viene del cielo

"Al mediar la tarde de ese día, se destacó en el cielo la presencia de dos aviones, que a gran altura realizaban un recorrido de inspección. Instantes después, uno de ellos, volando sobre el cuartel O'Donovan, hizo disparos de metralla posiblemente en la creencia de que los revolucionarios estuvieran parapetados allí. Pero el cuartel había sido deshabitado y el ataque no tuvo otro efecto que el susto de los vecinos de ese barrio.

"Un poco más tarde, una noticia telefónica de Salaverry dio a conocer que se había producido un bombardeo. Efectivamente, los aviones avistados en Trujillo arrojaron sobre el puerto algunas bombas de poco poder que caían dentro de la ciudad y habían producido sus primeras víctimas.

"La tarde agonizaba cuando nuevamente se delató en el cielo la presencia de los aviones gobiernistas. Las máquinas dejaron oír en la ciudad su ruido trágico y fuertes detonaciones advirtieron a Trujillo que la situación iba cambiando... Muchos vecinos abandonaron sus hogares, principalmente los que vivían cerca del cuartel. Iban a los campos en la esperanza de alejarse del peligro.

Ejército, Marina y Aviación, todo se movilizó para aplastar la insurrección

"Por noticias telegráficas interceptadas, los jefes revolucionarios estaban enterados de los movimientos del gobierno. Barcos de guerra habían salido del Callao con dirección a Salaverry, portando al Regimiento N° 7, al mando del mayor Miró Quesada, y varios cientos de soldados del Escuadrón de Policía. Este efectivo debía entrar por Salaverry. Los regimientos acantonados en Piura y Lambayeque, junto con la policía, entraron por Pacasmayo, mientras que el Regimiento N° 11 bajaba de Cajamarca por el interior del Departamento de La Libertad.

"En el tercer día de la revolución, el aspecto de la ciudad era desconcertante. Se notaba una desolación abrumadora. Había perdido la característica de los primeros días. No había casi tráfico. Sólo se notaba que, en diferentes direcciones, los automóviles al servicio de la revolución salían en comisión, portando gente armada, órdenes o instrucciones.

"A eso de las doce del día, se oyó el trepidar de los motores aéreos, haciendo en sus continuas incursiones bombardeos probablemente sin consecuencias dentro de la población. Posiblemente estas visitas tenían el objetivo de proteger y orientar a las tropas que venían y también para controlar a los revolucionarios en sus movimientos de defensa.

"Salaverry estaba fortificado. Los revolucionarios habían instalado sus ca-

nonas en el cerro, controlando desde la altura la situación del enemigo. Por lo visto, un desembarque de tropas en estas condiciones era completamente imposible; pero cuando los defensores se preparaban para contener los movimientos de las tropas que tomaban ubicación en las lanchas para alcanzar el muelle, una escuadrilla de hidroaviones inició el reconocimiento del puerto, y con el objeto de proteger el desembarque, se dispuso a combatir a los facciosos.

Rodríguez Manfur impide un triunfo en La Floresta

"La acción de los aviones era irresistible. Estando las posesiones de la defensa al descubierto la escuadrilla aérea inició un bombardeo cerrado, que los revolucionarios no pudieron detener con sus descargas de fusil. En tales circunstancias no les quedó otro recurso que abandonar el puerto y replegarse sobre Trujillo, dejando franco el paso para que las tropas desembarcaran con facilidad.

"Aprovechando el Jefe del 7 de este triunfo, dispuso lo conveniente para que su unidad marchara en persecución de los fugitivos. Creyendo que los rebeldes huían en el más completo desorden y engreído por la situación, con sus tropas emprendió camino a Trujillo. Serían las 5 de la tarde cuando el 7 cae en la emboscada. Fuertes y repetidas descargas de fusilería sorprenden a los vencedores. Los revolucionarios estaban en sus trincheras. Usaban sus parapetos. Desplegados en son de combate, barrían con los soldados del cuerpo hace momentos vencedor.

"Los aviones incursionaban nuevamente. Protegen a sus tropas arrojando bombas que no producen efecto en los revolucionarios. El 7 fuga precipitadamente dejando en el campo de batalla gran cantidad de heridos y muertos, casi el 50% de su numerario y abandonando fusiles y ametralladoras con su respectiva dotación de fuego. El capitán Rodríguez Manfur impidió el triunfo completo de los insurrectos al ordenar que no se persiguiera a los derrotados y tomaran todo su parque bélico. Este "error" del jefe militar de la revolución aprista, sería fatal a la postre.

"Mientras se iniciaba la noche, en La Floresta pisando los pasos a las desordenadas tropas del mayor Miró Quesada, del Norte llegaban los regimientos de línea y la policía que sitiaron Trujillo.

Ruiz Bravo entra a sangre y fuego

"El despertar de la población fue de espanto, de fragor, de valentía, de dolor y de muerte. Las tropas del gobierno, comandadas por el coronel Manuel Ruiz Bravo, habían rodeado la ciudad y por sus distintos flancos se entabló rudo combate.

"Las horas se sucedían impasibles ante la tragedia que se cernía sobre la ciudad. Los oídos querían sangrar, atañecados por el eco fantástico de las detonaciones, por el zumbido de los motores aéreos, por los golpes de bombas que explotaban. Todo era sangre. Todo era valor. Nunca presencié actos de tanto heroísmo.

"Era tarde, ya muy tarde, cuando se dejó sentir el declive del fuego. Por un lado, por el de los atacantes, cedía el fuego. Apenas quedaban llameando escaramuzas por diversos flancos. Hasta que a las 7 de la noche, el silencio

principió a invadir a la urbe. Las fuerzas del coronel Ruiz Bravo habían hecho alto el fuego. Los revolucionarios esperaban escondidos en la oscuridad que había en la ciudad, porque en esta vez no hubo luz eléctrica.

"El grito de plomo nuevamente se dejó sentir casi al llegar las cinco y media de la madrugada. Las tropas del gobierno estaban desplazadas, rodeando la ciudad. Durante la noche habían recibido refuerzos. Las ametralladoras habían sido dispuestas en lugares escogidos para hacer brecha al enemigo. Fuerzas de policía y fuerzas del ejército tenían anilladas a la población, encerrados a los combatientes. Sólo quedaban dentro de ella un centenar de combatientes. La mayor parte, conforme se fue presentando la situación iniciaron el desbande hacia la sierra. Con más visión algunos se dieron cuenta de la gravedad del momento y la inutilidad de la resistencia y abandonaron la ciudad tratando de salvar la vida y el fusil que la revolución había puesto en sus manos.

"En la tarde, casi al entrar en la nueva noche, la ciudad estaba virtualmente en manos del gobierno. Por distintos lugares de la población las fuerzas leales habían entrado, dejando muchos muertos tras sus pasos; pero aún en esta condición, durante toda la noche no cesaron los disparos.

"Al fin cae Trujillo en manos de las fuerzas del gobierno. Entran las tropas del coronel Ruiz Bravo. Allí mismo, en la soledad de las calles, se producen, con intermitencia, rápidas descargas de fusil. Ya no es la defensa personal la que inspira ese trepidar de balas. Es la consigna. Parece que es una orden especial. Al que se le apresra, se le fusila. El que huye, también cae muerto. Para estos hombres no hay cuartel. No hay jueces. No hay códigos. Solamente existe la venganza, el desquite, el violento desahogo de su propia reacción. Y así caen varios hombres, varios cientos de hombres, culpables e inocentes, en una mancomunada responsabilidad histórica."

Matanza de militares en la cárcel y de apristas en Chan-Chán

El relato del militar venezolano no registra la masacre que se produjo en la Cárcel de Trujillo, en la madrugada del 10 de julio, cuando "Cucho" Haya de la Torre, Silva Solís y otros dirigentes del Apra habían abandonado ya la ciudad y huían hacia la serranía. Mientras los jefes huían quedaba en Trujillo un pequeño grupo suicida encargado de dificultar la persecución. ¿Fueron éstos los que ingresaron a la cárcel de Trujillo y asesinaron a los prisioneros? Nunca se ha llegado a esclarecer con precisión quiénes fueron los asesinos ni quiénes dieron la orden. Cuando el Ejército entró a la cárcel encontró un amasijo de cadáveres. Sólo fueron reconocidos los cuerpos del comandante Silva Cáceda, del mayor Luis Pérez Salmón, del capitán Manuel Morzán, del capitán armero Víctor Corante, del teniente Ricardo Ravelli, del alférez Miguel Picasso, del subteniente Carlos Valderrama, del capitán comisario Eduardo Carbajal y del teniente Alberto Villanueva. Sin reconocer quedaron otros 39 cadáveres.

La matanza de los prisioneros de Trujillo exacerbó el rencor de los militares victoriosos. Los fusilamientos de apristas en las ruinas de Chan-Chán, arrieron. Algo que tampoco se sabrá es el número de víctimas que provocó la insurrección del "Búfalo" Barreto. ■

HISTORIA DE UNA ENEMISTAD QUE SE SELLO CON SANGRE

CAPITULO SEXTO

EL SUICIDIO DEL ZORRO JIMENEZ

EL 14 de julio de 1932, cuando las fuerzas del coronel Ruiz Bravo dominaban la situación en Trujillo y aún no cesaban los fusilamientos en las ruinas de Chan Chan de civiles sospechosos de haber intervenido en el levantamiento encabezado por Manuel "Búfalo" Barreto, se produjo otro movimiento subversivo en Huaraz, encabezado por el mayor Raúl López Mindreau. Era éste hijo del general Julio López Mindreau que en 1922 debeló en el Cusco una insurrección netamente castrense, organizada por el mayor Cirilo H. Ortega, en la cual intervino el, en ese entonces, mayor Sánchez Cerro, quien se encontraba ocasionalmente en esa ciudad. El general López Mindreau hizo prisionero a Sánchez Cerro y lo envió a la prisión de la isla Taquila, en el Lago Titicaca.

El levantamiento de López Mindreau y su fusilamiento

El mayor López Mindreau se levantó en Huaraz ignorando que días antes la fuerza armada había abatido a sangre y fuego a los insurgentes apristas de Trujillo y cuando los dirigentes de la revolución, "Cucho" Haya de la Torre, Silva Solís y Alfredo Tello, entre otros, huían a las serranías, dejando librados a su suerte a los apristas que no habían podido escapar al cerco tendido por los regimientos adictos al gobierno.

Las escasas huestes del mayor López Mindreau fueron batidas por destacamentos enviados rápidamente desde Trujillo. López Mindreau fue capturado gravemente herido. Un consejo de guerra lo condenó a muerte junto con sus compañeros de infortunio: el teniente Inocencio Soto, el cabo Alberto Torres, el ciudadano español Juan Alonso y el aprista Carlos Phillips.

La insurrección de Trujillo seguida del levantamiento de Huaraz removieron los cimientos del gobierno y alarmó a los órganos de expresión que le eran adictos. "El gobierno y la sociedad deben adoptar enérgicos medios de defensa, comenzando por aplicar severa sanción a los culpables y luego dictar medidas más eficaces para evi-

tar la repetición de tan terribles tragedias", dice *El Pueblo* de Arequipa. Por su lado, *El Comercio* de Lima expresaba: "El Perú ha tenido una grave explosión de comunismo en Trujillo, del que es responsable el Apra. Dominaron la ciudad con horrores que están dentro de los métodos de terror y de violencia criminal del sectarismo rojo. Ante lo que ha ocurrido, no sólo es preciso que haya sanción, sino también que se forme un frente único de todas las fuerzas cívicas sanas del país para defender las instituciones tradicionales de la República".

"El país debe frenar el vandalismo aprista..."

Los diarios publicaban a grandes titulares la matanza de militares y civiles prisioneros en la cárcel de Trujillo, culpando de ella al partido aprista cuyo jefe, Víctor Raúl Haya de la Torre, permanecía severamente incomunicado en el Panóptico de Lima. Las huestes de la Unión Revolucionaria recorrían las calles en manifestaciones tumultuosas de apoyo a Sánchez Cerro, lanzando millares de volantes con la efigie del presidente y el "Credo" urrista: "Creo en el cerrismo todopoderoso, creador de las libertades y de las reivindicaciones todas de las masas populares; en Luis M. Sánchez Cerro, héroe e invicto paladín nuestro que fue concebido por obra y gracia del espíritu del civismo... Padeció bajo el poder abyecto del oncenio... Juzgará a los vivos internacionalistas y a los muertos apristas. Creo en la resurrección de un Nuevo Perú".

En este ambiente, el Congreso Constituyente aprobó el Estado de Sitio y el restablecimiento de las cortes marciales. Las voces de la oposición, en minoría, provenientes de las bandadas socialista, descentralista e independiente, que exigen la presencia de los ministros de Marina y de Gobierno para que expliquen los bombardeos al puerto de Salaverry y el fusilamiento de civiles, son acalladas por las barras urristas, que les gritan improperios. El ministro de Gobierno, Julio Chávez Cabello replica enviando un oficio al Con-

greso, exigiendo el desafuero de los representantes Doig y Lora, Merino y Saavedra, a quienes acusa de estar vinculados al movimiento de Trujillo. Cuando el vice-presidente del Congreso, Clemente J. Revilla, da lectura al oficio del ministro el estupor se pinta en el rostro de los constituyentes de la oposición: el gobierno no puede estar por encima del Congreso, no puede dictarle órdenes, el Congreso es el único —de acuerdo a sus reglamentos— que puede solicitar el desafuero de alguno de sus miembros, dicen y exigen que el ministro Chávez Cabello presente pruebas de la complicidad de los representantes Doig y Lora, Merino y Saavedra con los rebeldes de Trujillo.

Pero la mayoría constituyente, que ha aceptado la imposición de la Ley de Emergencia, que aprobó el apresamiento y la expulsión por la fuerza pública de los representantes apristas, violando la majestad del Parlamento, se suma a la demanda del gobierno. "Yo no reclamo más pruebas que la palabra del ministro de Gobierno", dice Sayán Alvarez. Desde su escaño, como representante por Piura, Luis A. Flores, ex ministro de Gobierno, grita: "El país debe frenar el vandalismo aprista. Yo no puedo pedir pruebas de la conspiración de los representantes. En el delito político basta el indicio. Es suficiente garantía la palabra del ministro de Gobierno. Ante esta situación no hay reglamento posible". Los representantes son desaforados.

La desesperación del comandante Jiménez

En Arica, el comandante Gustavo Jiménez recibe noticias del descabro aprista en Trujillo y Huaraz, a través de cartas que le envían dirigentes del Apra urgiéndole su regreso al país para encabezar la revolución contra Sánchez Cerro. Pero Jiménez ha hecho numerosas tentativas de captar adeptos entre la oficialidad del Ejército sin resultados satisfactorios. Desesperanzado, confiesa su intención de "organizar una fuerza esencialmente civil armada y destruir, barrer en una palabra, con este Ejército inmoral, sin ideales y sin

concepto de su misión" Jiménez no ve otra alternativa. No tiene dinero para sufragar los gastos que demanda la conspiración y hasta de los 15,000 pesos que le envió el doctor Luis Antonio Eguiguren el emisario aprista se quedó con 9,000 pesos. En una carta de respuesta que dirige a sus corresponsales apristas Jiménez se extraña que el emisario que tenía en el norte del país no hubiera estado combatiendo al lado de los apristas de Trujillo. Jiménez considera que el movimiento que debía estallar entre el 20 y el 28 de julio, bajo su conducción, ha fracasado por el apresuramiento aprista. No sabe que la revolución de Trujillo fue adelantada por "Búfalo" Barreto, en contra de la voluntad de la cúpula aprista.

El comandante Jiménez elabora un nuevo plan. Como primera medida exige la unión de todos los sectores que propugnan la revolución "leal y sólida—con sacrificio de todo— bajo un solo comando". Pide también que se designe un jefe de la revolución "que será el que elabore el nuevo plan, lo organice y lo ponga en ejecución... asesorado por un comité en el que estén representados todos los grupos". Para financiar la revolución, Jiménez piensa que debe contarse con una provisión de fondos que no debe ser menor de 10 mil libras peruanas, "las que serán administradas por el comité, con la aprobación del jefe".

Jiménez no percibe lo que está pasando en el Perú

Sin otro contacto que sus corresponsales apristas, entre los que se encuentra Luis Alberto Sánchez, el comandante Jiménez sigue creyendo que son vastos sectores del país los que pugnan por derrocar a Sánchez Cerro. Pero aparte del partido aprista que tiene arraigo en las masas, otros sectores como los socialistas, los descentralistas e independientes carecen de organización, nunca han tenido planes conspirativos. Otro error de Jiménez es el creer que la cúpula aprista quiere una revolución civil. Al negarle apoyo político a la insurrección de "Búfalo" Barreto, esa dirigencia ha puesto de manifiesto que lo que persigue es una revolución castrense, con relativo apoyo de sus masas. Para esto, el Apra sigue su labor de infiltración en las instituciones armadas y confía que el carisma del Comandante Jiménez sea suficiente para aglutinar el descontento militar contra el gobierno sánchez-cerrista.

Otra cosa que no calibra bien el comandante Jiménez es el antiaprismo que va ganando a vastos sectores de las fuerzas armadas y de la policía a raíz de la matanza de jefes, oficiales y personal subalterno de estas armas ocurrida la mañana del 10 de julio en la cárcel de Trujillo. Las exequias de estos militares, cuyos cadáveres fueron traídos a Lima con gran ceremonia, son aprovechadas por el gobierno, a través de sus órganos de expresión adictos, para culpar a la dirigencia aprista por esa masacre; horripilantes relatos de torturas, de castraciones y otras mutilaciones que esos periódicos dicen que sufrieron los militares prisioneros antes de ser rematados conmocionan al país. Las cortes marciales de Trujillo quieren llevar a esa ciudad a Haya de la Torre, prisionero en el Panóptico cuando se produjo la insurrección de Barreto, para juzgarlo y condenarlo a muerte.

Mientras en Arica el comandante Jiménez elaboraba un nuevo plan insurreccional, se produjo en Loreto un

acontecimiento cuyos alcances tampoco sopesó en su real magnitud el militar conspirador: la toma de Leticia por un grupo de civiles. Este hecho fue considerado por el gobierno como un nuevo intento del Apra para provocar su caída por la vía de un conflicto internacional.

La toma de Leticia

Leticia fue un distrito loretoño hasta que, por el tratado secreto de 1922 llamado "Salomón Lozano" fue cedida, con todos sus habitantes peruanos a Colombia, junto con otros inmensos territorios de nuestra Amazonia, situados entre el Putumayo y el Caquetá. La entrega se produjo cinco días antes de que estallara la revolución del 22 de agosto de 1930, en Arequipa. Como se ha dicho en capítulos anteriores, Sánchez Cerro se pronunció contra ese tratado cuando, triunfante la Revolución de Arequipa, arribó a Lima para hacerse cargo de la Junta Revolucionaria que apenas duró seis meses.

La toma de Leticia fue decisión de una Junta Patriótica que se había formado en Iquitos, en la cual figuraban líderes apristas de esa región. Según dice Luis Alberto Sánchez en su libro "Una larga guerra civil", el ingeniero Oscar Ordóñez, uno de los cabecillas de ese acto reivindicatorio, era aprista, "como casi todos los loretoños". LAS refiere: "Basta recordar que en las elecciones del 11 de octubre del año anterior, 1931, resultaron electos representantes por Loreto, por inmensa mayoría, los apristas César Pardo Acosta, Darío Acosta Cárdenas, Héctor Morey Peña; y hubo un solo representante de la minoría sánchez-cerrista. Los tres representantes apristas estaban desterrados: formaban parte de los 23 miembros de la Constituyente apresados por orden del ministro de Gobierno Luis A. Flores. Loreto no tenía prácticamente representación en el Congreso Constituyente a causa de aquel atropello. La indignación en esa zona contra la dictadura no tenía límites. La reacción del grupo que ocupó Leticia significaba además de una reivindicación patriótica, una protesta política contra el amordazamiento a que se había condenado al pueblo loretoño, impedido entonces de reclamar la revisión del Tratado Salomón-Lozano, como era su deseo, o de exigir a Colombia un trato diferente a los pobladores de Leticia, muchos de ellos de nacionalidad peruana".

¿Provocó el Apra el conflicto con Colombia?

La revisión del Tratado Salomón-Lozano era aspiración general y el gobierno de Sánchez Cerro no sabía cómo plantear el tema inmerso como estaba en la tremenda crisis económica heredada del oncenio de Leguía y en las luchas intestinas contra el partido aprista. Sabedor de este punto débil del gobierno, el Apra había planteado en el Congreso Constituyente el estudio del problema y llegó a demandar la presencia del ministro de Relaciones Exteriores, Luis Miró Quesada. La mayoría gobiernista impidió la interpelación. Ahora, en setiembre de 1932, el gobierno se encontraba frente a un hecho consumado: la ocupación por peruanos de un territorio que pertenecía a Colombia. A Sánchez Cerro sólo le quedaba una alternativa, apoyar la ocupación y plantear la revisión del Tratado Salomón-Lozano, arriesgándose a un conflicto militar con Colombia, o hacerse el desentendido, con lo cual resultaba avalando la expoliación consumada por Leguía. Escogió la primera.

No hay pruebas que demuestren que el Apra creó deliberadamente el conflicto internacional para provocar la caída del gobierno de Sánchez Cerro. Pero sí es evidente que ese partido le dio a la toma de Leticia un cariz político para capitalizar el sentimiento nacional que ese episodio generó. Pablo Carmelo Montalván, loretoño que intervino en el conflicto como soldado raso y que años más tarde escribiera un libro sobre los infortunios que pasaron las tropas peruanas que se enfrentaron a Colombia ("La reconquista de Leticia"), dijo a OIGA hace dos semanas que un doctor Morey, dirigente aprista, miembro de la Junta Patriótica que decidió la recuperación de Leticia, envió telegramas a Lima dando cuenta de esta acción, atribuyéndola al aprismo. "Eso nos hizo mucho daño, porque el gobierno, convencido de que la recuperación era un acto político planificado, dirigido y ejecutado por apristas, dudó en darnos su apoyo y cuando lo hizo, ya fue demasiado tarde: Colombia nos tomó la delantera en el campo diplomático y en el militar", dice Carmelo Montalván.

Jiménez vuelve a equivocarse

A despecho del conflicto con Colombia que la toma de Leticia había generado, la dirigencia aprista y el comandante Jiménez siguieron sus preparativos insurreccionales. Manuel Seoane, en un artículo publicado el 29 de octubre de 1933 en "La Noche", da cuenta del siguiente diálogo que sostuvo en Arica con Jiménez:

—El Perú está agitado por la cuestión de Leticia. Hay un sentimiento chauvinista y estamos en el umbral de la guerra. Es un error levantarse ahora porque lo acusarán a usted de traidor.

—¡No importa! Precisamente es ahora cuando la conciencia nacional debe insurgir. Ahora y no después que nos precipiten a una guerra que será un desastre. Si la revolución es contra los imprevisores, contra los traficantes del patriotismo, ¿cómo va a esperarse que consumen su crimen para entonces levantarse contra ellos?

Jiménez estaba equivocado por completo, como se verá más adelante.

Al finalizar el año 1932 la situación era la siguiente: el gobierno estaba enfrascado en una desesperada batalla diplomática, tanto en el seno de la Unión Panamericana, en Washington, como en la Liga de las Naciones, en Ginebra, para encontrar una salida honrosa al problema de la ocupación de Leticia, a la vez que movilizaba sus tropas hacia el Oriente, en respuesta a la movilización decretada por Colombia. Carente de armamento moderno, emisarios del gobierno buscaban armas en los mercados, sin hallarlas; finalmente las encontraría en el Japón.

Por esa época la dirigencia aprista envió un nuevo emisario a Arica para que se entrevistara con Jiménez. El emisario le dice que ha estado en Arequipa, Cusco y Puno, donde ha encontrado ambiente propicio para la insurrección y convence a Jiménez de que abandone la idea de constituir el Frente Único, "imposible de formarlo por las ambiciones, egoísmos y vacilaciones de los hombres que encabezan los grupos opositores al gobierno". Se decide ir a la acción con el solo apoyo del Apra. Jiménez le entrega al emisario instrucciones secretas y varias cartas que debe entregar a numerosos jefes y oficiales del Ejército. Nunca se supo si estas cartas llegaron a sus destinatarios.

El "Zorro" se embarca hacia su trágico destino

Llega el primer mes del año 1933 y se da inicio al plan insurreccional. Jiménez se embarca en el puerto chileno de Iquique y llega a Chimbote el martes 7 de febrero a las ocho de la noche. Baja vestido con un overol de mecánico, portando una pieza cualquiera para despistar a la policía. Un emisario aprista lo espera allí y lo conduce a Trujillo, en un accidentado viaje en automóvil. Ya en Trujillo, Jiménez comienza a preparar la revolución, ignorando que la imprudencia de un oficial comprometido en el movimiento ha puesto a los agentes de seguridad tras sus huellas.

El mismo día que Jiménez desembarcaba en Chimbote, ese oficial brinda en un restaurante de Las Delicias "Por el futuro Perú Libre, pues próximamente terminará esta tiranía". Entre los comensales se encuentra un pariente del dirigente de la Unión Revolucionaria Octavio Alva, que inmediatamente comunica lo que ha escuchado al Prefecto de Trujillo. El oficial imprudente al regresar a la ciudad, ebrio, sufre un accidente automovilístico y va a parar al hospital. Jiménez también se entera de la infidencia y le envía una nota al oficial para que abandone el hospital. Simultáneamente, el Prefecto de Trujillo se pone al habla con el Primer Jefe del Regimiento donde presta servicios ese oficial y ambos resuelven enviarlo a Talara, junto con tres compañías que podrían estar comprometidas.

Los conjurados dicen no...

Jiménez decide adelantar el estallido de su revolución para el día 9 y comisiona al oficial para que se subleve con sus tropas. Este se dirige a su cuartel para hablar con los oficiales comprometidos, mientras Jiménez espera impacientemente. Dos horas después recibe una respuesta negativa; los conspiradores se rehúsan a intervenir porque han sido notificados de que en el Oriente se han producido encuentros armados con el ejército colombiano.

Pocos días después Jiménez llama a otro oficial y lo insta a sublevarse. La respuesta también es negativa: la mayoría de sus tropas es sánchez-cerrista y él mismo acaba de recibir su traslado al Regimiento N° 11, que está acantonado en Cajamarca.

Desilusionado, el comandante Jiménez se retira a su alojamiento. Allí recibe la sugerencia de levantarse aprovechando que las tropas del regimiento N° 3 están en el campo realizando ejercicios físicos. Un grupo de civiles armados, conducidos en 10 ó 12 camiones, puede llegar hasta el campo y sorprender a la tropa. Pero Jiménez rechaza la idea y decide viajar a Cajamarca, aprovechando los lazos de amistad que lo unen con varios oficiales del Regimiento N° 11.

El viernes 24 de febrero sale Jiménez de Pacasmayo, vestido de civil y acompañado de una señora para despistar a los agentes de seguridad. Con sus escasos acompañantes apristas llega a la hacienda "Mirador" y toma caballos para hacer la travesía hasta Cajamarca, que dura cinco días. El miércoles 29 llega Jiménez a Cajamarca y se encuentra con que no hay nadie esperándolo como estaba convenido. Solo y a pie entra a la ciudad. Un aprista lo hospeda en su casa, donde permanece hasta la madrugada del 11 de marzo.



EL COMANDANTE Gustavo Jiménez con Manuel Seoane en Chile. El "Zorro" Jiménez, enemistado con Sánchez Cerro, es conquistado por la dirigencia del partido aprista...

La sublevación de Jiménez en Cajamarca

En un pequeño libro titulado "El esfuerzo libertador del Comandante Jiménez", publicado años después, se lee cómo fue el levantamiento de Jiménez en Cajamarca:

"Hechos los preparativos para la sublevación del Regimiento N° 11 acantonado en Cajamarca y fijado para la noche del 10 de marzo de 1933 la tropa fue sacada de sus cuarteles a las 12 de la noche, por los oficiales comprometidos y llevada a la Plazuela de la Recoleta, donde el Capitán Tirado hizo el reconocimiento del Comandante Jiménez, Jefe de la Revolución Libertadora, como Jefe Político y Militar de la República. El Comandante Jiménez arengó a la tropa del regimiento, exponiendo en frases elocuentes la triste situación por la que atravesaba el país; las cárceles llenas de presos, la prensa amordazada, los representantes a Congreso deportados y los ciudadanos honrados perseguidos; el pueblo sin libertad y vilmente engañados frente al grave problema internacional; desprestigiado el honor del Ejército con el fracaso del Oriente y defraudadas las esperanzas de la Patria por una tiranía sin nombre, al servicio del civilismo, siempre traidor.

"Reconocido como Jefe del movimiento, el Comandante Jiménez nombró Jefe del Regimiento N° 11 al Capitán Tirado, y Jefe Político y Militar de Cajamarca al Capitán Villafuerte, asesorado por el doctor Luis Benjamín Gálvez; ordena a la vez la toma de los cuarteles de la Guardia Civil y Cuerpo de Seguridad, la Prefectura, las oficinas de Correos y Telégrafos, el servicio de Teléfonos y requisar los camiones y automóviles que fueran necesarios para el traslado del Regimiento a Chilete.

"Producida la sublevación el jefe del Regimiento N° 11 se dirigió al lugar donde estaban reunidas las tropas, encontrándose allí con el Comandante Jiménez al que le manifestó su deseo de hablarle, contestando Jiménez que se dirigiera a la Prefectura donde tendría el placer de escucharle. En la Prefectura el Comandante Jiménez después de conversar a solas con el citado jefe, dijo a los oficiales: 'El Comandante no toma parte en la revolución' y dirigiéndose al militar le dice: Comandante, vaya usted a su casa sin temor, tiene usted todas las garantías.

"Cuando se tomaron los cuarteles de policía, hecho que se llevó a cabo sin mayor resistencia, la policía manifestó estar de acuerdo con la revolución.

Los revolucionarios emprenden viaje al fracaso

"A las tres de la mañana del 11 de marzo salió de Cajamarca con destino a Chilete un destacamento al mando de dos oficiales con la misión de detener la salida del tren hasta que llegara el resto de la tropa que, por falta de carros, no podía ser trasladada en su conjunto.

"Conviene advertir que, además de la falta de carros, en esos días llovía fuertemente, malogrando las lluvias gran parte de la carretera, motivo por el cual la marcha fue muy penosa, viéndose obligados a hacer a pie gran parte del recorrido. Ante estas dificultades, el Comandante Jiménez resuelve marchar con las tropas que estaban en Chilete sobre Pacasmayo, embarcándose a las 11.35 de la mañana del domingo 12, llegando hasta Tolón, donde se informó que el puente de Quebrada Honda había sido incendiado por el Subprefecto de Pacasmayo, don Fernando Orbeozo.

"Para vencer esta grave dificultad, el Comandante Jiménez decide continuar la marcha hacia Pacasmayo utilizando dos carritos de mano para transportar el material indispensable, dejando parte de la impedimenta en el convoy mientras la máquina debía regresar a Chilite para traer al resto de la tropa.

El choque de Puerto Chicama

"Ya en Pacasmayo se tenían noticias del movimiento revolucionario de Cajamarca, noticia que fue enviada por intermedio de la casa comercial Hilbck & Kuntze, que tiene sucursal en Pacasmayo y que es propietaria de la línea telefónica que une Pacasmayo con Cajamarca.

"Reunidas las tropas en Pacasmayo el Comandante impartió las órdenes necesarias para asegurar el descanso de las mismas, cubriendo con pequeñas avanzadas las direcciones peligrosas (Chiclayo y Trujillo) y ordena la requisita de carros para continuar la marcha a Trujillo.

"El Comandante Jiménez salió de Pacasmayo a las cinco de la tarde del lunes 13 de marzo con dirección a Trujillo, lugar que constituía su objetivo, porque allí esperaba contar con los medios necesarios para comunicarse con el resto del país, principalmente con el Oriente. La marcha se efectuó sin novedad hasta un kilómetro antes de Puerto Chicama en donde la policía, que se había replegado, les hizo los primeros disparos a las 12 de la noche, viéndose Jiménez y la tropa obligados a abandonar los camiones en que viajaban para repeler el inesperado ataque del enemigo que, después de breve resistencia, se dio a la fuga. Vencido este primer obstáculo ofrecido por las fuerzas de policía de Chiclayo, Pacasmayo y Trujillo que se habían concentrado en ese lugar, reanudan su marcha. Al llegar a la Pampa de San Cristóbal, a las cinco de la mañana del día martes 14 de marzo, fueron recibidos con fuego de ametralladoras y fusiles. El Comandante Jiménez ordena al repliegue, retrocediendo dos kilómetros hasta llegar muy cerca de Paiján.

"En ese preciso momento aparece por el lado izquierdo el Regimiento N° 5 de Infantería, que llegaba de Lima bien pertrechado, encontrándose con elementos avanzados del Regimiento N° 11 conducido por el Subteniente Saldaña que también posee ametralladoras y se produce una pequeña lucha entre ambas fuerzas, con bajas por los dos lados.

El suicidio del comandante Jiménez

"Difíciles y definitivos momentos éstos, que aclaran la verdadera situación de los revolucionarios. Todas las demás tropas están en contra del movimiento, el regimiento sublevado se encuentra aislado. Las tropas del Regimiento N° 1 llegan a San Pedro. En vista de esta situación, el Comandante Jiménez, de acuerdo con sus oficiales, decide no continuar el ataque, evitando así mayor derramamiento de sangre inútilmente. Se hace tocar 'Alto al fuego', reunir la tropa y formar pabellones.

"Una vez formadas las tropas de su glorioso regimiento, el Comandante Jiménez se reúne con sus oficiales a la cabeza. Se le nota visiblemente emocionado y exaltado por la traición de

que había sido víctima por parte de las tropas y oficiales comprometidos para secundarlo. En presencia de toda la tropa, extrae de su bolsillo un fajo de billetes y dirigiéndose al Capitán Tirado le dice: 'Capitán Tirado, este es el resto del dinero que me dieron unos amigos para hacer la revolución, entrégueselos al primer jefe que venga a tomarlos', diciendo esto contó 15 billetes de 50 soles cada uno. Luego se separa del grupo no sin antes agradecerles muy emocionado su cooperación y lealtad y protestando energicamente por la traición de que había sido víctima. Enseguida, y rápidamente, sin dar lugar a que sus subalternos pudieran evitarlo, dice: 'No se entrega el Jefe, porque lo impide su honor y amor a la Libertad y a la Patria ¡Viva el Perú!' y apoyando su pistola en la sien derecha disparó la bala que puso fin a su existencia".

¿Quiénes traicionaron a Jiménez?

Así terminó el intento revolucionario del Comandante Gustavo Jiménez. Cuando las tropas leales al gobierno revisaron sus prendas encontraron tres documentos: su Manifiesto a la Nación, su Proclama a las Fuerzas Armadas, ninguna de las cuales alcanzó a leer, y un telegrama que tampoco pudo enviar a su destinatario, supuestamente jefe de uno de los regimientos que debía apoyar su insurrección: "Faltó a su palabra porque sabe que no tengo ni podría ofrecerle mercedes a sus ambiciones personales. Puede ser que el destino nos sea ingrato y por uno de sus designios sea yo el elegido para purificar con mi sangre las manchas de su vida. Soy un soldado que en el Ejército y en el Gobierno supe ser fiel a los dictados de mi conciencia. Con el criterio del hombre honrado, juzgué y creí encontrar en sus propuestas de rebeldía el arrepentimiento de sus equivocaciones políticas, pero veo con tristeza que en usted sólo existe el militante al servicio del mal que aún en este instante de angustia para la Patria, ha puesto precio a sus traiciones. Sigo adelante, no sé si a vencer o a morir porque me asiste la responsabilidad de ser el portador de la bandera de la libertad; pero si caemos, será con honor y sobre su nombre caerá la maldición del puñado de valientes que me acompañan en esta jornada de sacrificio y esperanza". Algunos han supuesto que este mensaje iba dirigido al Coronel Ruiz Bravo, el jefe del Regimiento que sofocó en Trujillo el movimiento de "Búfalo" Barreto.

¿Fue traicionado el Comandante Jiménez por oficiales del Ejército que le habían ofrecido su apoyo? A cerca de 50 años de este trágico episodio hay quienes creen que fue Jiménez quien se equivocó y que la traición partió del grupo de dirigentes apristas que no lo tuvieron informado sobre lo que realmente estaba sucediendo en el Perú cuando conspiraban con él en Arica. En primer lugar, los oficiales que complotaban para acabar con el gobierno de Sánchez Cerro querían un movimiento netamente institucional y se abstuvieron de participar cuando se enteraron de que Jiménez estaba comprometido con el partido aprista, al cual se le culpaba por la masacre de oficiales del ejército y policías en la cárcel de Trujillo. En segundo lugar, había de por medio un conflicto bélico con Colombia por la cuestión de Leticia. Los complotados, en su rígida mentalidad castrense, consideraban

que era cometer una traición a la Patria levantarse en esos momentos en que nuestras tropas eran batidas por las fuerzas expedicionarias colombianas.

Comienzan a funcionar las Cortes Marciales

Tras el fracaso de la revolución del Comandante Jiménez vinieron las cortes marciales de San Pedro de Lloc. Al comienzo funcionaron tres cortes pero luego el gobierno decidió que una sola debía encargarse del juzgamiento de los facciosos. Presidente fue designado el Comandante Aristides Alfaro, ayudante del ministerio de Gobierno; Fiscal fue nombrado el Mayor Morales Bermúdez, del Regimiento de Infantería N° 5 que había combatido a las fuerzas de Jiménez; y vocales los capitanes Juan Becerra Vargas y Oriel Zúñiga, y el teniente de policía César Vallejo. Abogado defensor de los encausados fue el doctor Alfredo Elmore.

El doctor Elmore recusó a todos los miembros de la corte marcial. Al Comandante Alfaro, Presidente, porque a raíz de que el Comandante Jiménez dejara el ministerio de Guerra en el gabinete de la Junta de Gobierno de Samanez Ocampo, le dirigió una carta a través del diario "El Comercio" tratándolo en términos muy despectivos. Al Fiscal, Mayor Morales Bermúdez ("no obstante ser uno de los jefes más distinguidos por sus antecedentes familiares y personales") porque al frente del 5 de Infantería combatió a los procesados y antes de saber que iba a ser designado miembro de la Corte había adelantado opinión en San Pedro de Lloc sobre la pena que debía aplicarse a los acusados. Y a todos los demás porque habían formado parte de las fuerzas que habían combatido a los revolucionarios de Jiménez.

Ninguna de estas recusaciones fue escuchada. El doctor Elmore se dirigió al Decano del Colegio de Abogados de Lima, doctor Diómedes Arias Scheiber, "a fin de que en vista de los hechos creados gestione, mediante los abogados que forman parte del Congreso Constituyente y los miembros de la Comisión de Justicia de dicho Congreso, se dicte una ley de amnistía a favor de los procesados que están próximos a ser juzgados; amnistía por lo demás, aconsejada por la actual situación internacional".

Más fusilamientos en Chan Chán

Todas las gestiones que efectivamente hizo el doctor Diómedes Arias Scheiber fracasaron. La Corte Marcial condenó a muerte al mayor Manuel Castillo Vásquez; a los capitanes Daniel Villafuerte Arguedas y Luis Tirado Vera; al subteniente Héctor Saldaña Alavedra y al doctor Luis B. Gálvez. Todos ellos fueron conducidos a la cárcel de Trujillo y de allí a las ruinas de Chan Chan, donde fueron fusilados. Otros oficiales y clases fueron condenados a penas que fluctuaban entre 20 años de penitenciaría y cinco años de cárcel.

Los restos del Comandante Jiménez fueron sepultados en un modesto nicho del cuartel San Anselmo del cementerio de Trujillo. Durante muchos años ni siquiera tuvo una lápida. Sobre el cemento que tapiaba el nicho sólo se leía la inscripción: "Gustavo Jiménez. Trujillo 14 de marzo de 1933". Una mano anónima trazó, con un clavo, la palabra "Héroe". ■

HISTORIA DE UNA ENEMISTAD QUE SE SELLO CON SANGRE

CAPITULO SETIMO

EL ASESINATO QUE LE COSTO AL APRA LA SUBIDA AL PODER

LA captura de Leticia el primero de setiembre de 1932, acción en la que intervinieron 47 civiles armados provenientes del distrito de Caballo Cocha, puso al gobierno de Sánchez Cerro frente a un hecho consumado. Por el tratado secreto Salomón-Lozano firmado en 1922, este puerto había sido entregado a Colombia junto con inmensos territorios situados entre los ríos Caquetá y Putumayo, el 17 de agosto de 1930, justo cinco días antes de que estallara la Revolución de Arequipa que comandó Sánchez Cerro. El gobierno de Colombia protestó por la expulsión de sus autoridades y anunció una expedición punitiva para "restablecer el orden interno". Al Perú no le cabía otra cosa que permitir que las tropas colombianas arremetieran contra los civiles peruanos que se habían apoderado de Leticia o salir en su defensa a través de negociaciones directas con Colombia para impedir el derramamiento de sangre peruana.

El sentimiento nacional —al enterarse tras la caída de Leguía de esa mutilación territorial— era de completa oposición a la vigencia del tratado Salomón-Lozano y Sánchez Cerro, particularmente, había adelantado declaraciones sobre la necesidad de su revisión. Pero en la situación en que se encontraba el país, resultaba inútil plantear tal exigencia: no se contaba con el respaldo de las armas, ni existía un mínimo de paz interna. Cuando ocurrió la toma de Leticia la V División con sede en Iquitos contaba sólo con 52 oficiales y 605 soldados y en las guarniciones, fronterizas nuestras fuerzas no pasaban de 500 hombres diseminados a todo lo largo de la frontera con Colombia. El armamento consistía en 689 fusiles antiguos, 2 ametralladoras, 8 cañones Krupp de principios de siglo, 500 mil cartuchos de fusil, 1,200 granadas, el 30% de las cuales eran inservibles. Las fuerzas fluviales se componían de dos cañoneras (América y Napo), con

62 tripulantes; tres transportes (Cahuapanas, Iquitos y Portillo), con 41 tripulantes y cuatro lanchas auxiliares cuya tripulación sumaba 34 hombres. La fuerza aérea estaba compuesta de cinco hidroaviones y su personal era de 59 hombres. En las demás regiones militares la situación no era mejor, con el agravante de que sus regimientos tenían que movilizarse para sofocar las insurrecciones promovidas por el partido aprista.

Perú le pide a Colombia arreglo pacífico

En esta situación, el gobierno se dirigió al de Colombia manifestándole su disposición de propiciar un arreglo pacífico y satisfactorio de la situación creada, para lo cual consideraba indispensable prescindir de toda medida de fuerza "porque su empleo podría provocar acontecimientos de inesperada gravedad". Colombia respondió altanera: "Tratándose de una sección colombiana que forma parte del organismo nacional, debiendo en este caso atravesar nuestras tropas por nuestro territorio para llenar su cometido Colombia, en el desarrollo de sus derechos y prerrogativas, como nación soberana e independiente, es obvio que puede tomar las medidas que considere oportunas, sin necesitar para ello consentimiento ni beneplácito de ningún otro Estado".

Colombia rechaza conciliación y Perú plantea la revisión del Tratado

Cerradas las vías de conciliación directa, el gobierno peruano acudió ante la Comisión Permanente de Conciliación que funcionaba en Washington para que, de acuerdo con las convenciones panamericanas, interviniera en la cuestión exigiendo al de Colombia el nombramiento de un representante para conciliar el diferendo. Por el Perú fue acreditado el doctor Víctor M.

Maúrtua. Colombia rechazó la propuesta alegando que no existía ninguna cuestión peruano-colombiana y que todo se resumía a un hecho policial interno que Colombia solucionaría de acuerdo a sus leyes.

Fue en estos momentos en que el Perú, por intermedio de Maúrtua, planteó la revisión del tratado Salomón-Lozano porque éste no había sido ejecutado en el hecho por Colombia "porque la inadaptabilidad de sus disposiciones le han impedido darle al Perú posesión real de los territorios entre el río San Miguel y el Putumayo, cayendo así en el juego conmutativo del pacto el título o la causa de una parte equivalente de la cesión del Perú". Maúrtua añadía que este hecho no dependía ciertamente de la voluntad de Colombia, "porque la inadaptabilidad sustancial del tratado imposibilita al Perú el libre uso del territorio que teóricamente le ha sido reconocido". Se refería a la zona denominada Sucumbios que Colombia había cedido al Perú a cambio de los territorios que éste le había entregado, el mismo que por estar encerrado dentro de los límites de Colombia con el Ecuador, pertenecía a este último país.

Colombia denunció al Perú ante la Liga de las Naciones y organiza operativo militar

Colombia acudió a la Liga de las Naciones, con sede en Ginebra, cuyo presidente interino, el irlandés Eamon de Valera, notificó al Perú el 14 de enero de 1933 que se abstuviese de ejecutar cualquier acto que no esté en estricta conformidad con el Pacto de la Liga de las Naciones.

Entretanto, el gobierno colombiano ya había puesto en marcha un operativo militar para lo cual llamó al general Vásquez Cobo, quien se desempeñaba como ministro Enviado Plenipotenciario en Francia. Vásquez Cobo ha-



30 DE ABRIL DE 1933: Sánchez Cerro acaba de llegar a la tribunal oficial del hipódromo de Santa Beatriz...

bía regresado a su país sigilosamente y el 21 de diciembre de 1932 había llegado a Manaos a bordo de la cañonera "Mosquera" y al mando de otras unidades, con el cargo de Primer General en Jefe de la Expedición Colombiana a Leticia. En una de estas unidades, la cañonera "Córdova", viajaba su hijo, el ingeniero Camilo Vásquez. Creyendo que todo se resumía a un paseo, el general Vásquez Cobo viajó a la zona con el excónsul de Colombia en París, Víctor Proaño, con su amigo el general Eduardo Ortiz Borda y dos civiles más. Como "corresponsal de guerra" viajó también en el "Mosquera" el periodista y senador Felipe Lleras Camargo, quien después cuestionaría la actuación del General Vásquez Cobo.

Al enterarse de esta situación, el gobierno peruano comunicó a la Liga de las Naciones que estando en curso una mediación ofrecida por el Brasil, estaban avanzando considerables fuerzas militares colombianas hacia Leticia a pesar de que Colombia había aceptado la mediación del Brasil y de existir gestiones amistosas con otros gobiernos para un arreglo pacífico.

La propuesta brasileña

Efectivamente, después de rechazar la acción conciliadora de Washington, Colombia había aceptado los buenos oficios del gobierno brasileño, sin descuidar el envío de sus fuerzas hacia Leticia. El 25 de enero, el Secretario de Estado norteamericano Henry L. Stinson, comunicó a la cancillería peruana la propuesta brasileña, que contaba con la aprobación de Colombia. Esta consistía en los siguientes puntos:

1º— El gobierno peruano, aunque nada tuvo que ver con el origen del levantamiento del primero de setiembre en Leticia, dará su entero apoyo moral y empleará su influencia persuasiva ante sus ciudadanos que residen en aquella región, de modo que el territorio en cuestión pueda ser confiado a la guarda del gobierno brasileño que lo administrará provisionalmente, por medio del delegado o delegados en quienes tenga confianza.

2º— Tan pronto como sea posible, las autoridades brasileñas reintegrarán en sus cargos a las autoridades colombianas depuestas por los insurrectos.

3º— En compensación, el gobierno

colombiano se compromete, inmediatamente después a que los delegados de los dos países se reúnan en Río de Janeiro con los técnicos que estime necesarios, con el propósito de considerar el Tratado Salomón-Lozano con un amplio espíritu de conciliación y buscar una fórmula susceptible de recíproca aceptación, que incluirá medidas económicas, comerciales y culturales que puedan constituir un lazo moral más estrecho en forma de un estatuto territorial adecuado a este propósito y peculiar de esa región.

Stinson deslizaba en su nota enviada al gobierno peruano, una velada acusación contra el Perú de haber violado el pacto Briand-Kellog sobre solución pacífica de las controversias internacionales. Por eso, en su nota de respuesta Manzanilla dijo: "Hemos aceptado que Leticia se entregue en depósito sagrado al Brasil para que la administre provisionalmente mientras el Perú y Colombia deciden en negociaciones directas o por medio del arbitraje su destino definitivo y objetamos que Colombia vuelva a tener bajo su autoridad a los peruanos que se levantaron contra ella. El Perú no viola el Pacto Briand-Kellog porque es el Perú precisamente el país que busca la solución pacífica del conflicto surgido, mientras que Colombia prefiere imponerse por la violencia". El Perú aceptó incondicionalmente el primer punto de la propuesta brasileña; propuso una modificación al segundo, tendiente a nombrar una comisión mixta de persuasión peruano-brasileña que, al no ser aceptada fue sustituida con la iniciativa del arbitraje general; y pidió una aclaración sobre el tercer punto. Brasil comunicó esta respuesta a Colombia y quedó a la espera.

El fracaso de la expedición Vásquez Cobo

Mientras se esperaba la respuesta colombiana, el 14 de febrero el general Vásquez Cobo, cuya flota había avanzado por el Amazonas y el Putumayo, planteó un ultimátum al puesto de Tarapacá, al norte del trapecio de Leticia, ocupado también por peruanos, a la vez que desde Bogotá el gobierno colombiano daba por terminada la mediación. El 15, con apoyo de la aviación, Vásquez Cobo ocupó Tarapacá. El mismo día dirigía el siguiente telegrama a

su gobierno: "Acabo de recorrer el cerro Tarapacá que estaba convertido en un Gibraltar. Trincheras con corredores subterráneos y todo lo que enseña el arte militar pero ante el empuje de nuestros barcos, nuestras escuadrillas aéreas y el arrojo de las tropas que desembarcaron sus defensores huyeron dejando seis cañones Krupp y cinco de montaña con municiones, muchos elementos de guerra y municiones de ametralladoras, etc. Jefes, Oficiales y tropa estuvieron a la altura de su fama de leones de Colombia".

Tarapacá, efectivamente, había sido tomada por los colombianos, pero lo fue porque las escasas fuerzas peruanas —no más de cuarenta hombres mal armados y peor equipados— no habían hecho nada por fortificar el puesto; la mayor parte de sus defensores eran conscriptos a los que ni siquiera se le había adiestrado en el manejo de las armas. El presidente de Colombia enfrió el entusiasmo de Vásquez Cobo al enviarle al día siguiente un mensaje en el que le pedía que le enviara fotografías de los cañones tomados a los peruanos y de las fortificaciones hechas por éstos en Tarapacá. Por supuesto que las fotos nunca fueron enviadas.

Además, Tarapacá no era el objetivo de la expedición de Vásquez Cobo: éste era Leticia. Meses después, en el senado colombiano se produjo un debate sobre la actuación de Vásquez Cobo, durante el cual el "corresponsal de guerra" Felipe Lleras Camargo, investido con su toga senatorial acusó a Vásquez Cobo: "Vásquez Cobo debió tomar Leticia. Si no tomó Leticia por miedo, debe ser fusilado por la espalda. Si no tomó Leticia por orden superior, es necesario saber quién dio esa orden". Vásquez Cobo respondió: "Cuando sea necesario sacaré los papeles que tengo para mostrar quién ordenó no tomar Leticia". La expedición de Vásquez Cobo terminó el 3 de marzo cuando el gobierno lo llamó a Bogotá para encargarle una misión a Europa: la compra de armamentos. En su descargo, Vásquez Cobo —"un simple soldado de ocasión" según confesión propia, porque "nunca he sido profesional"—, dijo que su plan era marchar a Leticia por el Trapecio y el Amazonas, moviéndose por territorio colombiano y con "autorización de la Liga de las Naciones". "Yo no quería complicaciones interna-



SONRIENTE, rodeado por un grupo de damas, Sánchez Cerro espera la llegada del general Oscar R. Benavides...

cionales ni guerra con el Perú, para la que el país no estaba preparado. No había aviación, ni artillería, ni ejército.

La Liga de las Naciones se inclina por Colombia

El ataque colombiano al puesto de Tarapacá fue denunciado por el gobierno peruano ante la Liga de las Naciones, pero el sentimiento de ésta era contrario al Perú: Tarapacá también pertenecía a Colombia por el tratado Salomón-Lozano y, por lo tanto, era incomprensible que existieran allí fuerzas peruanas. Se le explicó que Tarapacá formaba parte del territorio de Leticia que había sido ocupado por peruanos "en movimiento espontáneo de reintegración nacional".

El gobierno peruano expuso ante la Liga de las Naciones el problema circunstancial, surgido de la imposibilidad de aplicar el tratado en su integridad. "Existe una rebelión de nacionales peruanos —explicaba Maúrtua—; Perú, en protección de sus nacionales peruanos pretende que la rebelión sea dominada por medios pacíficos con el auxilio o la intervención de órganos internacionales que garanticen una solución incruenta. El Perú tiene la complicación de que uno de sus departamentos fronterizos está solidarizado con la rebelión de Leticia. Colombia quiere ignorar este hecho esencial de la situación que coacta la libertad del Perú. Colombia no ha hecho ninguna tentativa pacífica. Va con sus soldados a exigir la sumisión de los rebeldes. El resultado tendrá que ser el exterminio de una colectividad peruana. Este es netamente el caso".

Maúrtua recordaba que en otras ocasiones, cuando los habitantes fronterizos se han sublevado —como acababa de ocurrir en la frontera griega—, las naciones interventoras han tratado de conciliar los derechos positivos de los tratados con la humanidad.

El Tratado Salomón-Lozano, una de las mayores inmoralidades de la diplomacia tropical sudamericana

Mientras Colombia insistía que los sucesos de Leticia se reducían a un hecho de tipo policial, el Perú avanzó la tesis de la revisión del tratado en una exposición enérgica de Maúrtua: "El Perú ha podido con perfecto derecho declarar que el Tratado de Límites está

disuelto por incumplimiento de la otra parte. Es la suerte de todos los tratados bilaterales: si una de las partes no satisface su obligación para con la otra parte, no hay contrato. Tal es el Derecho Internacional. Colombia no le ha entregado de hecho al Perú el territorio que debió entregar a cambio de la cesión de Leticia. El Perú, sin embargo, no ha hecho esa declaratoria para no ahondar la diferencia. Prefiere mantener la vigencia del tratado, proclamar su respeto, limitándose que le sea reparado el daño. Esta heroica concesión a la paz se vuelve contra el Perú. Se le objeta que si reconoce el tratado no debe oponerse a la acción de fuerza de Colombia. Tal es la cuestión. La situación se acerca a la tragedia. Los que hemos trabajado por la paz jurídica estamos vencidos por la incomprensión de los cancilleres que han intervenido. La masa del departamento de Loreto arde para sostener Leticia. El Santo Tratado Secreto de 1922 se interpone. Ese tratado es el único de los que el Perú ha celebrado que no tiene base alguna de sustentación. Su elaboración en las tinieblas, su imposición por la fuerza, su contenido sin explicación política ni jurídica, hacen de él un pacto excepcional que no deben ser comparados por las otras naciones a otros tratados con los que liquidaron, con la reconciliación como consecuencia, las cuestiones con el Brasil y Chile. El tratado Salomón-Lozano es el fruto de una de las mayores inmoralidades de la diplomacia tropical sudamericana. Se hizo por maniobras ilícitas. Se obtuvo, de la demencia de un dictador peruano, más territorio que el de la pretensión extrema de Colombia. Se mutiló al Perú en la décima parte de su dominio territorial dejándolo encerrado en los ríos cuyas llaves quedaron en poder de Colombia. Sus poblaciones fueron cedidas. La Nación Peruana no conoció el tratado ni tampoco el Ecuador que era interesado. Colombia exigió y mantuvo el secreto aun después de celebrado. El ministro de Relaciones Exteriores de Colombia negaba la existencia del tratado, aun después de haber sido firmado. Hasta este punto increíble de indignidad llegaron los métodos de esa operación diplomática para arrancar el tratado al Perú sin que el país se diera cuenta de su enormidad".

Colombia pisoteó el principio de la libre determinación de los pueblos

Por esos días, el Colegio de Abogados de Lima, cuyo decanato ejercía el doctor Diómedes Arias Schreiber, emitió un pronunciamiento en el que denunciaba ante la conciencia jurídica universal la monstruosidad del tratado Salomón-Lozano, una de las cuales era la violación del principio de la libre determinación de los pueblos. Por el tratado el Perú cedió a Colombia poblaciones enteras sin que éstas se enteraran de que eran traspasadas como ganado a otra nación. "El tratado es nulo por la falta de libre determinación de los pobladores de los territorios cedidos por el Perú a Colombia. El principio de la libre determinación fue pisoteado por Colombia. Ninguna cesión podía haberse hecho sin la previa expresión de la voluntad de los regnicolas. Ningún cambio de soberanía territorial, ya prevenga de la conquista consagrada por el tratado subsiguiente de paz, ya de la anexión pacífica convenida entre dos Estados, puede consumarse, según el Derecho Internacional, sin el previo consentimiento de los ciudadanos respectivos", decía Arias Schreiber.

Exigen al Perú evacuación de Leticia

Sin embargo, la suerte ya estaba echada; en su sesión del 18 de marzo la Liga de las Naciones acordó pedir al Perú la evacuación inmediata y completa de Leticia. El delegado peruano, García Calderón, no aceptó ni rechazó el acuerdo, sólo pidió un mayor estudio de la cuestión. Según el cable que las agencias noticiosas publicaron ese día: "Los delegados de Francia y Gran Bretaña aconsejaron al Perú a aceptar el informe. El delegado peruano estuvo a punto de salir después del discurso del delegado colombiano Eduardo Santos, pero sus amigos le aconsejaron para que no lo hiciera. Pero después de la votación él abandonó el salón del Consejo, sin que esto quiera decir que el Perú se ha retirado de la Liga".

El Perú no estaba conforme con la decisión de la Liga de las Naciones y se aprestó para la guerra. El 26 de marzo, tropas peruanas atacaron y conquistaron el puesto de Güepi, en territorio peruano, desguarnecido como el de Tarapacá porque no se esperaba este revés diplomático.

Sánchez Cerro llama al general Benavides y se alista para la guerra

Sánchez Cerro había llamado al general Oscar R. Benavides, a quien había nombrado ministro Plenipotenciario del Perú en Gran Bretaña. Benavides se embarcó el 22 de febrero después de declarar a la prensa inglesa: "El ejército colombiano es una verdadera legión extranjera, pues el general en jefe es chileno, el jefe de estado mayor es suizo y el primer coronel es húngaro. En cuanto a oficiales, los hay muchos que son alemanes". Y agregó que a pesar de todo, si el interior del Perú se ve amenazado, el gobierno de Lima no titubeará un solo instante para movilizar su ejército y su flota".

Cuando llegó a Lima, Sánchez Cerro lo ascendió a General de División, el cargo de más alto rango en el Ejército, y el 11 de abril lo nombró General en Jefe y asumió el alto mando y la dirección técnica de todas las fuerzas terrestres, marítimas y aéreas de la república. Se creó el Teatro de Operaciones del Nor Oriente, nombrándose Comandante en Jefe al general Fernando Sarmiento y como jefe de estado mayor del Ejército de Operaciones al coronel Ernesto Montagne.

Se pone en marcha el nuevo Plan de Operaciones Militares

A mediados de abril partió la escuadra. El crucero Bolognesi debía amenazar el puerto colombiano de Buenaventura, en el Pacífico, mientras que el Almirante Grau y los submarinos R-1 y R-2 debían atravesar el Canal de Panamá para amagar los puertos colombianos de Barranquilla, Cartagena, Santa Marta y Río Hacha. Entretanto, el crucero Lima y los destroyers Guisse y Villar que venían de Letonia, donde acababan de ser adquiridos, debían penetrar por el Amazonas para defender Leticia.

La aviación comenzó a instalar nuevas bases para acudir en masa rápidamente sobre cualquier frente. Al Teatro de Operaciones fueron despachados 13 aviones de guerra (7 Corsair, 4 Douglas y 2 Hawk) y 9 aviones de transporte con tropas y material bélico. Las tropas también habían sido incrementadas, hasta llegar a 3,040 hombres en guarniciones y 810 en Iquitos. El armamento también fue mejorado con el envío de 2,569 fusiles, con 626,821 cartuchos; 23 fusiles-ametralladoras, con 61,550 cartuchos; 6 ametralladoras; 3 cañones de cuña con 1,038 proyectiles; 6 cañones Krupp, 4 Schneider y 6 Oerlikon. La Marina también había incrementado sus efectivos y armamento en la zona del conflicto: tenía una cañonera más y 11 lanchas auxiliares pequeñas.

El Plan de Guerra y de Campaña entregado al General en Jefe del Teatro de Operaciones del Nor Oriente, combinado con la Escuadra debía poner en acción a los Agrupamientos Tácticos de los sectores Leticia y Puerto Arturo, pasando de la defensiva a la ofensiva para recuperar Tarapacá y Güepí, en una primera fase. En la segunda fase la escuadra debía bombardear los puertos colombianos en las costas del Pacífico y el Atlántico, mientras la flotilla fluvial reforzada con el crucero Lima y los destroyers Guisse y Villar, en coordinación con las fuerzas terrestres de Leticia y Puerto Arturo, pasarían el Caquetá ocupando territorio colombiano hasta que este país se aviniera a la revisión del tratado Salomón-Lozano en base a la reincorporación de Leticia al Perú.

Para incrementar sus fuerzas militares el gobierno había decretado la movilización general. Los jóvenes en edad de hacer servicio militar se presentaban voluntariamente o eran enganchados y sometidos a entrenamiento antes de ser enviados al frente.

El asesinato de Sánchez Cerro

El 9 de abril el Congreso Constituyente entregó la nueva Constitución del Estado al presidente Sánchez Cerro y este la firmó en un acto solemne que tuvo lugar en la Municipalidad de Lima, promulgándola inmediatamente. El día 30 se organizó un desfile de 20 mil movilizables en el Hipódromo de Santa Beatriz (donde hoy está el Campo de Marte). Ese día ocurrió el asesinato de Sánchez Cerro. Luis Alberto Sánchez narra el episodio de la siguiente manera:

"Después que Sánchez Cerro pasó revista a las tropas, se dirigía a la salida en automóvil descubierto, teniendo a la izquierda al doctor José Matías Manzanilla, Presidente del Consejo de Ministros, y en el asiento delantero al general Antonio Rodríguez, jefe de su Casa Militar. Súbitamente, un muchacho mal trajeado subió al estribo del auto y metiendo el brazo por la ventana disparó a quemarropa sobre Sánchez Cerro, quien se derrumbó herido de muerte. El magnicida, un joven obrero llamado Abelardo Mendoza Leiva, con antecedentes de aprista, fue abaleado inmisericordemente y, ya agonizante, rematado por soldados de la escolta, que le causaron dos profundas heridas de arma blanca en el tórax, ya acribillado por los pistoletazos de los edecanes. El auto mostraba diversos impactos en la parte delantera. Manzanilla, pálido y balbuceante, se recostaba en el asiento. El Presidente fue conducido de inmediato al Hospital Italiano. A los pocos minutos se izó la bandera nacional a media asta en el nosocomio: Sánchez Cerro había muerto".

Benavides: el gran beneficiario

El asesinato de Sánchez Cerro paralizó de terror a la Unión Revolucionaria: muerto el líder, todos temieron por su vida. El Consejo de Ministros, integrado por José Matías Manzanilla, Presidente y ministro de Relaciones Exteriores; Julio Chávez Cabello, ministro de Gobierno y Policía; M. Wenceslao Delgado, ministro de Justicia; Ignacio A. Brandariz, ministro de Hacienda; Antonio Beingolea, ministro de Guerra; Manuel E. Rodríguez, ministro de Fomento y Alfredo Benavides, ministro de Marina y Aviación, asumió el Poder Ejecutivo hasta que el Congreso Constituyente eligiera al nuevo Presidente Constitucional.

El mismo día, el Congreso Constituyente eligió al general de División Oscar R. Benavides como Presidente Constitucional del Perú, hasta completar el periodo presidencial de Sánchez Cerro. El nombramiento de Benavides fue anticonstitucional, porque era militar en ejercicio, pero en esos momentos era el único que podía impedir el baño de sangre que se avecinaba. Benavides inició sus funciones con el mismo gabinete de Sánchez Cerro, salvo el reemplazo del ministro de Marina y Aviación, su primo y cuñado Alfredo Benavides, quien fue sustituido por Luis A. Flores; y del ministro de Justicia por Pablo Ernesto Sánchez Cerro, hermano del presidente asesinado.

Lo primero que hizo Benavides fue liberar a Haya de la Torre, que estaba

preso en el Panóptico desde mayo del año anterior. Nunca se supo quienes estuvieron tras la mano asesina de Mendoza Leiva, jamás las investigaciones fueron ahondadas lo suficiente, no obstante que se trajo a un detective norteamericano. De aquí nació la idea de que el propio Benavides no fue ajeno al complot. LAS la refuerza al referir en su libro "Una larga guerra civil" que el Apra tuvo contactos con Benavides a través de conversaciones que su Secretario General, Luis Heyssen, mantuvo con Alfredo Benavides Canseco, ministro de Marina de Sánchez Cerro y cuñado del general, y que esas conversaciones "andaban aceleradamente".

Las secuelas del asesinato de Sánchez Cerro

Benavides se benefició con la presidencia de la República y el Apra con la liberación de Haya de la Torre y el retorno a la legalidad. Pero el nuevo presidente no derogó la Ley de Emergencia que por muchos años quedó como una Espada de Damocles pendiente sobre la cabeza de los apristas. Benavides, el militar que en 1928 dirigiera desde su exilio europeo un mensaje al país en el que abominaba del tratado Salomón-Lozano invitó a Lima a su amigo Alfonso López, influyente político colombiano, y ambos acordaron el cese de hostilidades, obligándose el Perú a acatar fielmente el mandato de la Liga de las Naciones que había rechazado Sánchez Cerro: por segunda vez entregamos Leticia.

La muerte de Sánchez Cerro acabó del modo más sangriento con una enemistad que el Perú pagó muy caro. El caudillo y el líder político, uno piurano, el otro trujillano, lucharon a muerte por el poder. Sánchez Cerro llegaría a disfrutarlo, Haya de la Torre nunca. Y en su afán por abrirse paso hacia Palacio de Gobierno el Apra transó con sus odiados enemigos, los civilistas, y siguió conspirando, utilizando siempre a militares como mascarón de proa, hasta su último gran fracaso: la revolución del 3 de octubre de 1948. Peores cosas se vieron en los años siguientes: a Manuel Seoane y Luis Alberto Sánchez estrechando la mano de Luis A. Flores, el hombre que los persiguió implacablemente y a quien los apristas responsabilizaban por la muerte de miles de sus miembros; y al propio Haya de la Torre del brazo del general Manuel Odría, cuya revolución acabó con el efímero gobierno parlamentario que el Apra ejerció durante la presidencia de Bustamante y Rivero, a quien se le responsabilizaba por el asesinato del líder sindical Luis Negreiros.

La prisa fatal de Haya de la Torre

Medio siglo después de estos acontecimientos, muchos se preguntan qué habría pasado si Haya de la Torre hubiera aceptado la alternativa que se le ofreció en 1931 para cerrarle a Sánchez Cerro el camino a la presidencia constitucional: la presentación de un candidato transaccional con apoyo civilista. Tras el oncenio de Leguía el Perú necesitaba una mano experimentada que lo sacara de la crisis y ni Sánchez Cerro, ni Haya de la Torre tenían a la sazón condiciones de estadistas. Pero Haya tenía prisa por llegar al poder. Y cuando ganó las elecciones Sánchez Cerro, el Apra desconoció ese triunfo y se lanzó por el camino de la conspiración.

¿Cómo podía haber sido fraudulenta —para favorecer a Sánchez Cerro— una

elección organizada por la Junta de Gobierno de Samanez Ocampo que exilió a Sánchez Cerro y le impedía el retorno al país para que se presentara a los comicios del 31? ¿Cómo podía favorecer a Sánchez Cerro una Junta de Gobierno a la cual el propio Luis Alberto Sánchez califica como "democrática"? No podía existir el fraude porque ministro de Guerra de esa Junta era nada menos que el comandante Gustavo Jiménez, enemigo de Sánchez Cerro y más tarde aliado del Apra. Tampoco el presidente del Jurado Nacional de Elecciones, el doctor Ernesto Araujo Alvarez quien, como lo reconoció Haya, era un hombre honesto porque denunció al gobierno de Benavides de estar preparando el fraude electoral para que ganara Prado en las elecciones de 1939.

Luis Alberto Sánchez sostiene que en las elecciones del 31 se llegaron a esconder ánforas y que éstas se encontraron años después. "Muchos años más tarde, una excavación en el local de la Bomba Roma, en la Plaza de la Inquisición, descubrió centenares de ánforas repletas de votos para designar representantes por Lima para la Constituyente de 1931" ("Una larga guerra civil"). Lo mismo diría de las elecciones del 39 que ganó Manuel Prado: "En el año de 1970, la revista 7 Días de Lima publicó la foto de una casa en la Av. Arequipa, que al ser derruida dejó en descubierto una cantidad de ánforas electorales, llenas de votos y actas intactos, en cantidad exacta a la que correspondió, 31 años antes, a la votación de la Provincia de Lima" ("La Violencia").

Sánchez Cerro, ¿el único culpable?

A Sánchez Cerro se le ha pintado como un monstruo sanguinario, un militar poco menos que ignorante, que se apoderó del gobierno para satisfacer sus ansias de poder y su sensualidad. Las horas trágicas que vivió el país durante su breve gobierno fueron producto de un enfrentamiento a muerte entre lo que él creía el "monstruo comunista" y lo que los apristas llamaban el "monstruo civilista". Como militar que había vivido en Europa el desarrollo del comunismo, Sánchez Cerro creía hacerle un gran servicio al país librándolo del comunismo embozado en el partido de Haya de la Torre. Y no hay testimonios que acrediten que él fue el responsable directo de las monstruosidades que se le atribuyen y sí de quienes lo rodearon.

Cuando murió, Sánchez Cerro no dejó fortuna personal alguna. En sus bolsillos apenas se le encontraron 150 soles. Era un hombre culto, que dominaba el francés a la perfección, fruto de su larga estadía en ese país. Nunca contrajo matrimonio —como tampoco Haya de la Torre—, pero en París conoció a Jeanne Germaine Portrat, una joven que tenía 24 años cuando él se vino al Perú para organizar la revolución contra Leguía. De esa "liaison" sentimental nació una hija: Ginette Sánchez Cerro Portrat a quien él nunca llegó a conocer. Ginette vive en el Perú; vino en 1956 creyendo encontrar a su padre vivo, tal vez prisionero en las mazmorras del Real Felipe hasta donde fue a buscarlo para enterarse que su padre había sido asesinado 23 años antes. Ella es la única hija que dejó Sánchez Cerro, y por eso disfruta de una pensión del Estado.

Aquí concluye la historia de una enemistad que selló la sangre, uno de los capítulos más apasionantes y trágicos de nuestra vida republicana. ■



SANCHEZ CERRO fue sepultado con honores militares. Una multitud siguió el cortejo fúnebre. Benavides había tomado el poder que el Apra quiso lograr con un magnicidio.



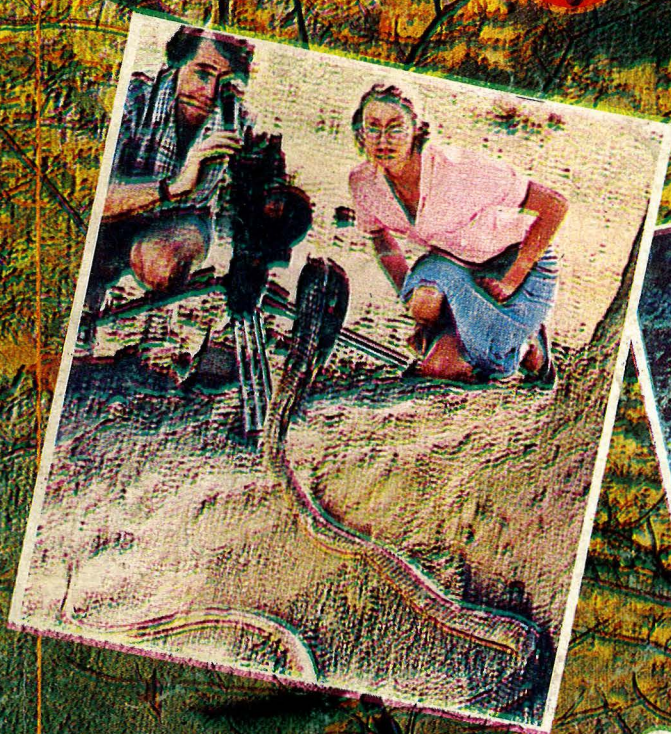
DON ANTONIO Sánchez vino de Piura para asistir al sepelio de su hijo. Lo acompaña su hija Panchita, hermana menor de Sánchez Cerro, a quien éste quería entrañablemente

El primero de setiembre de 1932, un grupo de civiles peruanos residentes en Loreto expulsó a las autoridades colombianas de Leticia, distrito peruano y habitado por peruanos que había sido cedido por Leguía a Colombia. En esta foto, que no había sido publicada antes, los civiles peruanos presentan armas mientras el Alférez Juan F. La Rosa iza el pabellón nacional...





National Geographic



**DOMINGO
7:00 PM.**

La ciencia investiga y
NATIONAL GEOGRAPHIC informa al
mundo de sus logros. Este esfuerzo llega a
AMERICA TELEVISION en 30 hermosos
documentales distinguidos por
el PREMIO "EMMY". Toda una historia de
pueblos, tribus y faunas silvestres. Ciencia
tecnológica y mucho sobre la increíble
máquina del cuerpo humano. Porque
AMERICA sí llega con el CONOCIMIENTO!



américa
televisión